

EL CAPITALISMO LIBERADO

EL INCONTESTABLE ARGUMENTO MORAL
POR LOS DERECHOS INDIVIDUALES



ANDREW BERNSTEIN

Traducción de Jonathan J. Burgos



Lectulandia

El capitalismo es el único sistema basado en el reconocimiento de que cada individuo es dueño de su propia vida. El capitalismo es el único sistema social en el cual los individuos son libres de buscar su propio interés racional, de poseer propiedad y de beneficiarse de sus propias acciones. Fortifica los derechos del individuo, el Gobierno Constitucional limitado y la libertad política, intelectual y económica.

Cuando los hombres son libres de dedicarse a su propio interés racional, cuando son libres de utilizar sus mentes en la búsqueda del provecho y la mejora sus vidas, son magníficamente productivos. La libertad política y económica del capitalismo libera las mejores mentes y a los hombres más ambiciosos, y los impulsa a construir, a crear, a innovar, a inventar, a hacer avanzar el bienestar y la felicidad humana.

Andrew Bernstein

El capitalismo liberado

**El incontestable argumento moral por los derechos
individuales**

ePub r1.0

Titivillus 19.02.2021

Título original: *Capitalism Unbound: The Incontestable Case for Individual Rights*
Andrew Bernstein, 2010
Traducción: Jonathan J. Burgos, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El capitalismo liberado

Reconocimientos

Introducción

Prólogo: La lucha primordial por la libertad individual

El punto esencial

Una lucha contra la tiranía

La Revolución de Estados Unidos había comenzado

La desgarradora ausencia de la libertad en la humanidad

Primera parte: La superioridad histórica del capitalismo

Capítulo primero: La enorme pobreza de los sistemas político-económicos precapitalistas

La miseria en la Europa precapitalista

El saneamiento, el alcantarillado y las enfermedades

Las míseras viviendas y el fuego

Las causas filosóficas de la pobreza generalizada

Capítulo segundo: Los héroes del capitalismo

La Sociedad Lunar de Birmingham

El Big Bang de la Revolución Industrial

El aumento del nivel de vida, y su causa económica

Las razones filosóficas del avance

Capítulo tercero: Los héroes del capitalismo

Un monumental torrente de genio

Los errores de los historiadores anticapitalistas

Las causas subyacentes del Periodo Inventivo

Problemas del código moral de la humanidad

Segunda parte: La superioridad moral del capitalismo

Capítulo cuarto: La gran desconexión

Capítulo quinto: La virtud del egoísmo

La naturaleza de los valores

La objetividad de los valores

¿Quién o qué está vivo?

La racionalidad como el medio fundamental para la supervivencia del hombre

La olvidada virtud de la productividad

Los códigos morales que niegan el egoísmo

Capítulo sexto: El egoísmo como el fundamento necesario para la buena voluntad

El sistema de planificación racional

Capítulo séptimo: El capitalismo como único sistema de virtud moral

Tercera parte: La superioridad moral del capitalismo

Capítulo octavo: El fracaso del socialismo

Capítulo noveno: El fracaso de una economía mixta

Los monopolios coercitivos

El sindicalismo coercitivo y el desempleo

La inflación

La Gran Depresión

El actual auge y colapso del mercado inmobiliario

Los fracasos más profundos de una economía mixta

Epílogo: Una propuesta moderna

Sobre el autor

Notas

*A Lisa Doby, que ama el capitalismo.
Y a Penelope Joy Milano, que se beneficia de él*

Reconocimientos

Muchas personas ayudaron a escribir de este libro. Mi agente literario Holly White, como siempre, jugó un papel vital de muchas formas. Judith Rothman, Directora de Hamilton Books y University Press of America de Rowman-Littlefield, le proveyó al autor con un torrente incesante de muy apreciado apoyo.

Mi buen amigo Paul Saunders contribuyó sus comentarios editoriales, así como su amplio conocimiento acerca de una amplia gama de temas. Ryan Bilkie, un estudiante brillante de la Universidad Estatal de Colorado, con un luminoso futuro, también proveyó asistencia editorial. El despiadado de Adam Nappi proveyó su muy necesitada y altamente hábil asistencia tecnológica en un punto crítico de la gestación del libro.

Mi prometida Lisa Doby ayudó al autor de maneras altamente hábiles y apreciadas que no serán nombradas —pero en las cuales es experta.

Mi bella hija Penelope Joy, de origen chino, pero completamente estadounidense, proporciona inspiración constante y un sinfín de oportunidades de apreciar al capitalismo con cada visita a la juguetería Toys 'R Us.

Finalmente, ningún libro que provee argumentos racionales a favor de los derechos individuales puede dejar de reconocer la genialidad de Ayn Rand.

Introducción

Mi libro anterior, *El manifiesto capitalista: el argumento histórico, económico y filosófico por el laissez-faire*, presenta un profundo y detallado argumento a favor del capitalismo. Es una obra académica que consiste en unas 500 páginas, incluidas docenas de páginas de notas finales y referencias bibliográficas. Contiene una enorme cantidad de información seleccionada en los campos de la historia, la filosofía y la economía, integrados para formar un solo argumento sostenido —y representa, en efecto, «todo bajo un mismo techo» para el capitalismo^[1]. Al lector que busque un argumento completo y académico a favor del capitalismo se le recomienda leer ese libro.

Pero un lego inteligente no requiere tales detalles académicos y puede que no sienta necesidad de ellos. Busca «solamente los hechos» —es decir, los puntos esenciales— presentados de manera simple y fácil de leer. El presente libro brinda eso mismo.

El libro más importante que se ha escrito en apoyo al capitalismo es la influyente novela escrita por Ayn Rand, *La rebelión de Atlas*. Además de presentar una brillante historia llena de suspenso, brinda, por primera vez, los principios filosóficos y morales críticamente necesarios para entender y validar al capitalismo. Se le recomienda encarecidamente al lector que lea ese libro. En cuanto a principios básicos de la economía, el mejor libro elemental es el muy legible *La economía en una lección* de Henry Hazlitt.

Más allá de las tres obras ya mencionadas, el presente libro no hace recomendaciones de lecturas adicionales. Alguien interesado en estudios avanzados se le remite a las notas finales y referencias bibliográficas que se encuentran en la edición original, extendida y académica de *El Manifiesto Capitalista*.

Hoy, en 2010, con el gobierno federal empujando al país despiadadamente hacia el socialismo, los principios refrendados en *El manifiesto capitalista* se necesitan con más urgencia que nunca. Pues no es solo contra el barbárico totalitarismo de los nacionalsocialistas, comunistas e islamistas que el principio de los derechos individuales inalienables debe de ser sostenido; sino que también en contra de los sonrientes, aprovechados y esperanzados

proveedores de un estado del bienestar medio socialista. La crisis actual del país fortalece enormemente el argumento a favor del capitalismo *laissez-faire*. A finales del siglo XIX, Estados Unidos se aproximó al ideal del *laissez-faire*, pero se alejó de él inexorablemente en el siglo XX y a principios del XXI; y hoy es a fondo una economía mixta, un fárrago de elementos que chocan en parte capitalista, en parte socialista; en parte libertad, en parte estatismo; en parte propiedad privada, en parte control gubernamental.

En cada caso en una economía mixta, actualmente e históricamente, los problemas económicos son causados por los elementos socialistas y estatistas de la mezcla, y no por los elementos capitalistas más libres. Desastres contemporáneos en el mercado inmobiliario, el campo bancario y la industria automovilística no son excepciones; en cada caso, la primera causa y la principal impulsora del cataclismo radica en las regulaciones gubernamentales y las abrogaciones a los derechos individuales que provienen de estas. En cada instante, los abusos y las calamidades subsiguientes no hubiesen sido posibles bajo el capitalismo *laissez-faire*. (Véase la «Tercera parte: La superioridad económica del capitalismo»).

Es muy difícil creer que hoy en día algunas voces intelectuales pidan un traslado al socialismo completo como la solución a los problemas causados por el socialismo parcial de una economía mixta. Esto es como pedir más gérmenes para un hombre enfermo —y refleja una completa ignorancia de los principios básicos de la economía—. Quizás cuándo sea recordado que el socialismo completo significa no el sistema de los países escandinavos —que son, sin excepción, economías mixtas similares a la estadounidense, sino que el sistema totalitario de Cuba, Corea del Norte y la antigua Unión Soviética, tales voces serán contestadas energéticamente por aquellos que apoyan la libertad.

El presente libro apoya plenamente, el cien por ciento al capitalismo, y repudia el inicio de la fuerza gubernamental en todas sus formas, sea en los asuntos económicos o en los personales de los hombres inocentes. Como tal, la presentación no es ni balanceada ni de mente abierta, si «mente abierta» significa la creencia que todas las opiniones tienen igual peso cognitivo —pues no lo tienen—. Más bien, este libro es objetivo.

En contraste con un fatal concepto erróneo contemporáneo, «objetivo» no significa «balanceado» o «imparcial». Significa «basado en hechos». La objetividad no implica un equilibrio cognitivo de hechos y pruebas racionales, por un lado, con opiniones sin fundamento, por el otro. Este libro está abierto exclusivamente a los hechos y a la argumentación lógica basada en ellos. Es

por su método objetivo que el contenido de este libro está incansablemente a favor del capitalismo, pues en un caso dado los hechos pueden estar abrumadoramente, de hecho, completamente, del lado de un argumento; y ningún hecho existe, y ningún argumento racional puede ser aducido, para demostrar la superioridad vivificante del estatismo.

El autor tiene un interés profundamente egoísta en promover el capitalismo. Como estadounidense, él es más libre que las personas en otras partes del mundo, aunque no tan libre como las generaciones estadounidenses anteriores, y, con esperanza, como las generaciones subsiguientes. Ya que el capitalismo es el único sistema que implementa y protege los derechos individuales, él reconoce que su libertad continua —y el incremento de esta— depende de la existencia continua del capitalismo. Todos los lectores, a nivel mundial, que buscan preservar su propia libertad —o más urgentemente obtenerla— deben reconocer un interés egoísta similar en la comprensión y promoción del contenido de este libro.

Un punto final es que muchos de los grandes hombres en la historia de los derechos individuales y el capitalismo son héroes —y el presente libro fue escrito por alguien que, sin pena alguna, adora a los héroes.

Prólogo

La lucha primordial por la libertad individual

El punto esencial

El capitalismo nació en la gloria, creó maravillosos avances inconcebibles a los hombres bajo los sistemas anteriores (y subsiguientes), y fue después salvajemente atacado por los moralistas y los intelectuales, los mismos hombres encargados con la responsabilidad de proteger la vida humana.

En términos de la economía política, el capitalismo *laissez-faire* ilimitado es lo mejor que ha pasado en la historia humana —por muchos órdenes de magnitud— pero fue repudiado porque se basaba en un código moral revolucionario. Este código —que el individuo tiene un derecho inalienable a su propia vida— es un principio vivificante anatema al «Sistema Dirigente Moral» de la humanidad: es decir, los gobiernos, las iglesias, las universidades y los sistemas educacionales. Para estos «líderes de la moral», la vida de un individuo le pertenece no al mismo individuo —sino que al estado, para ser desechada debidamente según la voluntad del pueblo o su emisario: el gobierno.

Esta lucha mortal del individuo contra el estado es el drama moral más grande en la historia de la humanidad y, hoy en día, en 2010, sigue siendo la crisis moral más grave que nos confronta, tanto en Estados Unidos como en el extranjero.

Una explicación apropiada de esta crisis es desesperadamente necesaria. Eso mismo es lo que este volumen provee, y comienza con el evento histórico más excepcional y más importante que ha sucedido en apoyo a los derechos individuales: la Revolución estadounidense.

Una lucha contra la tiranía

Un economista francés, escribiendo sobre el gran científico y hombre de estado Benjamin Franklin, dijo con entusiasmo: «Él ha arrancado los relámpagos del cielo; pronto les arrancará de las manos los cetros a los

reyes». Fueron palabras proféticas —pues la Revolución forjada por Franklin y sus colegas revolucionarios logró precisamente eso.

El 19 de abril del 1775 ocurrió en Lexington, Massachusetts «el disparo escuchado alrededor del mundo» llevado a cabo por milicianos estadounidenses en contra de 700 soldados británicos avanzando sobre Concord para tomarse las municiones acumuladas por los colonos. Los revolucionarios habían sido alertados de la incursión británica gracias a las audaces cabalgadas de Paul Revere y otros, y los soldados británicos encontraron en la plaza de Lexington a 70 milicianos leales en fila, armados y listos en su contra. Cuando los soldados les ordenaron a estos patriotas que se dispersaran, los milicianos abrieron fuego —marcando el comienzo de la Revolución de Estados Unidos.

Los británicos devolvieron el fuego, matando a ocho e hiriendo a diez de los patriotas. Las fuerzas británicas continuaron hacia Concord, donde otra vez tuvieron una escaramuza con milicianos. Un número creciente de patriotas estadounidenses, disparando desde atrás de paredes, setos y árboles, incansablemente hostigaron a las tropas al estas retirarse, convirtiendo su retiro hacia Boston en un vuelo desorganizado e infligiendo cientos de bajas británicas. El Rubicón había sido cruzado, un punto de no retorno transgredido, y ahora no podría ser pacíficamente restablecido un gobierno británico en sus colonias insurreccionales. Sería la libertad o la supresión —y más probable la muerte— para los rebeldes «traidores». De hecho, apenas un mes antes, cientos de kilómetros al sur, el abogado y orador Patrick Henry había concluido un sonoro discurso a favor de la libertad estadounidense en la Cámara de los Burgueses de Virginia con las inspiradoras palabras: «La batalla...no es solamente para los fuertes; es para los que vigilan, los activos, los valientes.... ¡El retiro viene en forma de la sumisión y la esclavitud! ¡Nuestras cadenas están forjadas! ¡El sonoro hierro puede ser escuchado en las llanuras de Boston!... ¿Es la vida tan querida, o la paz tan dulce, como para ser comprada al precio de cadenas y esclavitud?... No sé qué camino tomarán otros, pero en cuanto a mí, ¡denme libertad o denme muerte!

¿Qué factores llevaron a tales eventos dramáticos que cambiaron el mundo?

En medio de muchas controversias específicas y turbulentas, un principio fundamental resalta de forma severa y atrevida: el gobierno británico, sosteniendo firmemente la creencia mercantilista que el comercio colonial era irrevocablemente la propiedad de la madre patria, impuso una serie de

restricciones despiadadas e incesantes a los embarques, al comercio y a la manufactura estadounidense.

Como elocuentemente exclamó un editorial del *Boston Gazette* de 1765: «Un colono no puede hacer un botón, una herradura ni un clavo, pero un ferretero holliniento o un fabricante de botones respetable de Gran Bretaña deberá llorar a gritos que la adoración de su majestad es atrocamente maltratada, perjudicada, engañada y robada por los traviesos republicanos estadounidenses». Según la política británica, la meta del comercio estadounidense, en pocas palabras, era el enriquecimiento de Gran Bretaña.

Por décadas, los desafiantes estadounidenses, actuando agresivamente en interés propio, habían ignorado las regulaciones británicas y, según todos los informes, el contrabando floreció a lo largo de todas las colonias.

Por ejemplo, John Adams reconoció que las regulaciones británicas impuestas en los sombreros y el hierro simplemente eran ignoradas en Massachusetts; el Acta de la Melaza de 1733 fue abiertamente desobedecida; el comercio entre los estadounidenses y el enemigo —inequívocamente prohibido— era ubicuo durante la Guerra de los Siete Años; y Rhode Island fue comparada por el gobernador británico de Massachusetts a un refugio sin ley para piratas y bucaneros.

Es importante observar que los estadounidenses comerciaban con Francia —el intenso rival de Gran Bretaña en cuanto al control del Nuevo Mundo— *antes, durante y después de la Guerra de los Siete Años*, ignorando el intento de la madre patria de nombrar la producción estadounidense como exclusivamente suya. Estados Unidos hacía negocios basándose en el principio de la ganancia egoísta, sin importarle ninguna supuesta «lealtad nacional». El individualismo estadounidense ya estaba empujando en contra de los constreñimientos arbitrarios del nacionalismo europeo.

En realidad, el contrabando y el mercadeo negro, bajo leyes tiránicas que restringen coercitivamente el derecho de los hombres a producir y comerciar libremente, son actos económicos en apoyo a la libertad política. Estados Unidos nunca fue una tierra de aduladores obedientes y supinos ante la autoridad.

El eminente historiador Charles Beard señala que: «la industria de negocios y de agricultura estaba creciendo, incrementando y golpeando, a cada instante, en contra de las fronteras del control imperial inglés». El gobierno británico buscó volver a imponer su autoridad; los colonos estadounidenses se rehusaron a prosternarse ante el rey y el Parlamento; los

problemas eran irreconciliables; el conflicto se regó a través de las colonias; y el impulso hacia la lucha armada creció a un punto irresistible.

En Boston la mecha fue encendida y el barril de pólvora explotado. Comenzó en serio en el verano del 1765 cuando un grupo de mercaderes y artesanos llamándose los Nueve Leales agitaron en contra de la imposición de la Ley del Timbre, un impuesto del gobierno sobre la mayoría de los materiales impresos. El grupo creció —y llegó a llamarse los Hijos de la Libertad. Sus miembros incluían periodistas e impresores quienes publicaron sus denuncias de la Ley del Timbre. John y Samuel Adams, los primos prominentes en la política, simpatizaban con las metas del grupo. En agosto, los Hijos colgaron una efigie de Andrew Oliver, el supuesto distribuidor de sellos para Massachusetts, y después quemaron su propiedad y saquearon su casa.

El principio importante en juego era el de «impuestos sin representación». Los colonos, quienes no tenían representación en el Parlamento de Gran Bretaña, insistían que, por esa razón, el Parlamento no tenía autoridad justa para aplicarles impuestos y que solamente las legislaturas coloniales poseían ese legítimo poder.

A finales del 1765 los Hijos de la Libertad se habían regado por todas las colonias. Los colonos norteamericanos tenían pocas esperanzas que el gobierno de Gran Bretaña prestara atención a su exigencia de disminuir el control sobre sus vidas. La expectativa, más bien, era que eventualmente la madre patria enviara tropas y buscara imponer su autoridad nuevamente. Por lo tanto, los colonos establecieron comités de correspondencia entre las colonias para coordinar la oposición integrada a lo que ellos consideraban como una tiranía atroz.

Para el año 1768 tropas británicas fueron enviadas a Boston para hacer cumplir las odiadas Leyes de Townshend, leyes diseñadas para hacer cumplir más efectivamente las regulaciones comerciales y establecer firmemente el derecho del Parlamento a aplicar impuestos a las colonias de Gran Bretaña. Dadas las tensiones con los colonos, el secretario colonial británico ordenó a su comandante militar en Norteamérica a enviar tanta «fuerza como usted considere necesaria a Boston». El primero de octubre del 1768 el primero de cuatro regimientos desembarcó en Boston. Un enfrentamiento armado era casi inevitable, ya que la gente del pueblo se enfureció bajo la presencia militar y repetidamente insultaban a las tropas.

El 5 de mayo del 1770 una multitud de civiles, provocada por una disputa trivial y quizás consistiendo de cientos de personas, arrojó bolas de nieve a

los centinelas británicos que vigilaban la aduana. Hubo disparos, los cuales finalmente alcanzaron a once civiles, matando a cinco. A pesar de que John Adams fue el abogado defensor de los soldados y que todos menos dos de ellos fueron absueltos, la «Masacre de Boston» simbolizó el dominio precario bajo el cual Gran Bretaña mantenía a sus colonias rebeldes.

El Acta del Té del 1773 inició otra tormenta. Básicamente, debido a impuestos reducidos le permitió a una empresa monopolista por concesión gubernamental —la Compañía Británica de las Indias Orientales— mantener su estado como monopolio con precios más bajos que los que cobraban previamente. La Compañía designó en cada ciudad colonial a agentes específicos o a «consignatarios» para vender su té. Los mercaderes coloniales protestaron a gritos. Importadores de té legítimos que no eran los agentes en Norteamérica de la Compañía eran amenazados con la ruina financiera. Comerciantes que importaban té holandés más barato a las colonias también serían perjudicados severamente por los precios más bajos del monopolio legal. Además, muchos colonos se temían que, si el gobierno británico podía imponer con éxito un monopolio de té en las colonias, entonces podría subsiguientemente hacer lo mismo con otros productos.

En todas las colonias menos Massachusetts, los opositores lograron obligar a los consignatarios a renunciar sus puestos o a enviar el té de regreso a Gran Bretaña. Pero en Massachusetts, el asediado gobernador Thomas Hutchinson se rehusó a ceder. Varios de los consignatarios eran sus hijos —y él logró convencerlos que se mantuvieran firmes ante la resistencia colonial. El 16 de diciembre tres barcos —el Dartmouth, el Beaver y la Eleanor— permanecieron fondeados en el puerto de Boston, buscando cómo descargar su té. Los colonos montaron guardia, rehusándose a aceptarlo. El gobernador Hutchinson se mantuvo firme y no permitió que los barcos se marcharan sin pagar los impuestos requeridos. Llegaron a un punto muerto en Boston. Pero no por mucho tiempo.

Esa noche, unos treinta a cien patriotas, algunos vestidos más o menos como indios norteamericanos, abordaron las tres embarcaciones y, en el transcurso de varias horas, echaron por la borda las cargas, consignando para siempre el disputado té a las profundidades del puerto de Boston.

Aunque líderes responsables como Benjamin Franklin y otros condenaron el acto ilegal, e insistieron que fuera pagado hasta el último centavo del valor de las cargas, el «Motín del Té» llevó a un resultado diferente, como era de esperarse: en Gran Bretaña, hizo más firme la determinación del gobierno de imponer su control sobre sus colonias insurgentes. En América del Norte vino

a simbolizar la resistencia a la tiranía y ayudó a reunir apoyo para la causa de los revolucionarios.

En represalia y de castigo, el gobierno británico aprobó una serie de leyes a las cuales los desafiantes colonos norteamericanos llamaron «Leyes Intolerables» o «Leyes Coercitivas». Una de ellas, la Ley del Puerto de Boston, cerró el puerto de Boston hasta que el monopolio de té fuera pagado por sus pérdidas y hasta que el gobierno británico estuviera convencido que cierto grado de cordura haya sido recuperado por la población incontrolada de Boston. Una segunda y, para los colonos, aún más indignante ley, fue la Ley del Gobierno de Massachusetts, la cual estipulaba que todos los puestos en el gobierno de Massachusetts iban a ser designados por el gobernador británico o por el rey —y las cuales severamente limitaban las funciones de las reuniones municipales en esta colonia rebelde.

El primer ministro Lord North dejó poco lugar para dudas en cuanto a la actitud del gobierno británico hacia sus amotinadas colonias norteamericanas. Él declaró elocuentemente ante el parlamento: «Los estadounidenses han embreado y emplumado a vuestros súbditos, saqueado a vuestros mercaderes, quemado vuestros barcos y desobedecido vuestras leyes y autoridad; y sin embargo nuestra conducta ha sido tan clemente y siempre tolerante que ahora nos toca tomar un rumbo diferente. Cuales sean las consecuencias, debemos arriesgar algo; porque si no, se acabó todo». La política de Gran Bretaña fue un intento de aislar a los que percibía como radicales extremistas en Massachusetts de los patriotas más moderados en las colonias mesoatlánticas y en Virginia. Pero la respuesta estadounidense frustró las esperanzas del gobierno en unos meses.

Las «Leyes Intolerables» promovieron apoyo colonial significativo para Massachusetts y llevó a la creación del Primer Congreso Continental en Filadelfia en septiembre del 1774. Este fue un momento influyente en la historia de América del Norte y de la humanidad. Se reunieron representantes de doce de las trece colonias; decidieron hacer un boicot de productos británicos, y, si las «Leyes Intolerables» no se revocaban dentro de un año, entonces suspender totalmente el comercio con Gran Bretaña. Los delegados también acordaron un Segundo Congreso Continental que se reuniría en mayo del 1775. Significativamente, los representantes prometieron que sus colonias apoyarían a Massachusetts en caso de un ataque de parte de Gran Bretaña, significando, en la práctica, que los disparos en Lexington y Concord de tan solo unos meses después involucraban no solo a Massachusetts, sino que también a la arrolladora preponderancia de las otras colonias.

La Revolución de Estados Unidos había comenzado

La Guerra de Independencia duró ocho cansados y amargos años y fue ganada, en gran parte, por la extraordinaria fuerza moral del General George Washington, sabiamente designado por el Congreso comandante en jefe del Ejército Continental en junio del 1775. Washington, aunque quizás era solo un estratega o táctico militar regular, era un líder superlativo cuyo logro excepcional fue mantener unido un disparejo y maltratado ejército, manteniendo viva la resistencia estadounidense frente a asombrosos obstáculos y reversiones. En breve Washington mantuvo en el campo de batalla una fuerza de combate eficaz suficiente tiempo para ganar apoyo de revolucionarios europeos y eventualmente de Francia, el enemigo principal de Gran Bretaña. Las colonias norteamericanas que por mucho tiempo eran de Gran Bretaña, después de haberse rendido Lord Cornwallis en Yorktown, eran ahora efectivamente libres de la madre patria. La Guerra de Independencia había concluido victoriosamente. Pero el Periodo Constitucional de la Revolución estadounidense apenas comenzaba.

¿Qué tipo de gobierno tendría el nuevo país? ¿Resultaría la guerra por la independencia en nada más que en una nueva e indígena forma de tiranía —o le garantizaría la naciente nación a cada uno de sus ciudadanos los derechos inalienables a «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad», los cuales fueron tan famosamente respaldados en 1776 en la «Declaración de Independencia» de Thomas Jefferson?

A través del continente europeo, monarcas y aristócratas aún tenían autoridad brutalmente autocrática. A lo largo del mundo no europeo, los derechos individuales, la libertad política y el gobierno republicano eran desconocidos incluso como ideales, y mucho menos como realidades. Hasta en Gran Bretaña, donde nació el principio de los derechos individuales, el rey hereditario todavía poseía un poder significativo. ¿Qué tipo de sistema político crearían en América del Norte los descendientes culturales de Gran Bretaña?

La sonora respuesta fue formulada en tan solo unos años. En mayo del 1787, la Convención Constitucional se reunió en Filadelfia. La asamblea incluía a hombres de extraordinaria dote intelectual —como Benjamin Franklin, James Madison, Alexander Hamilton y George Washington, entre otros—. A pesar de que Thomas Jefferson y John Adams estaban desempeñando misiones diplomáticas en Europa, y que Patrick Henry se negó a asistir porque él favorecía una forma más débil de gobierno nacional, la convención contó con una deslumbrante variedad de perspicacia política.

Nuevamente citando a Beard: «Entre las tantas asambleas históricas que han llevado a la revolución en los asuntos de la humanidad [...] nunca ha habido una que gozara de tanto talento político, experiencia práctica y carácter sólido que la convención del 1787 en Filadelfia». La esencia de los líderes intelectuales de este grupo es que *eran hombres prácticos de gran genio*.

Un gran resultado de la Constitución de los Estados Unidos de América es la ingeniosa manera en que esta limita el poder de las ramas individuales del gobierno por medio de un complejo sistema de «controles y contrapesos». Para ilustrar un ejemplo: aunque solamente el Congreso puede hacer las leyes, el Presidente puede vetar la legislación del Congreso —pero el Congreso puede anular un veto Presidencial con una mayoría de dos tercios—. Sin embargo, la Corte Suprema puede abrogar cualquier pieza de legislación declarándola «inconstitucional». Los Jueces de la Corte Suprema son designados de por vida por el Presidente —y tienen que ser aprobados por el Congreso— y estos dos últimos son elegidos por el pueblo. La meta —y, en la práctica, el efecto— era evitarle al gobierno, en su totalidad o en cualquiera de sus partes, convertirse en el violador, en vez del protector de los derechos de cada uno de sus ciudadanos.

En septiembre del 1787 la Constitución de los Estados Unidos fue firmada por la arrolladora preponderancia de los delegados restantes. Sin embargo, entraría en vigor solo si la ratificaran un mínimo de nueve de los trece estados. El debate sobre la ratificación fue vigoroso en varias partes del país, pero ya en 1789 la Constitución había sido ratificada en once estados. En ese año se vio la elección del primer Congreso de Estados Unidos y del primer Presidente, George Washington.

Una de las importantes objeciones planteadas por los críticos de la nueva Constitución había sido que la ausencia de una Carta de Derechos le hacía posible al gobierno nacional asumir un poder tiránico y abrogar las libertades de cada ciudadano —las mismas libertades por las cuales se llevó a cabo la Guerra de Independencia.

Aquellos que apoyaban la Constitución generalmente estaban de acuerdo y, dando un monumental paso adelante por la causa de la libertad humana, el primer Congreso formuló y legisló precisamente esa Carta de Derechos en forma de enmiendas específicas a la Constitución.

La Primera Enmienda declaró: «El Congreso no hará ninguna ley respecto al establecimiento de religión, o que prohíba el libre ejercicio de la misma; o abrogar la libertad de expresión, o de la prensa, o el derecho de las personas a reunirse pacíficamente y a pedir al gobierno la rectificación de agravios».

En pocas palabras, la Primera Enmienda le prohibió al gobierno de Estados Unidos instituir una religión oficial del estado y utilizar el poder policial del mismo para oprimir a los no creyentes —y, que es relacionado, estableció libertad de religión en la naciente República por medio del inatacable derecho del individuo a adorar, o a no hacerlo, como mejor le parezca.

En esto, el Congreso siguió el ilustre ejemplo de Thomas Jefferson. En 1786 la legislatura del estado de Virginia aprobó el Estatuto de Virginia sobre la Libertad Religiosa que estipuló que todas las iglesias tienen el mismo derecho, que ninguna iglesia puede recibir apoyo financiero en forma directa del estado y que este no puede interferir con la elección religiosa de un individuo.

Décadas después, a petición del mismo Jefferson, su lápida funeraria proclamó solo tres de sus muchos logros: él escribió la «Declaración de Independencia», fundó la Universidad de Virginia y fue responsable por el Estatuto de Virginia sobre la Libertad Religiosa. Los fundadores de la República estadounidense, siendo descendientes de gente que, en Europa, había visto en persona las devastadoras guerras religiosas de los siglos XVI y XVII, entendieron muy bien la monumental e innovadora importancia de la libertad de religión.

De igual importancia es la garantía de la libertad de expresión, de la libertad de prensa y, por extensión lógica, de la libertad de expresión intelectual. Un individuo en el nuevo país estaría libre a decir, escribir o de otra forma expresar cualquiera de sus ideas —y ni a gobernadores seculares ni a líderes religiosos se les concedía la autoridad de restringirlo.

Este principio vital protegió la libertad de la mente humana y dio vastas huertas de frutos vivificantes en los siglos siguientes —y rápidamente. Preminentemente exhibido entre los restantes derechos garantizados es la Segunda Enmienda, la cual declara: «Siendo necesaria una Milicia bien ordenada para la seguridad de un Estado libre, el derecho del pueblo a poseer y portar Armas, no será infringido». La referencia a «un estado libre» deja claro que el primer Congreso no estaba pensando solamente en la protección física de personas inocentes, sino que, en general, también en la defensa de la libertad política contra un gobierno tiránico, ya sea doméstico o del exterior.

La *Constitución de los Estados Unidos* y sus primeras diez enmiendas establecieron a la naciente República como la nación más libre en la historia. ¿Cuál es la esencia de este logro innovador?

La novelista y filósofa Ayn Rand (quien inmigró a Estados Unidos de la Unión Soviética) dio la mejor explicación: «*El ideal fundador de Estados Unidos fue el principio de los derechos individuales...* El resto —todo lo que Estados Unidos logró, todo en lo que se convirtió, todo lo “noble y justo” y heroico y magnifico, sin precedente en la historia de la humanidad— fue el resultado lógico de la fidelidad a ese principio».

El derecho fundamental es el de un ser humano individual a su propia vida. Todos los otros derechos se derivan lógicamente de este principio moral básico. Dado que el sustento de una vida humana requiere de un proceso continuo de acciones autogeneradas —por ejemplo, para cultivar alimentos o ganarse el dinero para comprarlos, para construir una casa o comprarla, para obtener educación o aplicarla, etc., se infiere que el derecho a la vida se refiere a la libertad de tomar todas las acciones necesarias para la búsqueda de la realización personal y la felicidad.

Pero, desafortunadamente, otros seres humanos pueden potencialmente violar el derecho de un hombre a su propia vida. Al iniciar el uso de la fuerza física (o el fraude, siendo un uso indirecto de la fuerza), pueden asesinar, mutilar, asaltar o esclavizarlo y/o pueden robarle su riqueza, de este modo restringiendo o hasta eliminando su capacidad de mantener su propia vida. Al debilitar o completamente terminar la vida de un individuo, el inicio de la fuerza física, en cualquiera de sus iteraciones, es inmoral y los hombres honestos requieren protección contra esto. Esa protección es provista por un gobierno adecuado. Un gobierno moralmente legítimo tiene que ser suficientemente fuerte para proteger los derechos individuales, pero no lo suficientemente fuerte para violarlos. Sus poderes específicos y ámbitos de actividad tienen que ser rigurosamente definidos por medio de leyes constitucionales y, por esta autoridad misma, tiene que ser encadenado legalmente para que no se entrometa en ámbitos que son apropiadamente dejados exclusivamente a la elección e iniciativa privada.

De forma resumida: el gobierno de una sociedad libre tiene que respetar —de hecho, debe defender y proteger— el derecho de un adulto a cualquier actividad que no inicie la fuerza o el fraude en contra de una víctima inocente —y debe vigorosamente vigilar y enjuiciar cada especie de tal criminalidad.

Así que, por ejemplo, un individuo debe ser protegido en su derecho a hablar, leer, escribir o gritar desde su propio techo cualquier idea, sin excepción; en su derecho a la participación religiosa —o a no participar— como considere conveniente; en su derecho a poseer y desarrollar propiedad como mejor le parezca; en su derecho a ganar y conservar riqueza; y, más

ampliamente, en su derecho a participar en cada forma específica de comportamiento adulto pacífico y no coercitivo, incluso en su derecho a ingerir sustancias tóxicas de manera autodestructiva.

Combinando formulaciones provenientes de destacados defensores históricos de la libertad: un individuo tiene el derecho a la vida, a la libertad, a la propiedad y a la búsqueda de la felicidad; y como tal son «inalienables», es decir, estos no pueden ser transferidos, renunciados, entregados o perdidos.

Con el fin de proteger los derechos inalienables de cada individuo, un gobierno debe cumplir fielmente y estar estrictamente limitado a tres funciones.

Una de esas es proporcionar un sistema de justicia penal —una fuerza policial, tribunales penales, centros penitenciarios, etc.— para proteger a los hombres inocentes de aquellos que inicien el uso de la fuerza o del fraude.

La segunda, y quizás la más importante, es instituir un sistema de tribunales civiles para arbitrar disputas legítimas entre hombres honestos —esto es de importancia crítica para el bienestar cotidiano y el progreso económico, porque, para citar solo un ejemplo, la confianza para entrar en acuerdos contractuales no podría existir en ausencia de su confirmación por medio la ley.

La tercera es establecer un ejército totalmente voluntario con el fin de defender la nación contra posibles agresores extranjeros —totalmente voluntario, no reclutados coercitivamente, porque la defensa de una sociedad libre requiere que esta sociedad sea libre. Todas las demás actividades se deben dejar al ámbito privado, a la empresa privada y a la iniciativa privada.

Por ejemplo: el único (pero indispensable y sumamente importante) papel que juega el gobierno en la economía es idéntico al papel que este juega en todos los demás aspectos de la vida humana: defender los derechos individuales —proteger la inviolabilidad de los contratos, castigar el fraude y prohibir tomar represalias contra la iniciación del uso de la fuerza física.

Siempre y cuando el gobierno intente hacer algo más que esto, se convierte en violador de los derechos individuales, ya no en el protector —y, por su indisputable jurisdicción legal, el más poderoso y peligroso violador que se puede concebir.

Para ilustrar este punto: un individuo tiene el derecho moral a construir, mejorar y desarrollar su propiedad. Pero si el gobierno, con el pretexto de «proteger el medio ambiente», le prohíbe a una compañía petrolera extraer petróleo de su propio terreno o a un individuo construir sobre el suyo, de este

modo está abrogando el derecho de hombres libres a disponer de su propiedad privada según su buen juicio.

Como otro ejemplo: un individuo tiene el derecho a vender o a retener su propiedad según sus propios valores. Pero bajo la ley del «derecho de expropiación» el estado tiene el poder de tomar posesión de propiedad privada por cualquier cosa que este considere que sea del «interés público». Que el gobierno esté legalmente obligado a pagarle al dueño el «valor justo de mercado» es irrelevante. La esencia del argumento es el poder que tiene el gobierno de coaccionar legalmente al dueño de la propiedad a vender sin importar sus valores o sus elecciones.

Otra ilustración: una compañía tiene el derecho inalienable a contratar a un trabajador dispuesto a trabajarle voluntariamente, y un trabajador tiene el mismo derecho a trabajarle a cualquier compañía dispuesta a contratarlo. Pero si el gobierno coacciona a una compañía a negociar exclusivamente con un sindicato, y no le permite a esta negociar con trabajadores no sindicalizados, viola los derechos tanto de las compañías como los de los trabajadores independientes a negociar con, contratar o trabajarle a quienes ellos escojan.

Como último ejemplo: una compañía tiene el derecho a vender cuantos productos pueda en un mercado competitivamente abierto y, similarmente, los clientes tienen el derecho a comprar cuantos productos deseen y puedan comprar. Si el gobierno disuelve legalmente a una compañía exitosa que ha logrado obtener una enorme cuota de mercado en la competencia abierta de un mercado libre, viola los derechos tanto de la compañía a vender las cantidades que mejor le parezca, como los de los clientes a comprarle a esa compañía las cantidades que prefieran.

Para proteger la libertad en el ámbito económico, un personaje en *La rebelión de Atlas* de Ayn Rand, quien es juez, propone añadir una enmienda crucial a la *Constitución de los Estados Unidos*: «El Congreso no hará ninguna ley que coarte la libertad de producción e intercambio...».

Otra manera en la que los gobiernos modernos, incluso el de Estados Unidos, rechazan ser limitados a las tres funciones resumidas anteriormente, y, como consecuencia, violan atrozmente los derechos individuales, es por medio del establecimiento de un estado del bienestar. Los programas del bienestar social gubernamentales consisten de la redistribución coercitiva de la riqueza de los que son productivos a los que no lo son; en pocas palabras, el gobierno inicia el uso de la fuerza en contra de los hombres honestos y trabajadores y les roba para apoyar financieramente a aquellos que no están trabajando. En una sociedad libre, tal robo institucionalizado es rigurosa y

universalmente expurgado; toda obra caritativa es dejada en las manos privadas de individuos u organizaciones y al esfuerzo voluntario. A nadie se le roba o se le es forzado a apoyar a los indigentes.

El capitalismo es, en la brillante definición de Ayn Rand, «el sistema de los derechos individuales, inclusive los derechos de propiedad, en el cual toda propiedad es posesión privada». Crucialmente, el gobierno está legalmente restringido de iniciar la fuerza física en contra de hombres inocentes. *La libertad, en su significado esencial, ha de ser protegida contra la iniciación de la fuerza que provenga de los ciudadanos privados o del gobierno.*

La *Constitución de los Estados Unidos* y el gobierno fundado sobre ella no eran ni son perfectos. El principio esencial de los derechos individuales inalienables, el cual da impulso a la *Constitución*, nunca fue rigurosamente definido. Es por esta omisión que el documento permite, en casos específicos, la iniciación del uso de la fuerza en contra de individuos inocentes, incluso de parte del gobierno.

Una manifiesta contradicción histórica fue la práctica continua de la esclavitud humana. Aunque la Decimotercera Enmienda finalmente puso un fin a esa horrible institución en 1865, las imperfecciones fundamentales del documento persistieron, haciendo posible en el siglo xx la iniciación de la fuerza de parte del gobierno contra hombres inocentes por medio del establecimiento de un estado del bienestar semisocialista. La grandeza de Estados Unidos es que allí, más que en cualquier otra nación, el gobierno estaba limitado a la protección de los derechos individuales —pero aún allí, al gobierno se le fue permitido degenerarse legalmente a ser un violador de ellos.

Sin embargo, los derechos reconocidos y defendidos en la Carta de Derechos establecieron a Estados Unidos como la nación más libre de la historia, representó un importante avance en la lucha original por la libertad humana y sirven como inspiración para las libertades que los hombres pueden alcanzar en el futuro —tanto en Estados Unidos como en el extranjero.

Este principio de los derechos individuales inalienables es la esencia vivificante del capitalismo, el centro de su significado, su naturaleza, su gloria. Podemos pensar de los derechos individuales como el espíritu —y la filosofía— del capitalismo. Pero esta filosofía ha sido trágicamente poco frecuente en la historia de la humanidad y nunca tanto como hoy en día, en el siglo XXI.

La desgarradora ausencia de la libertad en la humanidad

La situación política en toda la historia y que continúa hasta el día de hoy ha sido, de varias formas, el estatismo —la teoría y sistema de gobierno que sostiene la subordinación del individuo al estado, el repudio de los derechos individuales inalienables y el incesante deber moral que tiene cada individuo a sacrificarse a sí mismo por la sociedad.

La mayoría de los sistemas políticos han suprimido despiadadamente los derechos y las vidas de las personas. El feudalismo, las dictaduras militares, las teocracias, el nacionalsocialismo (nazismo) y el comunismo son solo algunos ejemplos. Lo que estos y otros sistemas tienen en común es el rechazo absoluto de los derechos individuales. Ya sea que los hombres sean obligados a sacrificarse por la tribu, por el rey o la aristocracia, por el clero, por la raza, por la clase obrera o por algún otro poder considerado superior a una vida individual, un ser humano no tiene autoridad moral soberana para gobernar su propia existencia. Él es propiedad del estado.

En todos los sistemas políticos de la historia excepto el capitalismo, correctamente definido, el gobierno tiene el derecho legal a iniciar el uso de la fuerza contra sus propios ciudadanos.

Los horrores de tal falta de libertad son manifiestos histórica y actualmente. Bajo el feudalismo, por ejemplo, el hombre común —es decir la abrumadora mayoría de la humanidad— era suprimido por el Antiguo Régimen, la aristocracia feudal. Los siervos estaban atados a las tierras bajo servidumbre involuntaria que perduró por siglos y, en la práctica, eran indistinguibles de los esclavos. Los plebeyos, más ampliamente, eran completamente subordinados a los dictados de la iglesia, del rey y de la aristocracia, y la disidencia era reprimida brutalmente. Los herejes fueron quemados en la hoguera, mujeres fueron condenadas a muerte por practicar «la brujería»; y los pensadores más avanzados de la humanidad eran ejecutados a menudo, amenazados con ser torturados y/o encarcelados por el crimen de pensar independientemente.

A finales del siglo XIX imperialistas europeos —mayormente monarcas, aristócratas y sus simpatizantes políticos— conquistaron grandes partes de Asia y África. Gobernaron brutalmente, pero en algunos casos por lo menos construyeron infraestructura, mejoraron las condiciones médicas y educacionales y actualizaron las economías locales, como lo hicieron los británicos, por ejemplo.

Cuando los colonialistas hicieron sus maletas y regresaron a casa en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el desarrollo económico local

en general cesó; lo único que permaneció era una brutalidad mucho peor.

Por ejemplo, China, Corea del Norte, Vietnam y Camboya retrocedieron hacia el régimen totalitario más represivo de la historia —el comunismo— el cual, en unos ochenta años, asesinó a cien millones de víctimas inocentes, la mayoría de estas en las naciones asiáticas ya mencionadas. Al mismo tiempo, estados africanos, gobernados por una interminable sucesión de dictadores, ya sean pandillas tribales, fanáticos religiosos o «señores de la guerra» empapados de sangre, es decir matones glorificados, no permitieron el más mínimo semblante de derechos individuales, ni en la teoría ni en la práctica. Estas bestias impusieron la represión y el asesinato de una naturaleza indescriptiblemente horrible.

En Ruanda, por ejemplo, la supuesta «milicia» Hutu asesinó a ochocientos mil «enemigos tribales», mayormente de la tribu Tutsi. Generalmente, con machetes cortaban en pedazos a sus víctimas: a hombres, mujeres, inválidos, niños y bebés — y amontonaban las partes de los cuerpos en pilas, como si fuesen algún tipo de leña espeluznante. A estas mentalidades primitivas, ni el carácter moral de un individuo ni sus logros específicos ni su inocencia de delitos penales les significó nada; lo único que les importó fue la tribu (o grupo étnico) en la cual él involuntariamente nació.

En Sudán el régimen yihadista en Jartum, fanáticamente comprometido a la difusión del islam por medio de la espada, ha esclavizado o asesinado, según cálculos conservadores, a cientos de miles, y probablemente a millones, de sudaneses no musulmanes.

En Somalia una guerra civil incesante hace estragos sin piedad entre clanes rivales, «señores de guerra» y fanáticos religiosos y literalmente un sinnúmero de civiles, atrapados en medio del tiroteo, son ahora cadáveres. Con el principio de los derechos individuales considerado paria cultural, la vida humana tiene escaso valor y —trágicamente— la asesina opresión tiene muy poca disuasión moral. En la actualidad, Somalia —sin ley, empapada de sangre, plagada de piratería moderna— es considerada entre los viajeros cautelosos como «el destino más peligroso del mundo».

En Europa los nacionalsocialistas dieron un infame ejemplo moderno. En Alemania los nazis impusieron una aplastante dictadura, después sumergieron al mundo en una guerra catastrófica y asesinaron a millones de víctimas inocentes. De manera similar a sus homólogos en Ruanda cinco décadas después, éstos racistas violentamente maléficos descartaron todas las consideraciones sobre la vida individual, la elección y el mérito, importándoles solamente la pertenencia racial o étnica.

Menos notorio, pero no menos letal, el régimen soviético bajo Lenin y Trotsky, tanto como bajo Stalin, se dedicó a una orgía de conflicto entre clases, exterminando a decenas de millones de «enemigos del proletariado». Comunistas del mundo entero, como cuestión de un continuo compromiso filosófico, abjuran los relacionados principios del individualismo y los derechos individuales, reconociendo en su lugar solo la pertenencia a clases económicas incesantemente en guerra.

Durante la Primera Guerra Mundial y lo que resultó de esta, el Imperio otomano centrado en lo que es hoy en día Turquía— asesinó alrededor de un millón y medio de armenios durante una manía genocida que presagió el holocausto judío que estaba por llegar dos décadas y media después.

No debemos omitir que la esclavitud humana ha sido una institución monstruosa universalmente practicada a lo largo de la historia y que continúa en el siglo XXI. Por miles de años, la esclavitud era común en cada continente habitado. Se practicaba desde antes de la fundación del budismo, el cristianismo y el islam. El imperio romano y el otomano eran solo dos ejemplos de vastos sistemas imperiales esclavistas. La palabra misma, «esclavo», proviene del nombre «eslavo», pues los pueblos eslavos (de Europa oriental y central) fueron esclavizados en una escala masiva, como por ejemplo lo hizo el imperio otomano.

En África las tribus poderosas conquistaron y esclavizaron a miembros de las tribus más débiles y, basado en tal práctica indígena, a los jefes de las tribus a menudo les resultaba lucrativo vender a sus víctimas primero a esclavistas islámicos y luego a europeos.

Hasta los británicos y los estadounidenses practicaban esta odiosa institución hasta muy avanzado el siglo XIX, pero el creciente principio de los derechos individuales le puso un fin. En el siglo XIX, los británicos llevaron a cabo una cruzada mundial en contra de la esclavitud y tuvieron un grado significativo de éxito en erradicarla, pero no en el mundo árabe-islámico.

Adicionalmente, a través de extensas partes del mundo, todo el género femenino —en su totalidad el 50 por ciento de la población humana— es cultural o legalmente suprimido. Los derechos de la mujer continúan siendo negados y violados *con plena sanción legal* en muchos países.

En algunos países latinoamericanos, por ejemplo, la ley solo reconoce a mujeres castas como potenciales víctimas de la violación; las que no son vírgenes no están bajo su protección.

En Pakistán la ley efectivamente equipara la violación con el adulterio. El sexo fuera del matrimonio, de cualquier forma, es penado por la ley. Como

consecuencia, una mujer violada es a menudo arrestada y procesada, en vez de serlo el violador o violadores, luego otra vez es violada por la policía.

En Afganistán hace solo diez años atrás los talibanes prohibieron legalmente la educación de niñas y jóvenes, y las mujeres podían ser ejecutadas por no cumplir con la ley. Hoy los talibanes insurgentes y sus partidarios fanáticos continúan asesinando a mujeres lo suficientemente valientes como para buscar una vida independiente.

En Arabia Saudita nadie está seguro de cuántas mujeres pobres de Asia y África son atraídas con el anzuelo de trabajos domésticos para luego ser forzadas a laborar bajo condiciones que se asimilan a la esclavitud. Ellas pueden ser golpeadas, privadas de alimentos y abusadas sexualmente sin poder recurrir a la defensa legal. Es tanta la falta de derechos de las mujeres que en 2002 la policía religiosa en la Meca impidió el intento de los bomberos de rescatar a unas adolescentes dentro de una escuela en llamas. Como resultado, quince niñas fallecieron; no estaban cubiertas de pies a cabeza y, por lo tanto, no aptas para ser tocadas o ni siquiera vistas por los bomberos, ya que estos eran del sexo masculino.

En China la cultura tradicional prefiere enfáticamente a los niños antes que a las niñas, y por lo tanto la mayoría de las familias prefieren tener un hijo. Si le añadimos a esta situación la política de «un niño por familia» impuesta por el gobierno comunista, lo que tenemos es una situación conducente a una catástrofe. Decenas de miles de niñas son abandonadas cada año. Algunas son asesinadas y muchas otras son dejadas a morir y pudrirse sobre pilas de basura.

En numerosos países africanos, la espantadora práctica de la mutilación genital femenina es impuesta regularmente. En general sin el consentimiento de la víctima, le remueven el clítoris quirúrgicamente para así minimizar el placer que ésta pueda sentir durante las relaciones sexuales. Y como si tal mutilación coercitiva fuera poco salvajismo, el procedimiento es llevado a cabo por unos ineptos médicamente inexpertos, provocándole a las víctimas problemas de salud extensos y hasta la muerte.

Hoy, en 2010, las dictaduras con mano de hierro en Corea del Norte, Cuba, Myanmar, Irán y Siria, al igual que en Sudán y otros lugares, esclavizan y asesinan a grandes porciones de sus poblaciones indígenas o patrocinan los ataques terroristas cometidos en contra de civiles inocentes y naciones más libres. Corea del Norte, en particular, considerada la dictadura más represiva del mundo, es un estado esclavista; cientos de miles de presos políticos trabajan como esclavos en los gulags del país, y los civiles raquíticos

y hambreados se encogen de miedo por las noches dentro de sus casuchas oscuras cuando se les imponen el toque de queda nacional y cortan toda la electricidad, si es que esta no falla antes.

Ejemplos de tales barbaries inhumanas pueden ser relatadas hasta que hombres inocentes reculen por causa del incesante horror. Pero lo más impactante es que son pocas las personas honestas que plantean la pregunta: ¿Cuál es la causa fundamental de estas atrocidades? Si hicieran la pregunta de esta forma y en este contexto, ellos descubrirían que la causa es el estatismo —la causa es el colectivismo— la causa es la creencia que solamente los grupos, y no un individuo, son importantes —la causa es el trágico y equivocado principio que es compartido por muchos, el que dice que la vida de un individuo no le pertenece a él mismo, sino que a la tribu, a la sociedad, a la nación, al grupo o al colectivo. La causa es la repudiación absoluta del principio de los derechos individuales inalienables. A través de vastas partes del mundo, el gobierno retiene el poder legal de iniciar el uso de la fuerza en contra de los hombres inocentes. Es como si nosotros, la raza humana, a pesar de los avances significativos en los campos de las artes, la ciencia y la tecnología, no hemos logrado avanzar similarmente en el campo de la moralidad y continuamos las practicas primitivas de los salvajes prehistóricos.

El concepto de los derechos individuales es un revolucionario principio moral. Su nacimiento llegó durante la Ilustración del siglo XVIII —de manera que, durante millones de años, y a lo largo de un sin fin de guerras tribales, los hombres subsistieron sin él; e incluso entonces, su comprensión y aplicación (parcial) se limitaba en gran medida a Gran Bretaña y Estados Unidos—. Por poco tiempo ganó influencia en el Occidente —y muy poca— donde este concepto se aferró a una existencia intelectual precaria, atrapado en una lucha a muerte con innumerables especies de estatismo. En su infancia, chocó con el feudalismo y la monarquía; en su madures, con toda variación del socialismo —ya sea el comunismo, el nacionalsocialismo o la economía mixta del estatismo del bienestar.

Hasta Gran Bretaña y Estados Unidos no comprendieron completamente ni pusieron en práctica consistentemente este principio, violándolo repetidamente al practicar el esclavismo y/o el imperialismo y/o la economía mixta del semisocialismo. Aun así, estos originaron una revolución moral.

El investigador caribeño Orlando Patterson, quien investiga la naturaleza e historia de la esclavitud, concluye que «no había palabra para la libertad en la mayoría de los idiomas no occidentales antes de que hicieran contacto con

los pueblos occidentales». Estando ausente un entendimiento de los derechos individuales, no podría haberla.

Hoy en día, hasta en el Occidente, el principio de los derechos individuales es desestimado, muy poco mencionado y mucho menos se habla de él seriamente. Los intelectuales y moralistas a veces hablan de «derechos humanos» o de «derechos civiles» pero nunca de «derechos individuales».

Pero, en realidad, no hay derechos si no hay derechos individuales. Los supuestos «derechos humanos» o «derechos civiles» no son nada más que conceptos colectivistas que enfocan la atención de las personas hacia los grupos. Tales términos son fomentados y usados por los socialistas y los estatistas del bienestar. De acuerdo con los principios que éstos practican —y el que niegan, evaden o ignoran— ellos reprueban las atrocidades perpetradas en contra de grupos grandes y a la vez proponen desvalijar a un individuo próspero para redistribuir la riqueza de éste a aquellos que no lo son. Defensores de los «derechos humanos» y/o de los «derechos civiles» dependen implícitamente en los derechos individuales. Los hombres honestos, especialmente en Estados Unidos, reconocen que un individuo tiene derecho a su propia vida, aunque solo entiendan la idea de este principio de modo impreciso, medio formado y no dicho. Es este reconocimiento que les permite a las personas identificar las injusticias cometidas en contra de individuos inocentes —y que les provee la convicción moral para rectificar estas injusticias.

Observe al respecto que cualquier intento exitoso de proteger a los hombres inocentes de los salvajes —como, por ejemplo, al darle fin a la segregación coercitiva en el sur de Estados Unidos— depende lógicamente en el principio de los derechos individuales. ¿Por qué, por ejemplo, era inmoral impedirle legalmente a una persona de la raza negra comprar una casa en un barrio de blancos? Es solamente porque un ser humano individual, sin importar su raza o etnia, tiene el derecho de comprar una casa a quien sea que esté voluntariamente dispuesto a vendérsela. (Y similarmente, fue el derecho del dueño blanco de vender a quien sea que él escoja entre aquellos voluntariamente dispuestos y capaces de comprar).

¿Por qué era inmoral, y de hecho criminalmente brutal, atacar, violar o linchar a un hombre o una mujer inocente? Dado el principio de los derechos individuales y *nada más que este principio*, la respuesta es obvia. Observe también el trágico fracaso de aplicar con éxito el principio de los «derechos humanos» en Corea del Norte, Sudán, Myanmar, Ruanda, etc., países y culturas que todavía no han desarrollado un entendimiento o la dedicación al

principio de los derechos individuales inalienables. Hablando estrictamente, no existe un movimiento por los «derechos humanos» (ni tampoco un movimiento para los «derechos civiles»). Solo hay y solo puede haber un movimiento por los «derechos individuales».

Como Ayn Rand ha observado: el individuo es la minoría más pequeña del mundo —y es a la que más implacablemente oprimen. Donde sea desconocido algún entendimiento, apoyo y protección a los derechos individuales, es ahí que no existe un principio moral para restringirle al estado (o a la tribu, la raza o el colectivo, entre otros) disponer a su discreción con la vida de un individuo. Según premisas colectivistas, el estado, a voluntad, puede desvalijar, esclavizar o asesinar a una persona (o a cualquier subcategoría de personas). Esta verdad severa explica por qué es abominable y desgarrador —pero no impactante— que hoy en día, doscientos veinticinco años después de la Revolución estadounidense, la libertad es prácticamente desconocida en muchas partes del mundo.

El principio de los derechos individuales representa una revolución moral trágicamente desconocida en gran parte del mundo y a través de su historia.

El estatismo y el colectivismo han sido lo normal históricamente y sigue siéndolo en el siglo XXI. Esto significa que el inicio legal de la fuerza en contra de personas inocentes ha sido y sigue siendo lo normal. Por lo tanto, es tristemente inevitable que la tiranía, la esclavitud y la masacre han sido lo normal históricamente —y siguen siéndolo. El principio de los derechos individuales era cultural y políticamente prominente solo en el Occidente y solo durante los siglos XVIII y XIX. Por eso, la libertad político-económica nació allí y en ese entonces, las monarquías y las tiranías fueron derrocadas, la servidumbre fue eliminada, el abolicionismo fue originado y la esclavitud fue abolida. Incluso, el vago legado de este principio en el Occidente del siglo XX fue suficiente para concebir de movimientos con el fin de proteger los derechos de las minorías y de las mujeres —movimientos que no existen ni pueden existir en extensas porciones del mundo donde nunca se ha reconocido, en lo más mínimo, el principio de los derechos individuales.

¿Qué podría lograr un mundo en el que los derechos individuales se entienden plenamente y son implementados —y donde este principio no tiene por qué seguir luchando contra las múltiples formas de su antítesis?

¿Qué podría lograr un mundo que instituye una prohibición universal de la iniciación de la fuerza —de este modo estableciendo las condiciones mínimas de una sociedad civilizada— y procede a proteger el derecho moral y legal de cada individuo a desarrollar su mente y actualizar su vida?

Marx y Engels infamemente empezaron el *Manifiesto del partido comunista* con la línea ominosa: «Un fantasma se cierne sobre Europa —el fantasma del comunismo». Estaban equivocados. La verdad es mucho peor. Un monstruo está pisoteando el mundo —el monstruo del colectivismo.

¿Cuántos holocaustos humanos más deben ser perpetrados antes de que las personas se atraganten con la sangre de sus hermanos y estén resueltos, por fin, a ponerles un alto permanente?

A llegado la hora de hacerlo.

De hecho, hace mucho llegó la hora que las personas que dicen venerar la vida humana descubran el principio moral sin el cual ésta no puede ser preservada. Hace mucho llegó la hora de que los hombres civilizados tomaran medidas basadas en principios para rectificar esta terrible situación. El presente libro es un intento de hacer precisamente eso: advertirles a las personas racionales sobre la catástrofe moral que está sucediendo, identificar su causalidad subyacente y, sobre todo, señalar el único medio de resolución, y de ejecutarlo ahora, mientras la civilización se aferra a la vida y nos queda tiempo.

Primera parte
La superioridad histórica del capitalismo

Capítulo primero

La enorme pobreza de los sistemas político-económicos precapitalistas

En la sociedad occidental moderna, a menudo subestimamos los logros del capitalismo. La industrialización, la inventiva, el progreso tecnológico tan característico del sistema capitalista, está a nuestro alrededor. Vamos al trabajo o a la escuela en nuestros automóviles, inundamos nuestros hogares con luz eléctrica, los calentamos contra el frío del invierno con calefacción de gas, de petróleo o eléctrica, los refrescamos durante los meses calurosos del verano con aire acondicionado, escribimos en la computadora personal, hacemos compras por la internet, viajamos cómodamente a destinos lejanos en aviones, limpiamos ropa en lavadoras y platos en lavaplatos, curamos enfermedades por medio de antibióticos —y, sobre todo, vivimos en un país cuyos refrigeradores y supermercados rebosan de comida vivificante. Como resultado, la expectativa de vida se aproxima a los ochenta años —y continúa creciendo.

¿Pero qué de las sociedades que no han implementado el capitalismo? ¿Cómo son? ¿Cuáles son las condiciones de vida allí? ¿Los sistemas político-económicos no capitalistas gozan del mismo nivel o expectativa de vida? Los derechos individuales son un principio moral fundamental para la preservación de la vida humana.

¿Pero cuáles son sus consecuencias prácticas? En concreto, ¿cuáles son los resultados económicos de su implementación? ¿Y cuáles son los resultados prácticos donde y cuando se desconoce?

El primer lugar donde buscar la respuesta es en las condiciones que existían inmediatamente antes de la revolución capitalista a finales del siglo XVIII.

Muchos escritores e historiadores elogian a una supuesta «Edad de Oro perdida» que existió antes del desarrollo del capitalismo, la industrialización y el sistema de fábrica, en la cual los trabajadores vivían felizmente en libertad y prosperidad. Friedrich Engels, el escritor comunista y colaborador de Karl Marx, es representante de esta escuela de pensamiento.

De los trabajadores de la era preindustrial, dijo que «su nivel de vida era mucho mejor que la de los trabajadores de la fábrica hoy día [en los años 1840]. No estaban obligados a trabajar horas excesivas; ellos mismos fijaban la duración de la jornada de trabajo y aun así ganaban lo suficiente para sus necesidades». Tenían tiempo para la recreación, y jugaban «bolo césped y fútbol» con sus vecinos. Si los niños ayudaban a sus padres a trabajar, «era solamente un empleo ocasional y ni hablarse de una jornada laboral diaria de ocho o doce horas». En ausencia de un extenso trabajo infantil, «los hijos de los trabajadores fueron criados en casa... Los niños crecían en idílica sencillez y en una intimidad feliz con sus compañeros de juego».

Los escritores anticapitalistas no se detienen ahí. Ellos proceden a alegar que el sistema de fábrica desarrollado por los capitalistas industriales a finales del siglo XVIII y a principios del XIX bajó el nivel de vida de los trabajadores, así causando pobreza y miseria generalizada.

Los influyentes historiadores británicos J.L. y Barbara Hammond, escribiendo sobre la vida inglesa, afirmaron que la Revolución Industrial les «cayó como una guerra o una plaga» a los trabajadores. Supuestamente, esta embutió a hombres, mujeres y niños en las fábricas, en condiciones insalubres, y los obligó a largas horas de trabajo inhumano a cambio de salarios bajos patéticos. «Sin duda, nunca desde los tiempos en que esclavizaban poblaciones le ha caído a un pueblo tanta desgracia que la que le cayó a las colinas y a los valles de Lancashire y West Riding con las ciudades industriales...». Los críticos llegaron a dos conclusiones generales acerca de los primeros tiempos del capitalismo: la primera fue que las condiciones de vida de los trabajadores eran generalmente satisfactorias (o al menos soportables) en la era precapitalista; y la segunda fue que el sistema de fábrica de los capitalistas redujo esas condiciones de vida significativamente, si no drásticamente. La verdad, sin embargo, es que ambas alegaciones son profunda y manifiestamente falsas. El capitalismo elevó el nivel de vida de los trabajadores a alturas inimaginables antes de su comienzo e inició un proceso de avance económico desde sus primeros días.

La miseria en la Europa precapitalista

Antes de la llegada del capitalismo industrial a Gran Bretaña a finales del siglo XVIII, lo que le esperaba a la clase obrera inglesa era una miseria empobrecida más allá de lo visto en el mundo moderno occidental desde hace siglos.

La hambruna —la muerte de hambre de incontables millares— era generalizada. El saneamiento y el alcantarillado eran inexistentes —desechos, excremento y los bichos llenaban las calles de las ciudades y los pueblos y las casuchas destartadas de los pobres; y, como resultado, las enfermedades mortales de todas las variedades imaginables, incluso la temida peste bubónica (la infame «Peste Negra»), eran ineludibles, especialmente entre los tantos pobres. Decir que los ingresos estaban bajos sería una grave inexactitud basándonos en el estándar de la era capitalista venidera, los ingresos estaban por el suelo. ¿Cuál fue el resultado tétrico? En vísperas de la Revolución Industrial en el siglo XVIII, la expectativa de vida en Gran Bretaña era menos de 35 años.

Para las personas en el Occidente moderno industrial, la extendida y horrible miseria de Europa precapitalista es inconcebible. Por ejemplo, según el historiador francés Fernand Braudel, a base de un estándar empleado en Lyon, Francia en el siglo XVII, el nivel de pobreza se alcanzaba solo cuando los ingresos diarios de un hombre eran insuficientes para comprar un pedazo de pan.

La desgarradora verdad es que entre un cuarto y la mitad de la población del siglo XVII en Inglaterra subsistía crónicamente cerca, a o por debajo de este nivel de la penuria.

Para que quede claro, considere lo siguiente: si el Departamento de Trabajo de los EEUU fuera hoy a utilizar un estándar de pobreza similar, los estadounidenses por debajo de la línea de pobreza serían solo aquellos ganando más de 18 dólares al mes o 216 dólares al año. (Así que alguien ganando 19 dólares al mes 228 dólares al año generaría un ingreso demasiado alto para ser considerado pobre).

Según Angus Maddison, un destacado historiador de la economía, Europa no tuvo *ningún crecimiento económico* en los siglos desde el año 500 dC al 1500 —y el ingreso per cápita se situó en la cifra abismalmente baja de 215 dólares en el año 1500—. El crecimiento económico europeo se situó en la ínfima tasa del 0.1 por ciento en los siglos del 1500 al 1700 y el ingreso per cápita fue un estimado de 256 dólares a final del siglo XVIII.

Los historiadores discrepan en cuanto a la extensión, pero están de acuerdo que la muerte por hambre era frecuente en Europa en los siglos anteriores a la Revolución Industrial, incluso en Gran Bretaña. Un investigador, Andrew Appleby, escribió: «En 1587 y 88, 1597 y 1623, los condados de Cumberland y Westmoreland, en el noroeste de Inglaterra, fueron golpeados por la hambruna. En esos años miles de personas

murieron...». Es probable que, siendo la comida comestible inalcanzable, los pobres se comían la corteza de los árboles y las «semillas verdes, raíces, hierba y los intestinos y la sangre de los animales que fueron sacrificados como alimento para los más ricos». La muerte por la inanición debe ser entendida de manera suficientemente amplia para incluir la muerte por trastornos intestinales inducidos por el consumo de estos alimentos no adecuados, así como la inanición «pura», en la que «el consumo de calorías se reduce hasta el punto que las funciones corporales cesan poco a poco...». Sin duda, es posible que la inanición entre los ingleses pobres era demasiado común para provocar cualquier comentario, pero condiciones eran aún peor en otras partes de Europa. Citando nuevamente a Braudel, un informe francés del 1662 declaró: «El hambre este año ha puesto fin a más de diez mil familias [...] y ha obligado a un tercio de los habitantes [...] a comer plantas silvestres».

Otro comentarista dijo: «Algunas personas comían carne humana». Aun teniendo en cuenta la posibilidad de la exageración, la situación era grave. En la misma época, otro escritor francés afirmó: «El pueblo de Lorena [...] se reduce a tomar medidas tan extremas que, al igual que los animales, se comen la hierba de los prados [...] y están tan negros y delgados como los esqueletos».

Un destacado historiador del siglo xx, Carlo Cipolla, corroboró dicha situación: «Es difícil para los que viven en los países industrializados del siglo xx imaginar el hambre y la hambruna. La gente literalmente moría de hambre, y no era raro encontrar hombres muertos en el borde de la carretera, con la boca llena de hierba y sus dientes clavados en la tierra».

En Alemania «la hambruna visitaba persistentemente los pueblos y las llanuras». En Escocia, los llamados «años malos» del 1697 al 1703 vieron malas cosechas generalizadas y sufrimiento horroroso. «Nadie sabe cuántos murieron durante la hambruna [...] pero probablemente fueron decenas de miles» —un significativo número de personas en un país con menos de dos millones de habitantes.

En el mismo período una horrible tragedia golpeó a Finlandia. Braudel afirma: «Si uno quiere medir las catástrofes de la historia por la proporción de vidas cobradas, la hambruna del 1696 al 1697 en Finlandia *debe ser considerada como el evento más terrible en la historia de Europa*. Un cuarto o un tercio de la población finlandesa desapareció en ese tiempo».

Resumiendo, sucintamente tales horrores Braudel concluyó: «La hambruna se produjo con tanta insistencia durante siglos que esta se incorporó

en el régimen biológico del hombre y se integró a su vida diaria. La escasez y la penuria eran continuas y muy conocidas, incluso en Europa [...] la hambruna desapareció del Occidente solo al cierre del siglo XVIII, o incluso más tarde».

El saneamiento, el alcantarillado y las enfermedades

Uno de los logros extraordinarios de la tecnología moderna —y uno completamente subestimado— es la disponibilidad del agua potable para cientos de millones de personas. Para llegar a tal logro, los embalses se deben construir; el acero debe ser perfeccionado y fabricado abundantemente; y vastas redes de cañerías y tuberías de alcantarillado selladas, separadas y sin fugas deben ser construidas a través de todo un continente.

Solo entonces pueden las personas disfrutar de las ventajas vivificantes del agua potable y de la plomería. *Tales avances no fueron logrados hasta finales del siglo XX y aún entonces solamente en las naciones capitalistas occidentales.*

El problema de salud principal que confronta a cualquier sociedad no industrializada es el de cómo mantener los desechos humanos y los de los animales fuera del agua potable. La triste respuesta es que no se puede hacer. Los desechos se filtran inevitablemente en el agua subterránea o, peor aún, son tirados directamente en los ríos y arroyos, contaminando de esta manera el agua potable. El resultado es la muerte prematura y generalizada por enfermedades tales como el cólera, la fiebre tifoidea y la disentería crónica, males en gran parte provocados por el consumo del agua impura. En ausencia de la tecnología avanzada y la industrialización, no hay medios eficaces para purificar el agua. Al igual que con la hambruna recurrente, estas enfermedades también fueron la suerte de las masas en Europa precapitalista.

Los historiadores británicos Mabel Buer, M Dorothy George y JJ Bagley informan que en Londres en fecha tan tardía como el siglo XIX, eran tantas las aguas residuales que todavía eran desechadas en el río Támesis que «las ventanas de las cámaras del Parlamento nunca se podían abrir debido al hedor...» Durante los siglos que llevaron a la era moderna, el saneamiento era prácticamente inexistente. «Las autoridades de cada pueblo medieval no podían con la limpieza viaria, [...] pues los dueños de casas persistían en arrojar basura y aguas residuales en las calles, y permitían que sus animales y aves de corral ensuciaran las vías públicas a voluntad. Pocas personas se preocupaban si los animales muertos yacían insepultos por días. El canal que

corría por el centro de la mayoría de las calles se convirtieron en una alcantarilla abierta...» El agua potable a menudo provenía de corrientes tales como el río Walbrook, el río Fleet y el río Támesis, «el destino final de la mayoría de la basura y las aguas residuales de Londres».

Una terrible consecuencia es que la ausencia de saneamiento y alcantarillado eficaz llevaba a la proliferación de parásitos y gérmenes. Las pulgas portadas por las ratas causaron la peste bubónica, un terror espantoso que afligió a Europa durante siglos. En los años de 1347 a 1350, la horripilante «muerte negra» barrió el continente europeo, incluso Gran Bretaña, *apagando un estimado de 25 millones de vidas humanas, aproximadamente un tercio de la población total de Europa occidental*. Y este no fue un hecho aislado. Solo en el siglo XVI la peste asoló en 1509, 1514, 1526, 1560 y 1576. En la década de 1720, arrasó con Marsella.

En Italia la famosa iglesia de Santa Maria della Salute en Venecia fue construida como un santuario dedicado a la Virgen María en agradecimiento por el alivio de una plaga que mató, solo en esa ciudad, a cuarenta y siete mil entre 1630 y 1631. De hecho, Venecia fue golpeada por epidemias de peste veintiún veces entre 1348 y 1630; París veintidós veces entre 1348 y 1596; y Barcelona diecisiete veces entre 1457 y 1590.

Tampoco se salvó Londres de esos brotes letales. La plaga cerró todos los teatros en Londres entre 1592 y 1594, proporcionándole al joven y pobre de William Shakespeare el tiempo libre para escribir *Venus y Adonis* y *La violación de Lucrecia*, así como para iniciar sus célebres sonetos. La epidemia de 1593 mató aproximadamente a dieciocho mil en Londres, mayormente en los barrios pobres infestados de ratas situados alrededor de los muelles. Entre 1348 y 1665, hubo repetidos brotes de peste; treinta epidemias solo entre 1351 y 1485, doce de éstas en una escala nacional. En el medio siglo concluyendo en el 1593, Inglaterra se vio afectada por la peste en más de un cincuenta por ciento de esos años. Una gran epidemia en 1563 también mató aproximadamente a dieciocho mil en Londres, motivando a la reina Isabel, a sus treinta años de edad, a retirarse a Windsor, donde había construido una horca para usarla en contra de cualquier residente de Londres lo suficientemente temerario como para buscar una audiencia con ella.

Las míseras viviendas y el fuego

Las chozas de los pobres de Londres y otros lugares representaban graves riesgos para la salud. El hacinamiento de personas era grave, y la tierra, la

basura y la suciedad se encontraban en todas partes. Las casas eran de madera, la cual era comúnmente podrida, y «plagadas de todo tipo de parásitos». Mabel Buer concluyó: «Desde el punto de vista de la salud, lo único que se puede decir a favor de las chozas era que se quemaban con mucha facilidad».

Y así fue. El domingo 2 de septiembre del 1666 se incendió la panadería de Thomas Farynor situada en Pudding Lane, cerca de las orillas del Támesis. El biógrafo e historiador Stephen Coote escribió: «Los incendios eran muy comunes en Londres; un sinfín de edificios, uno al lado del otro y con entramado de madera, aseguraron que así fuera...» Al principio, el alcalde mayor respondió despectivamente que «una mujer podía mearlo hasta apagarlo», pero trágicamente no se dio así. Al estar lleno de casas de madera en condiciones de grave hacinamiento, y poseyendo solo métodos y equipamiento primitivos de extinción de incendios, Londres ardió sin cesar a como hacen los barrios pobres en el infierno. Cuando el Gran Incendio de Londres llegó a su fin el jueves 6 de septiembre, quedaban solo cenizas sobre un área midiendo milla y media por media milla. Más de trece mil casas fueron destruidas y cien mil personas sin hogar enfrentaron un invierno frío. Solo el año anterior Londres había sufrido un brote de peste que había matado a unos setenta mil habitantes, casi un 15 por ciento de la población de la ciudad. Si había algún consuelo en relación con el desastre de 1666, era que el gran incendio también mató a un gran número de ratas, pulgas y otros parásitos, posiblemente dándole a la ciudad alivio de más plaga.

Antes de la Revolución Industrial, Gran Bretaña era un país del «tercer mundo» —así como lo era el resto de Europa. La hambruna incontrolable, los brotes incesantes de la peste y otras enfermedades letales, la aplastante pobreza general y la esperanza de vida abismalmente baja se asemejan a unas partes de África en la actualidad, ya que esta es la región más pobre del mundo.

Pero Gran Bretaña del tercer mundo estaba en una situación mucho peor que en la que está África hoy. Por lo menos en África contemporánea, aún con todo su desenfrenado tribalismo, dictadura y guerra interna, por lo menos tiene el beneficio de la agricultura moderna, la electricidad, los automóviles, los aviones, los antibióticos, incluso las computadoras y la Internet, etc. Como consecuencia, la esperanza de vida en muchas naciones africanas es significativamente más alta que la esperanza de vida de menos de treinta y cinco años que se logró en Gran Bretaña del tercer mundo —con muchos en África llegando a vivir a los cincuenta. (Aunque algunas zonas de África

contemporánea son muy similares a Europa del tercer mundo preindustrializado, inclusive una esperanza de vida en los treinta años). Los avances ya mencionados no estaban disponibles en Gran Bretaña preindustrial por la sencilla razón de que ninguno todavía no se había inventado. Todos estos son un producto de la era posterior del capitalismo industrial.

Aun reconociendo la extrema dificultad en identificar los niveles de vida de los siglos pasados con algún grado de precisión, es evidente que, por las normas del capitalismo moderno, los niveles eran trágicamente bajos.

Por humanitarismo puro nos corresponde identificar las causas de tanto sufrimiento para así garantizar que no se repita en las naciones que posteriormente lo vencieron, y para promover su erradicación en las extensas partes del mundo donde todavía se prolifera. Las causas son económicas, pero en mayor parte filosóficas.

Las causas económicas de la pobreza generalizada

Antes de la Revolución Tecnológica e Industrial, los productos de consumo se hacían a mano con el esfuerzo de los brazos y las espaldas de las personas, con la fuerza del cuerpo de los animales, en fin, por la fuerza muscular. *Con solo estos medios insignificantes, es imposible crear grandes cantidades de productos.* En pocas palabras: limitadas a estos métodos primitivos de producción, las personas no pueden producir lo suficiente como para elevar el nivel de vida por encima de la simple subsistencia para millones de seres humanos.

El principio fundamental de la economía es la ley de la oferta y la demanda. Si la oferta de un bien es baja en relación con la demanda del mismo, el precio aumentará. Por otro lado, si la oferta de un bien es alta en relación a la demanda, su precio disminuirá. La única manera de garantizar precios suficientemente bajos como para estar al alcance de millones de personas es produciendo una gran cantidad del bien que está en demanda. Esto no puede hacerse con simple trabajo manual y fuerza muscular.

En ausencia de la ciencia avanzada, la tecnología y la industria, por ejemplo, las personas carecerían del conocimiento de la ciencia agrícola y de la capacidad de crear maquinaria agrícola. No sabrían cómo rotar los cultivos ni cómo proteger al ganado de las enfermedades y a los cultivos del añublo o de los enjambres de insectos, y carecerían de tractores, cosechadoras y otros implementos mecanizados de la tecnología agrícola. Impotentes contra la infestación de insectos y las enfermedades; a merced de las tormentas, las

sequías y el frío amargo; y limitados a los arados de mano halados por mulas o bueyes, fue trágicamente inevitable que la producción de alimentos haya sido muy poca y que la hambruna letal haya sido desenfrenada.

Thomas Malthus definitivamente estaba en lo cierto, solo que un sentido y contexto limitado: *en una sociedad no capitalista, el crecimiento de la población ineludiblemente sobrepasaría el suministro de comida*. Lo que es cierto de los alimentos es igualmente cierto de cada necesidad de la supervivencia humana. Antes de la Revolución Industrial y el sistema de fábrica, la ropa, por ejemplo, era producida en telares de mano. La fabricación de una sola camisa (o de cualquier prenda de vestir) tomaba una gran cantidad de tiempo y esfuerzo; como consecuencia, el suministro de camisas era bajo y correspondientemente los precios eran altos, demasiado altos para la gran mayoría de la población—. El resultado fue que la mayoría de las personas poseían un solo conjunto de ropa que llevaban puesto continuamente y que a menudo se les describía mejor como «trapos».

Debido a que el baño regular contribuye al desgaste, esta ropa generalmente no era lavada durante meses. Los problemas higiénicos y médicos derivados de las infestaciones de piojos y otros parásitos eran graves. Ante la falta de industrialización y fábricas, y, sobre todo, sin la máquina de vapor de James Watts para conducir los telares mecánicos, era imposible fabricar el gran suministro de ropa necesario para lograr precios asequibles para millones de personas.

Este principio se aplica tan plenamente a la construcción de viviendas. Imagínese la diferencia, no solo en el trabajo agotador, sino que también en el tiempo, entre construir estas viviendas simplemente con palas, picos y martillos, y construirlas con palas mecánicas, grúas y herramientas eléctricas. Las herramientas de alto poder redujeron drásticamente el tiempo necesario para la producción de viviendas, así contribuyendo al enorme aumento en la cantidad de viviendas asequibles. (Tenga en cuenta que las palas, los picos y los martillos también deben ser producidos, de modo que en ausencia de la industrialización hasta el suministro de estas herramientas era muy limitado).

Además, antes de la Revolución Industrial y Tecnológica, las personas carecían de los conocimientos necesarios para producir en masa el acero, incluso el hierro, y la mayoría de la construcción era necesariamente hecha con madera. Esto hizo imposible la construcción de edificios de departamentos (o de cualquier otro tipo de construcción de gran altura), así disminuyendo gravemente las viviendas disponibles para la mayoría de los miembros de la sociedad. Estos hechos dejan claro por qué la propiedad de

viviendas para millones de personas se convirtió en una realidad solo durante la era capitalista e industrial, antes de la cual no existía la más mínima posibilidad de ello.

Tales avances en la tecnología y la industrialización son necesarias para producir en masa y por lo tanto para bajar el precio de todos los productos, inclusive los indispensables para la vida humana. En ausencia de la producción en masa de las necesidades de la supervivencia, enormes cifras de seres humanos no sobrevivirán o sobrevivirán por mínima duración y con máxima tribulación.

Pero ¿por qué la Revolución Industrial y la Tecnológica esperaron la revolución capitalista de Gran Bretaña del siglo XVIII? Dada la necesidad desesperada —en todo el mundo y durante siglos— de tales avances, ¿por qué en ese entonces y por qué allí? Para obtener respuestas, tenemos que mirar más allá de los límites de la economía hacia el campo de la filosofía.

Las causas filosóficas de la pobreza generalizada

Los avances en la ciencia aplicada, la tecnología y la industrialización dependen de los avances de la ciencia teórica. En efecto, los logros de tales inventores y empresarios como James Watts, Thomas Edison, los hermanos Wright, Andrew Carnegie, entre otros, están contruidos sobre bases establecidas por científicos como Isaac Newton y otros. Éstos inventores, innovadores y científicos son genios.

Al contrario de Marx, Engels y toda una escuela de intelectuales socialistas, la causa fundamental del progreso económico no es el trabajo manual. Es, como Ayn Rand dramatiza brillantemente en *La rebelión de Atlas*, el poder de la mente. El trabajo manual, sin duda, es necesario para todo tipo de construcción y su aplicación productiva representa una virtud absoluta. Además, los pensadores innovadores (Edison, por ejemplo) puede que lleven a cabo una buena cantidad de ello como parte de sus innovaciones. Pero no son manitas glorificados. Son gigantes intelectuales.

La causa primera y principal motor del progreso científico, tecnológico e industrial es el genio humano. James Watt, por ejemplo, pasó años estudiando las propiedades del vapor con los mejores científicos de la Universidad de Glasgow. Thomas Edison devoró todos los libros que podía comprar sobre la ingeniería eléctrica. Los hermanos Wright hicieron lo mismo con respecto a la ingeniería aeronáutica. Fueron sus mentes que tales pensadores desarrollaron. Por lo tanto, es eminentemente lógico que donde la mente del hombre es libre,

el progreso en todos los campos intelectuales se maximiza —y donde es reprimida, estos avances son abortados.

¿Qué condiciones sociales son necesarias para el pleno desarrollo de la inteligencia humana? ¿Qué tipo de sistema político-económico promueve el desarrollo de la mente racional independiente? ¿Y qué tipos retrasan, restringen o completamente prohíben su libre funcionamiento? Respondamos a la última pregunta de inmediato. Una persona curiosa no necesita ir muy lejos para encontrar las causas de la supresión de la mente en Europa precapitalista. El culpable fue: el feudalismo y su legado político; el Antiguo Régimen, es decir, el mandato de la monarquía, la aristocracia menor y la incuestionable y establecida religión oficial del estado.

La glorificación y la autoridad incuestionable de la aristocracia denigró severamente el valor de los llamados plebeyos, es decir, el hombre común, lo que exigió que la gran mayoría de las mentes humanas no fueran valoradas, desarrolladas o usadas. Por ejemplo, ¿cuántos potenciales Isaac Newtons, Thomas Jeffersons, Benjamin Franklins, James Watts, Thomas Edisons, Andrew Carnegies, y otros, se vieron obligados a vivir en completa esclavitud, trabajando como obreros en los campos de la nobleza —o, por lo menos, amenazados con la cárcel, la tortura, incluso la ejecución si sus ideas radicales chocaban con los preceptos del rey, la aristocracia o el clero?

Abundan las ilustraciones de represión legalizada. Denis Diderot, escritor francés y principal motor detrás de la primera enciclopedia de la humanidad, un proyecto gigantesco en apoyo al conocimiento humano generalizado, fue encarcelado por sus ideas. Voltaire admiraba a Gran Bretaña como una meca de la libertad intelectual, y escribió brillante y mordazmente contra la opresión del rey de Francia, de la aristocracia y del clero —y como consecuencia, se encontró varias veces encarcelado y exiliado por pensamientos ofensivos a la supresora autoridad.

D'Alembert, el científico y escritor, fue intimidado para cortar temporalmente su conexión con la *Encyclopédie*. Galileo fue amenazado con la tortura y Giordano Bruno quemado en la hoguera, porque las ideas de ambos chocaban con las de la Inquisición.

(En una trágica ironía, la Revolución Francesa, en nombre de la libertad, estableció una dictadura aplastante brevemente tan letal como la que durante un milenio la precedió; encarcelando, por ejemplo, al filósofo Condorcet, que murió misteriosamente, y decapitando al científico Lavoisier, el padre de la química moderna. La represión, que puede venir bajo diversos nombres y

formas, no tiene más que una realidad inflexible: la represión de la libre investigación).

Además, tales eventos infames ocurrieron en los siglos XVII y XVIII, en el período posrenacentista cuando la dedicación a la mente racional independiente estaba creciendo. La supresión había sido mucho más amplia en los siglos anteriores, cuando los «herejes» —es decir, los pensadores independientes que poseían la osadía de desafiar la ortodoxia religiosa oficial, y que incluye a tales rivales intelectuales serios como los arrianos, los pelagianos y los maniqueos— a menudo eran quemados en la hoguera (o matados a filo de espada) por millares. Para asegurarse de la muerte de sus ideas en conjunto con sus cuerpos, también sus libros eran quemados a menudo.

La mente creativa no puede funcionar bajo un régimen de terror. Su santa búsqueda del conocimiento no le permite dejar de hacer preguntas difíciles, dudar principios verídicos, tener que cuidarse las espaldas de la presencia inquietante de la Inquisición o imponerse la autocensura porque está obligada a vivir con temor crónico de su libertad, incluso de su vida.

Si la vida de un individuo pertenece al rey o a la Iglesia, entonces también su mente, la cual está legalmente permitida a «pensar» solo dentro del marco de las ideas consideradas aceptables por las autoridades. Si tales son los parámetros sociales impuestos, entonces la investigación racional se ve restringida, incluso sofocada; la causa fundamental del avance humano se suprime y muchas personas no sobrevivirían en los años de miserable ignorancia y penuria que necesariamente resultarían.

Pero las fuerzas intelectuales que apoyan la mente, la ciencia y la libertad contra la obediencia incondicional al Antiguo Régimen habían ido cobrando fuerzas desde el Renacimiento. Los hombres del siglo XVIII habían sido testigos de la evidencia histórica: al fin y al cabo, Miguel Ángel no había sido un aristócrata, ni tampoco Leonardo. Tampoco lo fueron Galileo, Shakespeare, Descartes, Milton, Locke, Newton o muchos otros genios. Tales hechos que respaldan la eficacia y la potencial grandeza del hombre común no pudieron ser ignorados. Los principales pensadores de la Ilustración del siglo XVIII, construyendo sobre su herencia proveniente del Renacimiento y de la Edad de la Razón, reconocieron el poder latente y la validez de la mente del hombre común y lograron superar siglos de prejuicios aristocráticos y clericales, eventualmente permitiéndole a millones utilizar sus mentes, buscar educación, pensar, innovar y progresar.

La batalla por la libertad de la mente del hombre había sido una lucha a muerte de siglos. Finalmente, en el siglo XVIII, los hombres estaban en el umbral del triunfo. Finalmente, durante la Ilustración y de su esencia, el liberado poder del cerebro humano traería alivio a los siglos de sufrimiento generalizado.

Capítulo segundo

Los héroes del capitalismo

El estándar de vida a nivel de hambruna, la miseria abarcadora y la esperanza de vida terriblemente baja descrita en el capítulo anterior son desconocidos en las naciones industrializadas y capitalistas de hoy. ¿Por qué? Gracias a los grandes hombres a punto de ser discutidos. Estos héroes, trabajando en condiciones de creciente libertad política y económica en Gran Bretaña y Estados Unidos, forjaron avances sin precedentes en la ciencia aplicada, la ingeniería, la inventiva y la industrialización, transfigurando así al mundo moderno.

Nuestra historia comienza en Escocia del siglo XVIII, la cuna de la civilización industrial moderna. Escocia era el país más pobre de Europa — pero estaba a punto de convertirse en la nación con más logros en el mundo.

Pues, aunque muy pocas personas hoy lo recuerdan, *la Ilustración escocesa fue la primera causa y el principal impulsor de la Revolución Industrial británica*. Según lo declaró Voltaire: «Es en Escocia que buscamos nuestras ideas de la civilización».

Una luz intelectual principal de Escocia del siglo XVIII fue James Watt (1736-1819), el inventor representante de la época. Watt perfeccionó la máquina de vapor de Thomas Newcomen, creando de esta manera «el motor de obra de la Revolución Industrial». Creció un hombre autodidacta rodeado de la parafernalia de la navegación marítima de Glasgow. Él era fabricante de instrumentos para la Universidad de Glasgow, donde sorprendió a los profesores con su conocimiento y destreza mental. «Vi a un obrero, y no esperaba más, pero me sorprendió encontrar a un filósofo», dijo John Robison, quien después fue profesor de filosofía natural en la Universidad de Edimburgo y un principal contribuyente a la *Enciclopedia británica*, el compendio más completo de lo último en el conocimiento de la era. Watt no era simplemente un ejemplo de alguien que jugueteaba con máquinas; él era un estudiante cuidadoso de las propiedades y el poder del vapor. Fue amigo, ayudante y alumno de uno de los principales científicos de la época, Joseph

Black, profesor de química, medicina y anatomía en la Universidad de Glasgow.

Black, quien aisló y dio una descripción detallada del dióxido de carbono, descubrió el principio del calor latente en 1761 y tres años después midió la cantidad de la misma en el vapor. Watt, Black, Robison y otros pensadores universitarios habían estado examinando las propiedades del vapor durante años cuando, en una caminata a principios de 1765, a Watt se le ocurrió la idea de la condensación separada, lo que permitió a su motor generar una moción constante.

«La naturaleza tiene su lado débil», Watt dijo, «si tan solo lo podemos encontrar». Eso, por supuesto, era la tarea de la ciencia —una emprendida resueltamente en las universidades escocesas del siglo XVIII. Durante este periodo las principales escuelas inglesas todavía eran dominadas por prejuicios religiosos y dogma autoritario. Por un lado, Oxford, Cambridge y otros centros de aprendizaje ingleses abrían sus puertas solo a los miembros de la Iglesia de Inglaterra. Los disidentes —los no creyentes en la religión oficial del estado— no eran admitidos. Tampoco estaba limitada tal tendencia irracional a sus normas de admisión; su método cognitivo consistía en gran parte en el acatamiento ciego de las enseñanzas de las autoridades antiguas y medievales, en lugar de un análisis racional de los hechos observacionales.

Pero las universidades escocesas de Glasgow y Edimburgo estaban abiertas a los disidentes, y entre los que acudían allí estaban los pensadores más activos. Muchas de las mejores mentes de Gran Bretaña, los más concienzudos en cuanto a la observación de los datos y vigorosos en búsqueda de la investigación crítica enseñaron y estudiaron allí, incluso en la superlativa escuela de medicina de la Universidad de Edimburgo.

Filosóficamente, la razón es un método que comienza con, y se dedica sin desviarse a, la información fáctica proporcionada por la percepción sensorial. Seguidamente procede de acuerdo con los principios de la lógica a formular teorías que explican consistentemente y que no contradicen ni se deshacen de dicha información sensorial. Históricamente, tal método fue creado por los griegos y perfeccionado por Aristóteles quien, aún con todos sus errores, hizo enormes avances en la biología, en la lógica y la filosofía, y fue el responsable de los grandes logros del mundo clásico.

Los medievales lo reemplazaron con la fe y la obediencia ciega a la autoridad, un método intelectual dominante por mil años y en gran parte responsable por la infame Edad Oscura del siglo V al siglo IX. Muchas grandes obras clásicas —principalmente los escritos de Aristóteles— se

perdieron durante este período; fueron redescubiertas en España islámica; y reintroducidas al Occidente, en gran medida por tales grandes pensadores aristotélicos como Alberto Magno y Tomás de Aquino.

Siglos después los grandes pensadores del Renacimiento y la Edad de la Razón destrozaron la dependencia cognitiva de la mente occidental en las autoridades (triste e irónicamente, un ejemplo principal de tal autoridad en esa época fue Aristóteles) y readoptaron la mentalidad griega de estudiar la naturaleza, no lo sobrenatural, y de emplear la racionalidad basada en la observación, no de tener fe en un texto revelado o de confiar incondicionalmente en las autoridades establecidas.

El gran filósofo John Locke (1632-1704) jugó un papel importante en esta revaluación y restablecimiento de un método de razonamiento adecuado. En su influyente libro *Ensayo sobre el entendimiento humano* argumentó que todo conocimiento humano, independientemente de la complejidad o tecnicismo, se origina, en última instancia, en la experiencia sensorial ordinaria y no en las ideas innatas (es decir, el conocimiento implantado en la mente humana desde el nacimiento) o en la divina revelación.

Siendo ese el caso, los conocimientos necesarios para la vida recta no toman ninguna pericia especializada, ni una capacidad cultivada para interpretar las Sagradas Escrituras o explicar principios profundamente implantados en la mente humana. Toma, más bien, la observación de la naturaleza y la aplicación de la inteligencia racional, que son las capacidades que posee cada individuo independientemente de su religión, nacimiento o clase social.

En la práctica el modelo de este cambio monumental en la manera en que los hombres buscaban el conocimiento fue Isaac Newton (1642-1727), el científico más grande de la historia. Las identificaciones y avances específicos descubiertos por este gran hombre fueron revolucionarios; más aún fue su método cognitivo —su manera de utilizar su mente— y la influencia que este ejerció sobre los pensadores del siglo XVIII.

El filósofo alemán Ernst Cassirer describe el método de Newton así: «El procedimiento no es a partir de conceptos y axiomas a los fenómenos, sino viceversa. La observación produce el dato de la ciencia; el principio y la ley son el objetivo de la investigación».

En pocas palabras: el aprendizaje procede de los hechos de la observación hacia las leyes de la naturaleza que explican estos hechos y no al revés; no de una interpretación de los hechos de acuerdo con ideas preconcebidas, de teorías sin contenido formadas antes de la experiencia o de prejuicios

irracionales. Tal método mal concebido resulta, hablando metafóricamente, en forzar clavijas en agujeros redondos —o, quizás más precisamente, en un vano intento de envolver perfectamente un objeto repleto de clavijas con una manta diseñada únicamente con agujeros redondos. La escuela de medicina de la Universidad de Edimburgo implementó de forma preeminente la nueva metodología científica de la época: enfatizó una racionalidad newtoniana basada en la observación —reverencia a los hechos, el conocimiento objetivo y el pensamiento crítico a diferencia de los dogmas autoritarios del pasado. Tal perspectiva y tal espíritu orientados hacia la razón y sin prejuicios contribuyeron a la libertad religiosa de las universidades escocesas y ayudaron a atraer a ellas muchas de las mentes más brillantes de Gran Bretaña. Sin esta comprensión, sería inexplicable —en vez de simplemente asombroso— cómo tantos ingenieros y científicos (y no solo médicos) destacados estudiaron medicina en la Universidad de Edimburgo en el siglo siguiente, una lista que incluye a Charles Darwin. *La Universidad de Edimburgo, especialmente su escuela de medicina, se convirtió en un manantial de la Ilustración escocesa, incluso su Revolución Industrial, debido a que esta puso énfasis excepcional en el nuevo método cognitivo de la ciencia newtoniana.*

Las principales universidades escocesas eran el conducto que transmitía el método de la Iluminación de la racionalidad basada en la observación a las mejores mentes en toda Gran Bretaña, incluso en Inglaterra, un número selecto de las cuales se centró en Birmingham, donde James Watt se trasladó a perfeccionar y fabricar su máquina de vapor.

La Sociedad Lunar de Birmingham

En la segunda mitad del siglo XVIII, en el cenit de la Ilustración, una amplia gama de talento científico, tecnológico y de fabricación se reunió en la zona de Birmingham, Inglaterra, algo que quizá no tiene comparación en la historia de la industria.

Watt, en su nueva asociación con Matthew Boulton, propietario del Soho Engineering Works, encontró una mente espléndidamente capaz en cuanto a las cuestiones de ingeniería y ciencia aplicada. Además, Boulton, ya bien establecido en los negocios, empleó a los artesanos que Watt necesitaba para crear los mecanismos frágiles de la máquina. En declaraciones a James Boswell, biógrafo famoso de Samuel Johnson, Boulton proclamó con orgullo en 1776: «Yo vendo aquí, señor, lo que desea todo el mundo tener: el poder».

Las espléndidas palabras de Boulton podrían y deberían ser el lema exultante del capitalismo industrial. Pues existe el poder de crear y el poder de destruir, el poder sobre la naturaleza y el poder sobre los hombres, el poder para hacer el bien y el poder para hacer el mal.

La máquina de vapor de Watt y Boulton fue pionera en la producción en masa de bienes de consumo, de la capacidad de fabricar la enorme cantidad de productos necesarios para la prosperidad, de hecho, la supervivencia, de millones de seres humanos. Tal capacidad de traer floreciente vida donde previamente habían existido la miseria generalizada y el sufrimiento continuo representa un bien de proporciones sin precedentes históricos, de esta manera justificando abundantemente la sonora grandeza de la declaración concisa de Matthew Boulton.

Watt y Boulton eran miembros esenciales de un extraordinario grupo de médicos, científicos, inventores y empresarios que se reunían regularmente para promover las causas relacionadas de la investigación, la tecnología, la industria y la manufactura.

La Sociedad Lunar, llamada así porque se reunía durante la luna llena, cuando su luz más brillantemente iluminaba las aún primitivas carreteras, estaba en su cenit durante finales de los años 1770 y 1780. Su lista de miembros lee como un «quién es quién» del talento científico, tecnológico e industrial británico del siglo XVIII.

Además de Watt y Boulton, el grupo incluía a Erasmus Darwin, uno de los médicos de Inglaterra más capaces (entrenado en Edimburgo) que también era un inventor, botánico, poeta, en general una mente original y abuelo de Charles Darwin. William Withering, otro médico excelente, también era un miembro y un destacado investigador quien introdujo el uso de la digitalina en la práctica médica, lo que constituye una revolución en la historia de la atención cardíaca. Withering, también entrenado en Edimburgo, después llegó a ser conocido por sus estudios botánicos, al igual que su gran rival Darwin.

Josiah Wedgwood, el productor innovador de cerámica y fundador de la empresa que siglos después todavía lleva su nombre, no podía ser pasado por alto en cualquier grupo, por elevado que sea. Basándose en amplia experimentación, Wedgwood creó la cerámica de barro para el uso común que era de una calidad comparable a las vajillas caras que producía para la realeza. Con el tiempo, sus avances transformaron las cocinas de la clase obrera e hicieron a Wedgwood un hombre rico.

Además, diseñó un innovador método de medir las altas temperaturas de un horno, de esta manera desarrollando nuevas técnicas utilizadas para

resolver esa antigua e inextricable dificultad. Él era, hay que señalar, el otro abuelo de Charles Darwin.

El químico James Keir hizo importantes contribuciones al grupo. Él también estudió medicina en Edimburgo —y era sobrino de James Lind, el médico entrenado en Edimburgo que descubrió una cura para el escorbuto. Keir tradujo un avanzado diccionario de química frances, se desempeñó como consultor de ciencia para Boulton, abrió Tipton Chemical Works, una planta química igual en tamaño a cualquiera encontrada en Inglaterra, y produjo una nueva aleación metálica desarrollada conjuntamente con Boulton.

En este círculo de hombres extraordinarios no se puede dejar de mencionar a William Small, quien estudió medicina en la Universidad de Glasgow. Small se convirtió en profesor de filosofía natural y matemáticas en El Colegio de William y Mary en Virginia, donde sus enseñanzas inspiraron tanto así al joven Thomas Jefferson —quien fue su compañero diario— que el futuro presidente de Estados Unidos señaló que la influencia de Small «fijó los destinos de mi vida». Small introdujo el método de lección en Virginia, contribuyó a los subsiguientes currículos de ciencia de Estados Unidos, era un amigo de Benjamin Franklin, sacó varias patentes para las mejoras de los relojes, y fue médico de Boulton y asesor científico de Watt.

Pero fue hasta que Joseph Priestley se trasladó a Birmingham en 1780 que la Sociedad Lunar alcanzó su apogeo. Priestley —químico por excelencia, ministro unitario, amigo de Franklin y libre pensador radical— fue uno de los grandes científicos de su era o de cualquier otra.

Fue Priestly que aisló y describió varios gases, inclusive el oxígeno, así como el amoníaco, el óxido nitroso, el dióxido de azufre y el monóxido de carbono. Animado por Franklin, a quien conoció en Londres en 1766, Priestley realizó experimentos en el nuevo campo de la electricidad y escribió *La historia y el estado actual de la electricidad* el año siguiente.

Durante su década en Birmingham, Priestley se desempeñó como asesor científico de Wedgewood, como también lo hizo durante años con su cuñado John «Loco del Hierro» Wilkinson, quien fue pionero en el uso del hierro fundido, fue uno de los primeros en producir barcos y puentes de hierro, y cuya fundición produjo la mayor parte de las piezas de las máquinas para la empresa de Boulton y Watt.

En 1774 Wilkinson patentó un proceso para perforar cañones que luego adaptó para forjar los cilindros que llevaban los motores de Watt con un nuevo e inigualable grado de precisión. Fue la nueva máquina perforadora de Wilkinson que finalmente hizo la máquina de vapor factible.

En las palabras de Robert Schofield, historiador de la Sociedad Lunar, Priestley no fue «ningún científico "puro" que se haya horrorizado por la sugerencia que su trabajo se convirtiera en útil... Priestley apoyaba la mezcla de la ciencia, la ciencia aplicada y la tecnología en las actividades de la Sociedad» y, «como una organización de investigación industrial, la Sociedad Lunar encontró en él también un consultor pagado».

Los miembros de la Sociedad son un notable ejemplo histórico de los hombres que, en los términos posteriores de Ayn Rand, desean «vivir en la tierra». Ellos buscaron «hacer un uso práctico del conocimiento científico...» para crear avances materiales, para así mejorar la vida terrenal de las personas, y «para hacer algún descubrimiento por el cual [un hombre] podría aumentar su fortuna».

Jenny Uglow, una biógrafa más reciente del grupo, observa que tantos de los hombres de la Sociedad Lunar fueron o escoceses o educados en la Universidad de Edimburgo, la cuna de la Ilustración escocesa «que a veces parecía como si la misma Birmingham era una colonia intelectual de Escocia».

La esencia de la Ilustración escocesa no fue una búsqueda del conocimiento por sí mismo. No se puede enfatizar lo suficiente que sus principales pensadores buscaron avanzar el conocimiento con el propósito enfático de la aplicación práctica del mismo: para inventar, innovar e industrializar; para fabricar bienes, cultivar alimentos y curar enfermedades; para elevar el nivel de vida de las personas y aumentar la esperanza de vida. Un buen ejemplo de este espíritu fue proporcionado por el nombre de uno de los círculos intelectuales elitarios de Escocia del cual el filósofo y economista Adam Smith fue un miembro clave: la Sociedad de Edimburgo para Estimular el Arte, la Ciencia, la Fábrica y la Agricultura en Escocia. Los principales pensadores de la Ilustración, a menudo denominados *philosophes* provenientes de Francia, Escocia, Inglaterra y las colonias británicas de Norteamérica estaban abrumadoramente preocupados por un solo conjunto interrelacionado de principios: *liberar a los seres humanos para buscar sus propias vidas, y de esta manera liberar las mentes independientes para lograr vivificantes avances prácticos*. ¿Cuál fue, por ejemplo, la verdadera recompensa de las actividades de la Sociedad Lunar?

El Big Bang de la Revolución Industrial

Una gran parte de la respuesta se encuentra en la revolución llevada a cabo primero en la industria de la ropa. La aplicación de la máquina de vapor de Watt y Boulton en la manufactura de tejidos en 1785 constituyó el «Big Bang de la Revolución Industrial», dándole un poder enorme a la ya creciente mecanización en la producción de ropa de algodón. Primero llegaron tales avances como la lanzadera volante, la tejedora Jenny, el marco giratorio movido por agua y la «mula» - una mezcla entre la Jenny y el marco giratorio movido por agua; y después llegó el estupendo poder de la máquina de vapor rotativa de doble acción de Watt y Boulton.

Los resultados de tal innovación tecnológica fueron impactantes. En 1765, por ejemplo, medio millón de libras de algodón habían sido hiladas a mano. Ya en 1784 doce millones de libras habían sido hiladas completamente a máquina. En 1785 las poderosas máquinas de vapor de Watt y Boulton fueron aplicadas por primera vez al hilar con rodillos, y en los 1790 el poder del vapor fue utilizado para impulsar las mulas. La producción incrementó al punto que en 1812 el suministro de hilo de algodón era tan enorme que su precio bajó a solo el diez por ciento de lo que había valido anteriormente.

El historiador Paul Johnson establece el punto sucintamente: «Ya al comienzo de los 1860 el precio de la tela de algodón [...] era menos del uno por ciento de lo que había sido en 1784, cuando la industria ya estaba mecanizada. No hay ningún instante previo en la historia en el cual el precio de un producto potencialmente en demanda universal bajara tan rápido». Como resultado, cientos de millones de personas en el mundo entero pudieron vestirse, por fin, cómoda, limpia e higiénicamente.

Los avances tecnológicos de la era tampoco fueron limitados a perfeccionar y aplicar la máquina de vapor. Los inventores, ingenieros y empresarios de Gran Bretaña lograron una amplia gama de avances vivificantes en campos relacionados. Los ejemplos abundan. John «Loco del Hierro» Wilkinson fue tan solo un pionero prominente en la revolución de la construcción en el siglo XVIII —ya en los 1790 él había producido alrededor de una octava parte del hierro fundido de Gran Bretaña.

Pero Abraham Darby previamente había descubierto cómo hacer hierro por medio del coque de petróleo y no por medio del carbón, del cual había un suministro muy bajo, un proceso que facilitó enormemente la producción en Gran Bretaña. La manufactura del hierro en Gran Bretaña saltó por un factor de ten entre 1700 y 1800 de veinticinco mil a doscientas cincuenta mil toneladas. El incremento enorme en el hierro disponible fue necesario para erigir puentes y factorías, para construir maquinas como la de vapor, para

crear barcos más poderosos y en mejor estado para navegar y, poco después, para construir trenes y raíles.

La innovación construye sobre la innovación, y los significativos avances en la agricultura y en la producción de la comida fueron facilitados por el invento del arado Rotherham, el cual cubrió la vertedera con hierro. (Después, en 1837, el primer arado de acero, creado por John Deere, demostró ser mucho más efectivo que los diseños anteriores e hizo posible la agricultura en regiones de Estados Unidos antes vistas como inapropiadas para ella). Las mejoras técnicas en los instrumentos agrícolas fueron una de las razones por las cuales la cosecha de trigo incrementó de 25 búshels por acre durante la batalla de Waterloo a 47 bushels en los 1850. Un buen suministro de alimentos es crítico para los niveles y esperanzas de vida. La cantidad y la calidad de los alimentos disponibles al hombre común durante esta era incrementó radicalmente. Por ejemplo, los avances tecnológicos hicieron posible «el desarrollo de la pesca de arrastre de gran profundidad»; y en combinación con mejores formas de transito hechas posible por ferrocarriles, carreteras y barcos de vapor, el resultado fue un incremento en el suministro y en el consumo de pescado.

Además, debido al crecimiento en el apoyo a los derechos individuales, incluso el libre comercio, los onerosos aranceles en el grano importado —las infames «Leyes del Maíz»— fueron finalmente derogadas, considerablemente expandiendo el suministro de pan en el país. Durante la misma era, y por la misma razón, los impuestos en la carne, la mantequilla, el queso y otros alimentos fueron reducidos y hasta eliminados. El historiador económico RM Hartwell nos dice: «La conclusión [...] es, indudablemente, que la cantidad y la variedad de los alimentos consumidos incrementaron entre 1800 y 1850».

Ya a mediados del siglo XIX Gran Bretaña era apropiadamente referida como «el taller del mundo», y era líder en las industrias de la tela, el carbón, el hierro, luego el acero, y el ferrocarril.

La revolución en el sistema de transporte fue un relacionado desarrollo necesario para estimular el crecimiento industrial. Las condiciones de las carreteras en Inglaterra eran pésimas hasta casi finales del siglo XIX. Generalmente eran poco más que roderas fangosas, y a menudo intransitables.

El historiador Arthur Herman señala que las condiciones en Escocia eran aún peores. Las carreteras en las Tierras Altas apenas existían, y las carreteras locales eran tan malas que en el clima húmedo «los caballos se hunden hasta sus panzas, y las carretas hasta sus ejes». Todo esto no empezó a cambiar sino hasta los 1790.

El ingeniero John McAdam (1756-1836) concibió un nuevo método de construir carreteras. Entrecruzando el ancho de Gran Bretaña, recorriendo a pie unas treinta mil millas, él inspeccionó prácticamente cada carril y cada camino remoto regado a través de la isla. Utilizó piedra y grava para mejorar las carreteras económicamente, y encontró que el peso de las ruedas de las carretas y los cascos de los caballos «comprimirían las capas de piedra para formar una superficie dura» llamada una superficie macadán.

Las carreteras macadán pronto fueron disponibles a través de Gran Bretaña, así acelerando muchísimo el transporte y los viajes por tierra. La duración de un viaje de Londres a Edimburgo, por ejemplo, fue reducida de diez días a dos, y el viaje Glasgow a Edimburgo que antes le tomaba a Adam Smith un día y medio ahora tomaba cuatro horas y media. El nuevo método creó las bases para la innovación subsiguiente de unir las superficies de las carreteras con alquitrán —una superficie conocida como *tarmacadam* o, de forma abreviada, *tarmac*.

Otro ingeniero escocés excepcional fue Thomas Telford (1757-1834) quien creó el sistema de transporte moderno de Gran Bretaña. La historia de su vida es un motivador testimonio del potencial del esfuerzo y del espíritu humano. Su padre, un pastor en Glendenning, murió poco después de que naciera Thomas, y su viuda madre lo crió en una pobreza aplastante. Él literalmente nació en una choza que constaba de cuatro paredes de barro y un techo de paja. Durante años de trabajo infantil necesario para subsistir, también se esforzó para dominar la lectura, la escritura y la matemática.

Su arduo esfuerzo dio fruto, pues subsiguientemente él convirtió la construcción de carreteras en una ciencia. Reconoció la necesidad de una línea nivelada para la construcción y construyó la carretera de Londres a Holyhead, ahora conocida como la A5, con su excepcional puente colgante que atraviesa el estrecho de Menai. El novelista escocés Walter Scott consideró el puente de Menai «la obra de arte más impresionante que él ha visto».

Pero fue como constructor de canales que Telford obtuvo sus muy importantes logros. En los años anteriores a la creación de los ferrocarriles, el transporte por agua era la manera más rápida y barata de transportar mercancía pesada, incluso el carbón. Él diseñó vastos acueductos para el canal de Ellesmere, y Arthur Herman reporta que uno de estos «tenía una elevación de ciento veintisiete pies sobre el río Dee, situado en una orilla con cien pies de elevación; [...] y doscientos años después, [...] aún sigue en uso».

El canal de Caledonia, atravesando las Tierras Altas de Escocia y conectando el océano Atlántico al mar del Norte, presentó lo que parecían ser dificultades insuperables de la ingeniería —y como consecuencia le tomó a Telford quince años construirlo— pero, al terminar, abrió por primera vez las puertas al comercio en las áreas remotas y silvestres del norte de Escocia. Después, sirvió como modelo para el canal de Suez.

El desarrollo de la industria del ferrocarril en Gran Bretaña de principios del siglo XIX siguió el mismo patrón y continuó los mismos temas. Una razón fue que el nuevo modo de transporte dependió en gran medida en la máquina de vapor de Watt —ese invento tan representativo de la Ilustración escocesa— y puso la brillante innovación científica al servicio de la mejora de las condiciones materiales en la vida terrenal del hombre.

Richard Trevithick, un herrero y luchador de Cornualles —y un hombre sumamente inventivo— fue uno de los inventores iniciales de la locomotora. En los primeros años del siglo XIX, él aplicó la creación de Watt al problema de la locomoción e introdujo una máquina de alta presión capaz de actuar como un «paquete de energía móvil». En Londres en 1808 mostró su nueva locomotora de vapor —llamada «Alcáncenme quien pueda»— cobrando a los pasajeros un chelín por un viaje alrededor de una vía circular. Sin embargo, fue George Stephenson, el nieto pobre de un escocés instalado en el norte de Inglaterra, quien se ganó el título de «Padre del Ferrocarril».

Al igual que Telford, Stephenson venía de una familia de pastores, aunque su padre era un minero de carbón. Cuando joven, él obtuvo poca o nada de educación, y a los dieciocho años no sabía leer ni escribir. Sin embargo, estaba enamorado de la máquina de vapor, y no habían muchas cosas en las minas que superaran su capacidad para hacer reparaciones. Él fue uno de los inventores de la lámpara de seguridad para mineros y en los 1820 construyó una serie de locomotoras, de las cuales la primera —nombrada «Blucher»— podía halar cargas de treinta toneladas sobre una leve inclinación a cuatro millas por hora. Reconociendo la importancia de la educación, Stephenson mandó a su hijo Robert a una escuela donde podía llegar solo montando un burro diez millas cada día. El padre aprendió a leer y a escribir, y recibió lecciones de su hijo cuando este regresaba a casa en la noche. Juntos, ellos estudiaron mucha ciencia y tecnología. Juntos, también diseñaron decenas de máquinas de vapor avanzadas, cada una superando a la anterior, y revolucionaron el transporte en los 1820. (Para terminar su educación formal, Stephenson mandó a Robert a la Universidad de Edimburgo, donde éste

estudió filosofía natural, mineralogía y química bajo la tutela de profesores destacados).

A finales de los 1820, venciendo la feroz resistencia de los grupos de presión de los canales de navegación y a sus partidarios políticos, la naciente industria del ferrocarril maduró. Un consorcio de empresarios buscó construir un ferrocarril que conectara las ciudades de Mánchester y Liverpool, reduciendo la duración a cinco o seis horas un viaje que tomaba treinta y seis horas por canal. Ellos llevaron a cabo las ahora famosas «Pruebas de Rainhill» en octubre de 1829, ofreciendo un premio de quinientas libras esterlinas para la locomotora ganadora. Paul Johnson escribe: la inscripción de Stephenson, llamada el «cohete», derrotó a sus competidores «con un promedio de catorce millas por hora durante sesenta millas, y pesaba menos y consumía menos carbón que cualquiera de las otras». El año siguiente, el Ferrocarril de Liverpool y Mánchester abrió, pronto ahorrándole a los transportadores de Mánchester miles de libras esterlinas, así como ofreciendo un amplio servicio de pasajeros. Como es de esperarse, los envíos y los viajes por tren se convirtieron cada vez más comunes.

Los escoceses educados y las grandes mentes de toda Gran Bretaña, muchos de ellos educados en la Universidad de Edimburgo, estaban transformando la vida material británica. No es de extrañar que un confundido Samuel Johnson exclamara: «La era está loca en busca de la innovación; todos los negocios del mundo se harán de una nueva manera». La pregunta es: ¿Cuáles fueron las consecuencias prácticas de tales avances tecnológicos en términos de los niveles y las esperanzas de vida?

El aumento del nivel de vida, y su causa económica

Los economistas establecen una distinción entre el salario nominal (o monetario) y el salario real. El salario nominal (es decir, solo de nombre) es lo que gana un individuo medido en términos exclusivamente monetarios. Así que, por ejemplo, si una persona gana diez dólares la hora, entonces este salario nominal, en el transcurso de una semana laboral de cuarenta horas, es de cuatrocientos dólares. Como una regla general, es obviamente mejor ganar un salario nominal alto que uno bajo. *Sin embargo, en sí mismo el salario monetario de una persona es un factor muy secundario en la determinación de su nivel de vida.* Pues puede ganar cinco millones de dólares la hora y ser aún pobre si, por ejemplo, una barra de pan cuesta un billón de dólares como

cuando los gobiernos inflan la oferta de dinero; por ejemplo, en Alemania en los 1920, actualmente en Zimbabue y en otros países malogrados.

El punto de suma importancia en cuanto a los salarios no es lo alto que sean, sino que qué tan alto son con relación a los precios. Lo central en cuanto al nivel de vida no es cuánto gana un individuo, sino que cuánto puede comprar con sus ingresos.

El salario real representa el ingreso de un individuo medido en términos del poder adquisitivo, es decir, cuántos bienes y servicios que mejoran su vida puede comprar con su dinero en el mercado. Después de todo, la riqueza no es el dinero; la riqueza son los bienes. La cantidad de dinero que posee una persona no es central a su nivel de vida. Por ejemplo, ¿puede ésta comer o ponerse o vivir en billetes de dólar o en oro? Lo que es central a su bienestar es la cantidad de comida, techo, ropa, transporte, medicina, etcétera, que pueda obtener a cambio de su dinero. Si el dinero, no los bienes, fueran la riqueza, el gobierno podría garantizar la prosperidad universal con solo imprimir y distribuir billones de dólares, pero tal método no funciona; es la esencia de la inflación, y eleva simplemente los precios, no el suministro de bienes y servicios.

Solo hay un método de generar prosperidad extensa en una nación o alrededor del mundo: crear un suministro colosal de bienes de consumo en comparación con la demanda de ellos, de este modo reduciendo los precios de los bienes vitales y facilitando el aumento de los salarios reales.

La única manera de lograr esto es incrementando enormemente la potencia productiva de las personas. Tienen que producir una gran cantidad más que antes de los bienes que sus vidas requieren. La manera de hacer esto es por medio de los avances en la ciencia teórica, la ciencia aplicada y la tecnología; y aplicarlos, en forma de industrialización, a la producción de bienes de consumo.

La ciencia económica predice que la producción de una inmensa cantidad incrementada de bienes de consumo: un suministro creciente en relación a la demanda de él, como consecuencia reducirá los precios, incrementará ingresos reales y generará niveles de vida más altos. La Revolución Industrial británica incrementó en gran medida los bienes de consumo. ¿Qué impacto tuvo esto en el nivel de vida de las personas?

Hoy, a principios del siglo XXI, después de casi cien años de disputas, los historiadores de la economía han llegado a un veredicto. Durante una gran parte del siglo XX, un debate estalló entre los «optimistas» quienes sostenían

que la industrialización elevó el nivel de vida de los trabajadores y los «pesimistas» quienes decían que lo redujo. El debate ha concluido.

El análisis estadístico llevado a cabo por los historiadores de la economía demuestra ganancias significativas para prácticamente todo tipo de trabajador durante esta era. La mejoría general en el periodo entre 1781 y 1851 demuestra un aumento promedio del salario real de más de sesenta por ciento para los trabajadores agrícolas; más de ochenta y seis por ciento para los trabajadores de cuello azul; y más de ciento cuarenta por ciento para todos los trabajadores, incluso los de cuello blanco. Tales destacados historiadores económicos como Peter Lindert y Jeffrey Williamson señalan: «La evidencia sugiere que las ganancias materiales fueron aún más grandes después de 1820 de lo que sostuvieron los optimistas...».

Williamson concluye: «Después de un estancamiento prolongado [extendido por siglos durante las eras precapitalista y preindustrial], los salarios reales de los trabajadores de cuello azul se duplicaron entre 1810 y 1850. Este fue un aumento mucho mayor del que los optimistas habían anunciado [...], y el debate sobre los salarios reales en el siglo XIX ha terminado: el trabajador promedio estaba mucho mejor que en cualquier década de los 1930 para delante que en cualquier década antes de 1820».

Aunque los investigadores tienden a ser cautelosos en cuanto a amplias generalizaciones basadas en datos empíricos, un economista ahora dice que hay evidencia «abrumadora» que los salarios reales de los trabajadores subieron como resultado de la Revolución Industrial de Gran Bretaña.

Los críticos del capitalismo que siguen las enseñanzas de Marx a menudo cometen el error de creer que un trabajador, porque éste vende su trabajo a un empleador, no está trabajando para sí mismo. Que él trabaja para su empleador quien espera ganar dinero, en parte por su trabajo, está claro. Sin embargo, lo que a menudo se ignora es que el trabajador a cambio recibe mucho más que su salario monetario. Debido a que el sistema de producción en masa crea una abundancia de bienes económicamente, su salario compra una mayor cantidad de comida, carbón, ropa, etc. Como consecuencia, él y su familia tienen más de comer, ropa más nueva y limpia que ponerse y más combustible para calentar sus hogares y cocinar su comida. Una mayor producción tiene su homólogo en el mayor consumo generalizado, incluso de parte de los trabajadores. En un sentido importante, él trabaja para sí mismo—para su propio beneficio y mejoramiento.

El gran pensador austriaco Ludwig von Mises, quizás el economista más importante del siglo XX, señala: «El hecho que sobresale de la Revolución

Industrial es que abrió una era de producción en masa para las necesidades de las masas. Los asalariados ya no se esfuerzan solo por el bienestar de otras personas [como siervos de un señorío feudal]. Ellos mismos son los principales consumidores de los productos que hacen las factorías. Las grandes empresas dependen del consumo masivo».

Existen las leyes de la naturaleza tanto en la economía como en la física. Así como no es posible que un hombre se lance de la plataforma de observación del edificio Empire State y vuele a Europa con solo aletear con los brazos, de igual forma no es posible aumentar en gran medida el suministro de bienes de consumo con relación a la demanda, de este modo disminuyendo el nivel de vida de las personas en una sociedad libre. Para estar claro: estos no son incidentes improbables, sino que imposibles. En cuanto a esto, es bueno recordar la famosa exhortación de Jean-Baptiste Say, el gran economista del siglo XIX: «¡Produce, produce, esa es toda la cosa!»

Estos hechos de la historia económica están completamente de acuerdo con los principios —y las predicciones— de la ciencia económica. Tomados juntos, proporcionan un entendimiento integrado de que los niveles de vida son mucho mayores entre las personas que previamente sufrían de pobreza desesperada, y de cómo.

Un punto relacionado: los críticos del capitalismo a menudo culpan al capitalismo por la pobreza inhumana de los operarios durante los primeros días de este sistema. Esto es cometer la falacia lógica de abandonar el contexto. No se puede entender ningún fenómeno sin tomar en cuenta los factores causales que dan lugar a él. La desgarradora indigencia que sufrieron las masas europeas antes de la Revolución Industrial ha sido documentada meticulosamente —una penuria universal a excepción de un puñado de aristócratas y sus suplicantes preferidos; una penuria iniciada y sostenida por el feudalismo y su legado, y heredada por el capitalismo a partir de su histórico nacimiento a finales del siglo XVIII.

Ignorar esto es hacer a un lado los hechos de la génesis de dicha indigencia. Acusar al capitalismo de haber causado esta pobreza, mientras al mismo tiempo este la estaba erradicando con una rapidez histórica es, a la vez, cometer una falacia lógica y una grave injusticia; una que, al socavar el apoyo del capitalismo, disminuye la única esperanza de los pobres del mundo de llegar a la abundancia de la clase media.

En pocas palabras: las masas europeas subsistieron al, o cerca del, nivel de inanición por más de mil años. En cosa de un siglo, el capitalismo elevó inmensamente su nivel de vida.

Además, el aumento de los salarios reales en las naciones capitalistas puso un fin definitivo a la práctica primitiva del trabajo infantil. Durante siglos antes del capitalismo, los niños realizaban trabajo riguroso en los campos o en las industrias caseras; en los primeros días del capitalismo, ellos trabajaban duro en las factorías. La razón de esto es evidente: los padres eran demasiado pobres como para mantener a sus hijos; en muchos casos, no podían ni mantenerse ellos mismos. Los niños literalmente trabajaban para poder comer.

El aumento en los salarios reales proveniente del capitalismo industrial significó que, por primera vez en la historia, millones de padres podían mantener a sus hijos sin necesitar que los jóvenes aportaran con un sueldo. Legislar en contra del trabajo infantil en ausencia de aumentos a los salarios reales sería horriblemente malo, pues sería condenar a la inanición a miles, probablemente a millones, de niños extremadamente pobres. Hoy en día, el trabajo infantil existe a través del —y solo a través del— tercer mundo, porque su falta de avances tecnológicos hace imposible crear vastos suministros de bienes de consumo, y consiguientemente les hace imposible a millones de padres mantener a sus hijos.

No es sorprendente que las esperanzas de vida empezaron a elevarse durante la Revolución Industrial, finalmente subiendo por encima de los treinta y cinco años, en la cual se había quedado estancada durante siglos. Por ejemplo, según EA Wrigley y RS Schofield, los más destacados demógrafos de Gran Bretaña en este periodo, en 1541, la esperanza de vida inglesa era de 33.75 años. Subió y bajó a partir de ahí dentro de un rango limitado —pero en 1761, en víspera de la Revolución Industrial, todavía era solamente de 34.23 años. *En promedio, había incrementado menos de medio año en más de dos siglos.*

Por el contrario, en 1811, era 37.59 años; en 1851, había subido a 39.54; y en 1871, a 41.31. *Durante la Revolución Industrial, el promedio de esperanza de vida subió más de siete años en poco más de un siglo.* En el cambio del siglo XIX, claramente había una tendencia al alza. El distinguido economista estadounidense Julian Simon editó el compendio masivo *El estado de la Humanidad*, el cual registra este aumento y sus razones. «Está claro que un avance continuo comienza poco después del cambio del siglo XIX, y acelera después como entre 1871 y 1875». El periodo preindustrial podía generar solo fluctuaciones en la esperanza de vida, con un promedio entre los treinta y cinco y treinta y nueve años, pero la Revolución Industrial creó una elevación continua. El destacado historiador de la economía RM Hartwell señala: «Las

personas vivían más porque estaban alimentados, tenían techo, estaban más limpios y por lo tanto estaban menos vulnerables a las enfermedades [...] contagiosas [...] que particularmente eran susceptibles a los mejores niveles de vida». Otra vez citando a Julian Simon, un punto profundo sobre el cual reflexionar: «Tomó miles de años aumentar la esperanza de vida al nacer de poco más de veinte años a más de veintiseis. Después en solo los últimos dos siglos, la longevidad [...] en los países avanzados [es decir, industrializados] saltó de menos de treinta años a quizás setenta y cinco años».

La conclusión con respecto a los asuntos prácticos es que las personas con niveles de vida más altos vivían más tiempo. Peter Gay, el destacado erudito moderno de la Ilustración, nos dice: Los hombres de este periodo «experimentaron un expansivo sentido de poder sobre la naturaleza, [...] y los despiadados ciclos de epidemias y hambrunas, la vida peligrosa y la muerte prematura [...], es decir, la rutina en la existencia humana, parecían por fin estar cediendo a la aplicación del pensamiento crítico». Fue en este periodo, por sus más profundas premisas y valores —su compromiso con la «investigación y la crítica», con el pensamiento racional independiente— que, Gay concluye, el hombre occidental disfrutó de una «recuperación de la osadía».

Un elemento clave de tal recuperación es que, dado el principio de los derechos individuales, las personas no solamente vivían más tiempo, sino que también vivían más libres, es decir, fueron liberados legalmente para buscar sus propios intereses, sus propias vidas, su propia felicidad. La vida humana se estaba volviendo mejor y más larga, tanto en su calidad como en su cantidad.

Las razones filosóficas del avance

Estas razones pueden ser dichas de manera simple y sucinta. El principio de los derechos individuales sostiene que la vida de un hombre le pertenece, no a Dios o al estado, sino que a sí mismo. Por lo tanto, libera a las personas a buscar su propia felicidad. Al liberar a las personas a buscar su propio bienestar, protege lo mejor entre los seres humanos: aquellos que más concienzudamente se dedican al uso de sus mentes.

La vida de James Watt, por ejemplo — o de Joseph Priestly o Thomas Telford o uno de los mil innovadores— ya no le pertenece al rey o al barón feudal o a la Iglesia. Le pertenece a sí mismo. Dada su fascinación con el conocimiento, la educación y específicamente con las propiedades prácticas

del vapor, él ahora es libre de estudiar estos fenómenos, de aumentar su conocimiento de ellos, de inventar un artilugio que ponga en práctica este conocimiento, de formar una asociación con Matthew Boulton, de producir la máquina de vapor, de perfeccionarla, de venderlas a la creciente clase de empresarios e industriales, de amasar una merecida fortuna, etc.

Si un gobierno protege legalmente el derecho de un individuo a su propia vida, también protege, con ese mismo acto, su derecho a su propia mente.

Los más dedicados al pensamiento independiente, al desarrollo de ideas originales, al descubrimiento de nuevos conocimientos, al invento de nuevos productos, etc., de este modo son libres de hacerlo. Esta es la razón por la que, históricamente, cuando el principio de los derechos individuales primero obtuvo validez cultural en Gran Bretaña y Estados Unidos durante la Edad de la Razón, la Ilustración y lo que resultó de estas, el flujo de avances en múltiples campos se asemejaba a un milagro en comparación a los siglos de estancamiento anteriores.

A diferencia del estatismo de toda variante —ya sea seglar o teocrático, medieval o moderno, aristocrático o militar o fascista o comunista u otro— *bajo el capitalismo una persona intelectualmente independiente goza de una correspondiente independencia política.* Si la persona formula una teoría revolucionaria, escribe un libro original alarmante, inventa un producto nuevo, plantea objeciones desafiantes a las autoridades seculares o religiosas, no necesita permiso del Estado o de la Iglesia para dar a conocer sus avances a personas pensantes.

Bajo una teocracia, por ejemplo, Charles Darwin hubiera sido reprimido. Bajo el nacionalsocialismo, del cual huyó, Albert Einstein hubiera sido ejecutado. Bajo el comunismo, del cual huyeron, mentes independientes como las de Aleksandr Solzhenitsyn y Ayn Rand hubieran sido liquidados. Pero bajo el capitalismo, estos valientes librepensadores requieren coraje para poner en riesgo solo sus reputaciones, sus fortunas y sus carreras —no su libertad, su salud o sus vidas.

La lucha de un innovador en una sociedad libre es una batalla de ideas, no de coacción física. Existe, bajo el capitalismo, un libre mercado de ideas, el cual, siendo su base, da lugar al libre mercado de productos.

Esta era demuestra en un microcosmos lo que el capitalismo *laissez-faire* —el sistema de los derechos individuales— le ofrece perennemente a la humanidad: el derecho a utilizar nuestras propias mentes a beneficio de nuestra propia existencia terrenal, y los avances vivificantes que inevitablemente resultan.

Si el sistema capitalista pudiera hablar, en ese momento histórico tal vez hubiera exclamado orgullosamente: «¡Todavía no han visto nada!» Pues la progenie cultural de Gran Bretaña, al otro lado del océano Atlántico en América del Norte, en el siglo XIX originaría los avances más impactantes en la ciencia aplicada, en la tecnología y en los niveles de vida que el mundo haya visto antes o después.

Capítulo tercero

Los héroes del capitalismo

El sello del capitalismo es su compromiso inviolable al principio de los derechos individuales. ¿Ha existido tal sociedad en la historia de la humanidad? Todavía no, pero la humanidad llegó cerca de lograr este ideal en Estados Unidos a finales del siglo XIX. Este periodo —a partir de la Decimotercera Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos, en 1865, que puso un fin a la esclavitud, hasta la creciente influencia de los llamados «progresistas» en el umbral del siglo XX, en el que el gobierno intensificó su política de restringir y regular a las empresas productivas— constituye el periodo más libre de la nación más libre de la historia.

En 1902 el fiscal general Knox, ejecutando las órdenes del Presidente Theodore Roosevelt, anunció un caso federal diseñado para dividir el súper *trust* de Hill, Morgan y Harriman, la Northern Securities Company. Aunque el gran constructor de ferrocarriles James J. Hill señaló que sus ferrocarriles llevaban carga a los precios más bajos y habían aportado al desarrollo económico del Noroeste del Pacífico, la Corte Suprema de los Estados Unidos ignoró estos hechos, decidiendo en 1904 que Northern Securities estaba en violación de la Ley Sherman Antitrust y tenía que ser dividida. El caso de Northern Securities, siendo un punto de referencia legal en el uso de la Ley Sherman, y, más ampliamente, de principios progresistas antimercado libre, puede ser visto simbólicamente como el fin de la era del capitalismo libre de casi toda restricción en Estados Unidos. El movimiento hacia el estatismo, hacia el aumento del control gubernamental sobre los hombres productivos y sus actividades —y hacia la merma de los derechos individuales— se aceleró después de esto.

Pero en América, durante los años entre el fin de la guerra civil y el umbral del siglo XX —y definitivamente en los estados al norte de la nación, donde estaba ausente la segregación racial legalmente forzada— el gobierno protegía más completa y rigurosamente los derechos individuales de los hombres que en cualquier otro lugar o tiempo de la historia. *Eso significa que la iniciación legal de la fuerza llegó a un mínimo histórico.* Dado el

reconocimiento del papel que juega la mente en promover el avance, y de su innegociable necesidad de libertad, uno pudiera predecir en esta era un gran torrente de creativos logros en los estados del norte de Estados Unidos. ¿De hecho, cuál fue el resultado práctico de esa libertad?

El siglo XIX en Estados Unidos fue la era con más avances tecnológicos e industriales en la historia del ser humano. Los estadounidenses de este periodo inventaron el telégrafo, la cosechadora y la máquina de coser. Crearon el rasca cielo, perfeccionaron el puente colgante, inventaron la cámara, el fonógrafo, la luz eléctrica, el proyector cinematográfico y, a principios del siglo XX, el televisor. Estadounidenses innovadores revolucionaron el transporte con la comercialización del automóvil y la invención del avión, y lograron grandes avances en la comunicación con la invención del teléfono. Crearon enormes industrias del acero y del petróleo y construyeron un ferrocarril transcontinental. En la manufactura, ellos desarrollaron el método de la producción en cadena que puso los inventos modernos al alcance de millones de personas. Estos avances, entre otros, elevaron inmensamente los niveles de vida del país —y, con el tiempo, trajo el progreso a grandes áreas del mundo.

El centro mundial del progreso tecnológico y del desarrollo industrial se cambió de Gran Bretaña a Estados Unidos en las últimas décadas del siglo XIX. En efecto, aunque las revoluciones tecnológica e industrial nacieron en Gran Bretaña, estas alcanzaron su plena realización en Estados Unidos de América.

Un monumental torrente de genio

Un breve estudio de este periodo deja claro sus logros extraordinarios. Por ejemplo, las contribuciones de Thomas Edison (1847-1931) son legendarias. Su primera gran creación fue el telégrafo cuádruplex en 1874, una mejora del telégrafo de Samuel Morse (1791-1872), en sí una superlativa innovación estadounidense del siglo XIX. El telégrafo cuádruplex hizo posible la transmisión de múltiples mensajes por medio de un solo cable.

Edison continuó su excepcional carrera con el invento del fonógrafo (1877), la lámpara incandescente (1879), la planta de energía eléctrica (1882), la cámara de cine (1893), la batería recargable (1909), entre muchos otros aparatos. Siendo el más grande de todos los inventores, obsesionado con la productividad, una vez dijo de sí mismo que había trabajado dieciocho horas al día durante cuarenta y cinco años. Cuando llegó a los setenta y cinco años,

su esposa le limitó las horas de trabajo —permitiéndole solo dieciséis horas al día—. Una vez, cuando un posible empleado le preguntó sobre el pago y las condiciones laborales, Edison respondió: «No pagamos nada y trabajamos todo el tiempo». (Imagina la reacción del jefe de un sindicato al escuchar esto). Si él no hubiera obtenido nada más, su magnífico logro de emplear la electricidad para iluminarle las ciudades a las personas sería suficiente para hacerlo inmortal. Es un gigante de la inteligencia aplicada. Pero aún siendo superlativas sus contribuciones, Edison tenía compañeros en cuanto a la promoción del avance tecnológico del país.

Alexander Graham Bell (1847-1922) inventó el teléfono en 1876, un aparato que pronto revolucionaría el campo de la comunicación. Bell, un inmigrante escocés que trabajaba en Boston en la escuela para sordos de su padre, aplicó para una patente unas dos horas antes que su inventor rival Elisha Gray el 14 de febrero de 1876. Aunque este invento fue elogiado ese mismo año por nada menos que el científico William Thomson (después conocido como Lord Kelvin), la recién formada Bell Telephone Association tenía problemas financieros. Dieciséis meses después del invento realizado por Bell, había en uso apenas 778 teléfonos. Desalentados, el inventor y sus financieros ofrecieron vender la compañía a Western Union por \$100 000, pero la corporación no accedió. «¿Qué uso podríamos hacer de un juguete eléctrico?», resopló el presidente de la empresa. Dos años después, Western Union felizmente hubiera pagado \$25 000 000 por los derechos de patente.

Gardiner Greene Hubbard, el suegro de Bell, ayudó a establecer la Bell Telephone Company en 1877, una empresa que eventualmente se transformaría en AT&T, la gigante de telecomunicaciones. Tomó casi 40 años, pero, finalmente, en 1915, la primera línea transcontinental fue finalizada. Bell, desde el este, habló con su viejo asistente de investigación Thomas Watson, en la Costa Oeste. Repitió sus primeras palabras dichas por teléfono, las cuales ya eran famosas en ese entonces: «Señor Watson, por favor venga aquí. Los necesito». Watson respondió: «Ahora me tomaría una semana». El invento de Bell estaba haciendo posible la comunicación verbal global instantánea.

Menos de una década después de la creación del teléfono, nació en Chicago la peculiar forma arquitectónica estadounidense del rascacielos. Un factor práctico dándole impulso al nuevo modo de construcción fue el catastrófico gran incendio de Chicago, el cual ardió del 8 al 10 de octubre de 1871, quemando por completo 18 000 edificios. Lo único que logró esta catástrofe fue dar energías a este animado pueblo situado a las horillas del

lago Michigan. Tales historiadores como Daniel Boorstin y Paul Johnson registran vívidamente los acontecimientos subsiguientes. Esta metrópoli del Medio Oeste ha sido descrita como «la única gran ciudad en el mundo a la cual todos los ciudadanos vienen con el declarado propósito de ganar dinero». Apropiadamente, los asuntos comerciales de Chicago luego vieron «a arquitectos descender de toda dirección a la ciudad afectada», pues grandes zonas tenían que ser completamente reconstruidas y edificios altos podrían ser enormemente lucrativos en «centros urbanos comerciales grandes y concentrados».

El problema de los ascensores ya había sido resuelto por Elisha Graves Otis (1811-1861), cuyo invento anterior de un dispositivo de seguridad eliminó el peligro del ascenso y el descenso. Otis estableció una factoría en Yonkers, Nueva York, y poco antes de su muerte en 1861 patentó y fabricó su ascensor a vapor. El problema de crear acero de construcción económico fue resuelto por Andrew Carnegie, cuya vasta producción se basaba en las nuevas economías de escala. Carnegie empleaba «plantas y economías más grandes, el reemplazo regular de equipos más viejo con unos más nuevos —los cuales costaban menos operar— y nuevos métodos». Tales innovaciones en la manufactura del acero aumentaron la producción, bajó los precios e hizo asequible la construcción de edificios altísimos con armazón de acero.

El brillante ingeniero William Lebaron Jenney (1832-1907) levantó el edificio Home Insurance Company de diez pisos entre 1884 y 1885 —con vigas de acero suministradas por la empresa de Carnegie— volviéndose en el primer «edificio con un verdadero diseño de rascacielos o con "construcción de jaula"», lo que le valió el título de «padre del rascacielos». El renombrado arquitecto Louis Sullivan (1856-1924) trabajó brevemente para Jenney y representó de mejor forma el resurgimiento de sus cenizas que, como el ave fénix, tuvo Chicago; en los años entre 1887 y 1895, su oficina recibió noventa ordenes de trabajo importantes, inclusive el edificio Chicago Auditorium, en el cual él decidió tener su propia oficina. La abundante confianza en sí mismo del espíritu estadounidense creó el término «rascacielos», además de su realización práctica; un artículo del 13 de enero de 1889 publicado en el *Chicago Tribune* fue titulado «Los rascacielos de Chicago».

Durante los años en los cuales fueron concebidos los edificios de acero y concreto lo suficientemente altos como para «rascar el cielo» —y durante el tiempo cuando la Iglesia de la Trinidad todavía era la estructura más alta en la ciudad Nueva York— John Roebling (1806-1869) perfeccionó el diseño de los puentes colgantes y empezó su obra maestra: el puente de Brooklyn.

Roebing, un inmigrante alemán quien había estudiado filosofía con Hegel en Berlín, fundó en Trenton, Nueva Jersey una planta donde se fabricaba alambre de hierro, la cual luego se convirtió en la primera empresa estadounidense en producir cuerda de alambre de acero. Según David McCullough, Roebing era un inventor excepcional y «diseñó cada pieza de maquinaria encontrada en [su] fábrica». Conocido por sus amigos y conocidos como un «hombre de hierro», trabajaba de manera incansable, nunca aceptaba la derrota, consideraba estar enfermo como «una ofensa moral» y no se permitía descansar. «En toda su vida laboral, nunca se supo que John Roebing tomara un día libre». Se ganó una fortuna por medio de la empresa que creó «de la nada» —era millonario en los 1860— y construyó puentes y acueductos a lo largo del noreste.

Trágicamente, Roebing murió como resultado de un accidente que ocurrió al comienzo del proyecto de Brooklyn, pero su hijo Washington y su nuera Emily Warren Roebing llevaron esta monumental tarea a rendir frutos. Tomó toda la década de los 1870 y le costó a Washington Roebing años de sufrimiento intenso a raíz de un caso severo de síndrome de descompresión, pero en 1883 la lucha épica había sido ganada y se inauguró el puente colgante más grande, largo y traficado en el mundo. El puente aceleró enormemente el tráfico que cruzaba el río Este entre las dos crecientes ciudades de Brooklyn y Nueva York, soportando a treinta y siete mil personas diariamente al cumplir un año y a un millón y medio al día veinticinco años después.

Hoy, más de ciento veinticinco años después de haber sido finalizado, el puente renovado carga con más de ciento veintiún mil automóviles y camiones al día. Según los ingenieros encargados de la manutención del puente, con mantenimiento normal el gran puente durará otro siglo. Pero, dicen, si de vez en cuando se le cambian las piezas, «durará para siempre». El logro que obtuvo Roebing con el puente de Brooklyn es famoso, pero hoy en día raramente escuchamos mencionar a muchos de los pensadores innovadores de la era quienes inventaron aparatos que mejoran la vida y que por lo tanto llevaron a la humanidad a nuevas alturas de prosperidad. Durante los 1830, por ejemplo, Cyrus McCormick (1809-1884) inventó una mejor cosechadora en Virginia. McCormick era implacable. Cuando demostraron poco interés en su innovación, él hizo campaña en el Medio Oeste con mayor éxito. Cuando las ventas de su máquina estaban bajas, introdujo nuevos métodos de comercialización, inclusive las garantías y las demostraciones al público. El fuego aterrador que destruyó su factoría en Chicago lo dejó

impávido: inmediatamente hizo planes para nuevas y más amplias instalaciones. Abrió una oficina temporal el día siguiente, y poco después procedió a abrir una factoría provisional. McCormick no era el único fabricante trabajando con maquinaria agrícola mejorada, pero su carrera sirve como un excelente ejemplo de la «tecnologización» creciente en la agricultura estadounidense, con mayores cosechas y precios más bajos en los alimentos para todos los estadounidenses.

Las historias heroicas de los estadounidenses innovadores de este periodo podrían llenar volúmenes. Pero, en resumen: George Eastman (1854-1932) en 1888 revolucionó el campo de la fotografía al introducir la cámara Kodak, una cámara de cajón portátil que eliminó la necesidad de equipos caros y voluminosos. El escritor de ciencia Ira Flatow dice: «En 1900 él introdujo la cámara que revolucionaría la toma de fotografías: la Brownie. Por el precio de solo un dólar, la Brownie hizo la toma de fotografías tan fácil que hasta un niño lo podría hacer». A comienzos del nuevo siglo, Eastman, un joven pobre de Rochester, era multimillonario y el reconocido líder de una industria floreciente.

George Westinghouse (1846-1914) adquirió más de cuatrocientas patentes a lo largo de su carrera, en gran parte en la industria del ferrocarril. A finales de los 1860 él inventó el freno neumático para los trenes, un avance monumental permitiendo a las cargas masivas viajando a alta velocidad parar rápidamente, de este modo evitando los choques y salvando vidas. Él fundó la Westinghouse Electric Company, contrató al brillante inmigrante croata Nikola Tesla (1856-1943), el inventor del motor asíncrono, y construyó la primera planta de energía eléctrica de corriente alterna en las cataratas del Niágara en 1895. Juntos demostraron que la corriente alterna era capaz de generar energía eléctrica a grandes distancias de manera más económica que la corriente continua favorecida por Edison. Gracias a que el capitalismo estadounidense proveía la libertad para competir, el sistema de energía eléctrica superior ganó la famosa «guerra de las corrientes», aún con el establecido nombre de Edison y su gran reputación.

Elias Howe (1819-1867) inventó la máquina de coser y —después de años de litigio— se enriqueció por las regalías en sus patentes. Isaac Merrit Singer (1811-1875) mejoró la máquina de coser en 1850. La máquina de coser Singer fue un éxito enorme, pues su inventor fue igualmente de innovador como hombre de negocios, introduciendo prácticas como las compras a plazos, campañas publicitarias y servicio incluido con las ventas. Su máquina mejorada hizo posible la manufactura de ropa económica para millones de

personas, y proveyó empleo productivo a un sinnúmero de inmigrantes pobres, incluso a muchas mujeres.

La lucha épica del empresario estadounidense Cyrus Field (1819-1892) de instalar el primer cable telegráfico transatlántico ya no es ampliamente recordado, desafortunadamente. Desde un comienzo, el proyecto estuvo plagado de complicaciones: tormentas violentas dispersaban los barcos de la compañía, el cable se rompió repetidamente y la Guerra Civil de Estados Unidos interfirió con la construcción comercial. Las bodegas de Field se quemaron y su compañía se disolvió en bancarrota.

El escritor L. Sprague de Camp nos recuerda que Field cruzó el Atlántico cuarenta veces, «cuando estos viajes tomaban la mayor parte de un mes y eran muy incómodos». Finalmente, en 1866, después de doce millones de dólares y repetidas fallas, Field y su equipo lograron instalar el cable transoceánico. Esto hizo posible la comunicación rápida entre Europa y América del Norte. Los océanos, las distancias y las vistas no se volvieron para los humanos ni más cortas ni menos extensas, pero sí fueron hechas menos abrumadoras, cada vez menos insuperables.

Como observó de Estados Unidos el historiador Charles Beard en las décadas entre 1865 y 1900: «Casi todos los años entre el cierre del conflicto civil y el final del siglo presenciaron algún logro notable en el campo de la ciencia aplicada».

En vísperas del siglo xx los avances tecnológicos de Estados Unidos estaban solo comenzando. Aunque a Charles y Frank Duryea de Illinois, quienes habían construido su primer automóvil en Massachusetts en 1893, a menudo se les atribuye la invención del automóvil, ingenieros alemanes y franceses habían estado experimentando con autos de gasolina anteriormente.

Pero fue Henry Ford quien hizo explotable el nuevo modo de transporte.

En la mañana del 4 de junio de 1896, Ford (1863-1947), un maquinista de día en la Detroit Electric Company, derribó con un hacha la pared de ladrillos de su garaje alquilado y condujo hacia afuera su primer auto, un producto hecho a mano durante siete años de trabajo nocturno. Él fundó la Ford Motor Company en 1903 y convirtió el automóvil en una realidad comercial. Aunque en ese tiempo el automóvil era tan solo un juguete para los ricos — Woodrow Wilson con desprecio (y como era de esperar) le llamó el «nuevo símbolo de la arrogancia de la riqueza»— Ford estaba decidido a reducir el costo de la fabricación y vender autos a los estadounidenses de clase media. Tuvo gran éxito y poco después millones de estadounidenses conducían automóviles.

Ese mismo año de 1903, Wilbur (1867-1912) y Orville (1871-1948) Wright, dos mecánicos de bicicletas de Dayton, Ohio, y autodidactas en cuanto a los principios de la ingeniería aeronáutica, lograron el primer vuelo controlado de un aerodino impulsado en Kitty Hawk, Carolina del Norte. Comenzando en el verano de 1899, los hermanos Wright habían estado estudiando aeronáutica profundamente —leyendo atentamente *Progress in Flying Machines* (*Avances en máquinas voladoras*) de Octave Chanute, entre otros libros— y experimentando con aparatos voladores. Tanto la era automovilística como la de aviación surgieron en Estados Unidos a principios del siglo xx como una consecuencia directa de los avances del siglo xix.

Ningún resumen sobre los estadounidenses innovadores de a finales del siglo xx, sin importar que tan breve sea, podría ser adecuado sin hablar del mejor científico agrícola en la historia: George Washington Carver (1864-1943). Aunque nació siendo esclavo en Misuri, quedó huérfano cuando su madre fue secuestrada por bandoleros durante la Guerra Civil y era propenso a las enfermedades, superó obstáculos inconcebibles para obtener una educación. Fue contratado en 1896 por el gran educador Booker T. Washington, del Instituto Tuskegee, por ciento veinticinco dólares al mes y trabajó allí por cuarenta y siete años, rechazando en repetidas ocasiones propuestas de aumentos salariales, respondiendo: «¿Que haría yo con más dinero? Ya tengo toda la tierra». Una vez rechazó una oferta de trabajo de Edison que incluía un salario anual de cien mil dólares y una oportunidad de trabajar en instalaciones de última generación, optando permanecer en Tuskegee.

Él desarrolló un nuevo tipo de algodón —el híbrido Carver—, convirtió el cacahuate, la batata y, en menor medida, la pacana en cultivos principales, enfatizó la rotación de los cultivos, enseñó métodos para mejorar el suelo y, por medio de sus descubrimientos, indujo a los agricultores sureños —a los blancos y a los negros— a sembrar otros cultivos además del algodón.

En 1940 Carver, un soltero de toda la vida, contribuyó todo su dinero a la creación de la Fundación George Washington Carver en el Instituto Tuskegee para propósitos de investigación científica. Sus logros, que hubieran sido imposibles si el sistema de esclavitud feudal agrario hubiera continuado, ilustra no solo que los derechos individuales son necesarios para el avance intelectual, sino que, más sutilmente, el capitalismo institucionaliza una cultura de innovación dinámica que estimula la creatividad excepcional, incluso de los hombres que buscan su remuneración en otras formas que dinero.

El individualismo protege el derecho a la búsqueda de un sueño no comercial (incluso el de un hombre que fue pionero en cuanto a nuevos cultivos, de este modo creando una enorme cantidad de riqueza en forma de otros alimentos).

Emprendedores e industriales estadounidenses también contribuyeron monumentalmente la creación de riqueza de la era. Hombres como Andrew Carnegie, John D. Rockefeller, JP Morgan, James J. Hill, Edward H. Harriman, entre otros lograron espectaculares innovaciones en tales campos como el acero, el petróleo y en los ferrocarriles, para nombrar solo algunas. Se puede hablar de Carnegie y Rockefeller como ejemplos representativos.

Carnegie (1835-1919) ya era exitoso cuando entró en el campo del acero. Pero su juventud como el hijo de un inmigrante escocés indigente fue extremadamente difícil. Su vida es un ejemplo clásico del éxito tipo «mendigo a millonario», trabajando a los doce años como un niño de factoría por un dólar y veinte centavos por semana, terminando como uno de los hombres más ricos del mundo.

Él innovó en cada nivel durante su vida laboral, comenzando con un método de agrupación, que concibió cuando era un mensajero, para evitar conflictos y repartir las primas de manera equitativa. Después, cuando fue empleado de ferrocarril, Thomas Woodruff se le acercó con la idea original de los coches cama, por la cual pudo discernir valor inmediatamente. Logró persuadir a sus superiores a adoptar esta innovación —y su propia inversión en la empresa de Woodruff fue el inicio de su fortuna.

Pero su gran obra estaba por venir. Reconociendo que pronto los ferrocarriles se extenderían por todo el vasto oeste estadounidense, y que requerirían enormes cantidades de hierro, él organizó Keystone Bridge Company de Pittsburgh para levantar puentes ferroviarios de hierro para reemplazar los de madera que ya estaban obsoletos. Carnegie estaba justamente orgulloso que, a diferencia de los de madera, ni uno de sus puentes de hierro se desplomó jamás.

En los 1860 él organizó otra compañía para la manufactura de rieles de hierro, y dos años después estableció la Pittsburgh Locomotive Works. En 1866, tan pronto permitió el litigio sobre patentes, convirtió su compañía Freedom Iron Company en plantas capaces de producir el nuevo acero Bessemer. En 1872, después de haber visitado una planta Bessemer inglesa, realizó que necesitaba una nueva instalación de fabricación con equipos modernos de última generación para producir acero en enormes cantidades. Este era el futuro —y Carnegie se dio cuenta desde un principio—. A pesar de

la falta de confianza de sus socios, Carnegie les insistió que necesitaban empezar inmediatamente a producir acero. Él fundó una nueva empresa, la Edgar Thomson Steel Company, para hacer exactamente eso.

Burton J. Hendrick escribió una de las primeras y admirativas biografías de Carnegie, demostrando que la genialidad del titán del acero se manifestaba de cien maneras. Carnegie expandió con osadía sus operaciones comerciales durante depresiones económicas mientras que otros nada más buscaban como sobrevivir la tormenta. Mantuvo cuidadosamente vigiladas las diversas empresas, «cualquiera de las cuales pudo haberle dado una carrera de tiempo completo». Exhibió un entendimiento agudo de los seres humanos y un ojo sin igual para el talento y la iniciativa; «una de sus innovaciones fue un sistema de ascensos internos», por el cual él buscaba, cultivaba y premiaba solo una característica humana sin igual: la capacidad productiva.

Estaba obsesionado con reducir costos, dándose gusto «demoliendo estructuras conocidas y reemplazándolas con unas nuevas» y estaba dispuesto a emplear grandes sumas de dinero «para mejorar la eficiencia productiva de sus empresas y así reducir sus costos de operación». Él fue el primero en emplear a un químico en los molinos para mejorar la calidad de la mena. En Estados Unidos era el líder en utilizar hornos de hogar abierto. Compró el derecho en Estados Unidos al nuevo proceso de fabricación de acero concebido por el experimentador Sidney Gilchrist-Thomas, aunque el prestigioso Instituto del Hierro y el Acero en Londres lo repudió. «Nadie estaba [...] más dispuesto a aprovechar cada nueva oportunidad tecnológica o de negocios que Carnegie». Un requisito, claro, era que las reconociera. La adopción del proceso Bessemer, por ejemplo, fue una monumental innovación en la historia de la fabricación del acero.

Henry Bessemer (1813-1898) fue un inventor e ingeniero inglés que revolucionó el método de producir acero. Anteriormente el proceso de manufactura implicaba días de esfuerzo y cantidades copiosas de combustible, resultando en un acero quebradizo que costaba trescientos dólares la tonelada. El método Bessemer inyectaba aire frío dentro de los altos hornos y producía un acero más fuerte y de calidad uniforme hecho en tan solo veinte minutos.

La drástica reducción de trabajo y combustible significó que el acero se podía vender a cincuenta dólares la tonelada. El avance de Bessemer lo convirtió en el «padre de la Edad de Acero». Aunque los metalúrgicos generalmente consideraban el proceso insostenible, Carnegie rápidamente identificó su mérito. En conjunto con sus socios, él compró a otros

productores de acero y convirtió las plantas de éstos al proceso de Bessemer. Después, la empresa de Carnegie desarrolló nuevos métodos de hacer «el proceso más simple, rápido y barato».

Carnegie produjo acero para el puente de Brooklyn, para el tren subterráneo de la Ciudad de Nueva York, para ferrocarriles, para el Monumento a Washington y para la Marina de los Estados Unidos. Paul Johnson nos recuerda que estos hornos producían «casi un tercio de la producción de Estados Unidos y establecieron el estándar de la calidad y el precio». En las tres décadas entre 1870 y 1900 la producción de acero estadounidense subió de sesenta y nueve mil toneladas a más de diez millones de toneladas al año. Los precios, por supuesto, bajaron por consecuencia — los rieles de acero, por ejemplo, los cuales costaban ciento sesenta dólares la tonelada en 1875, costaba solo diecisiete dólares la tonelada en 1898.

El mismo Carnegie describió la «octava maravilla del mundo»: el mineral de hierro, el carbón, la caliza y el manganeso minados en diversos lugares geográficos, después transportados a Pittsburgh y convertidos en «una libra de acero sólido [...] para venderse a un centavo». Estos ahorros estimularon la construcción de todo tipo en Estados Unidos, inclusive rascacielos, edificios de oficinas, edificios de apartamentos, automóviles y luego camiones, ferrocarriles, locomotoras, barcos, tractores, cosechadoras y otra maquinaria agrícola, etc., para la superación material inmensa de prácticamente cada hombre, mujer y niño del país. Un estudiante de historia tendría que buscar mucho para poder encontrar a otro individuo quien haya contribuido así a la prosperidad económica de sus semejantes.

Esto es, a menos que volteara su mirada de Pittsburgh hacia Cleveland de la misma era, y hacia la vida de John D. Rockefeller.

Rockefeller (1839-1937) estaba a la par de Carnegie barril de petróleo por tonelada de acero, y entre ellos crearon las necesidades indispensables de la civilización industrial moderna: el material para construcción y el combustible. Rockefeller eligió el lado de la industria petrolera donde se refina el crudo y se basó en Cleveland, su ciudad de residencia adoptiva la cual tenía la ventaja del puerto Lake y de múltiples ferrocarriles. A diferencia del desperdicio descontrolado en los primeros días de la industria petrolera, Rockefeller basó su gran éxito con la empresa Standard Oil en su esmerada dedicación a los detalles, a la eficiencia, a la ardua tarea de extirpar el desperdicio.

El y su socio Samuel Andrews buscaron maneras de cómo derivar más queroseno por barril de crudo. El historiador estadounidense Burton Folsom

escribe que ellos «buscaron usos para los derivados: usaron la gasolina como combustible, un poco de alquitrán para pavimentar y enviaron la nafta a las fábricas de gas. También vendían aceite lubricante, vaselina y parafina para hacer velas».

Al igual que Carnegie, Rockefeller era insistente en cuanto al corte de costos. Él construyó sus refinerías eficientemente y ahorró en seguro. Empleó a sus propios plomeros y «y cortó casi a la mitad el costo de la mano de obra, la tubería y el material de plomería». Comprando su propia madera, hornos y vagones redujo drásticamente los costos de barriles y de transporte de su empresa. Reinvertió sus ganancias en su negocio, comprando equipos más grandes, más nuevos y mejores, y generando vastas economías de escala, es decir, una reducción en costo por unidad como resultado de la producción en masa. Contrató a químicos para desarrollar cientos de nuevos subproductos de cada barril de crudo, inclusive la pintura, el barniz y los lubricantes. «En lo que fue una maniobra memorable, utilizó los residuos de las pilas de carbón como combustible para sus refinerías».

Él también entendió una verdad paradójica que no entienden algunos hombres de negocios y prácticamente ninguno de los anticapitalistas: él incrementó las ganancias pagando sueldos más altos. El punto es obvio en su simplicidad: los sueldos más altos le dieron a escoger a los mejores trabajadores, los más eficientes, los más diligentes, los más productivos. Un negocio no crea riqueza empleando la mano de obra más barata, sino que la más productiva. Al pagar buen dinero Rockefeller recibió la mano de obra más productiva del país —y esquivó la disminución en la productividad que resulta de las huelgas y las ralentizaciones laborales.

Él conocía la industria petrolera —desde un panorama general hasta el más pequeño detalle— mejor que cualquiera. Con los años, reunió una deslumbrante selección de hombres brillantes cuyos talentos él puso en armonía para un esfuerzo conjunto. Estos ejecutivos «reconocieron que Rockefeller era un experto en dirección, que él conocía las refinerías hasta el último tubo y tanque, que tenía toda la información en cuanto a la tonelería, el envío, las compras y la producción de subproductos». Ellos sabían también que cuando se daba una emergencia, Rockefeller dejaba su escritorio, se subía las mangas y se ponía a trabajar en las plantas, en los depósitos y en los vagones de carga. John Archbold, un presidente de Standard Oil, dijo: «En los negocios todos tratamos de ver lo más allá que sea posible. Algunos pensamos que somos bien capaces. Pero Rockefeller siempre mira aún más allá que cualquiera de nosotros, y después mira a la vuelta de la esquina».

El resultado de la genialidad de Rockefeller fue el petróleo barato para el hombre común. A mediados de los 1880, Standard Oil controlaba el noventa por ciento de la industria de refinación y «había hecho que el precio bajara de cincuenta y ocho centavos a ocho centavos el galón». Rockefeller le escribió a uno de sus socios: «Debemos [...] de recordar que estamos refinando petróleo para el pobre y lo tiene que obtener bueno y barato».

Ahora millones de personas estaban iluminando sus hogares por «un centavo la hora» con el queroseno económico hecho disponible por Standard Oil, y para muchos estadounidenses «trabajar y leer se convirtieron en actividades nocturnas» por primera vez.

Después, el suministro de gasolina a bajo precio de Standard Oil jugó un papel importante en la habilidad que tuvo Henry Ford de revolucionar el sistema de transporte personal estadounidense.

Él regaló cientos de millones de dólares por filantropía, incluso a causas tales como la educación y la investigación médica, pero confundió a los moralistas anticapitalistas, quienes admiraban su caridad, pero no su ánimo de lucro, al proclamar que él había realizado mucho más el bien por medio de Standard Oil que por medio de la filantropía. Por supuesto, él estaba en lo cierto: *pues con Standard Oil, él creó riqueza; por medio de la filantropía, nada más la regaló.*

Rockefeller, al igual que Carnegie, era más que el artífice de su propio éxito; era un genio creativo del mundo material. La humanidad por mucho tiempo ha reconocido las grandes mentes del mundo espiritual —destacados artistas, escritores, filósofos, etc.— como genios creativos; pero desafortunadamente todavía no ha reconocido a sus equivalentes en cuanto a la producción de bienes materiales. *La riqueza material es producida, al igual que la riqueza espiritual, y por la misma facultad humana: el poder de la mente. Utilizando cualquier norma racional, Carnegie, Rockefeller y sus iguales tienen que ser vistos como Genios Productivos.*

Estados Unidos de América era una joven nación segura de sí misma —algunos dirían engreída— y no había nadie más seguro de su propia habilidad que el hombre que personificaba la inventiva estadounidense: Thomas Edison. Mark Twain capturó el espíritu desafiante de la era. Su yanqui de Connecticut dijo: «Yo podía hacer cualquier cosa que un cuerpo quisiera; cualquier cosa, no hacía ninguna diferencia qué. Si no había una manera moderna de hacer una cosa, yo podía inventar una y hacerlo con mucha facilidad».

No se puede dudar que, además de sus avances, estos pensadores revolucionarios cometieron muchos errores. Sin duda, este fue el caso del gran Edison, quien, además de estar muy equivocado en cuanto a la «guerra de las corrientes» entre la corriente alterna y la corriente continua, pasó años y gastó millones de sus propios dólares intentando inútilmente de extraer mineral de hierro de depósitos marginales. Esta última operación le costó a Edison todo el dinero que hasta ese punto le había ganado a sus inventos —y motivó al historiador Maury Klein a comentar que «ningún hombre estaba tan en lo cierto sobre muchas cosas fundamentales y tan equivocado sobre muchas otras».

Pero el punto sobresaliente en cuanto a Edison y los otros no son sus errores —todos los cometemos— sino que sus logros ejemplares. Ellos lograron avances tecnológicos e industriales que hicieron de Estados Unidos la nación más progresiva y próspera en la historia del mundo.

Los errores de los historiadores anticapitalistas

Pero, ¿qué de los intelectuales? ¿Cómo evalúan los historiadores esta era sin precedentes de creatividad en la ciencia aplicada y la industrialización? ¿Celebran ellos —o tan siquiera reconocen— la naturaleza vivificante, y de hecho revolucionaria, de este periodo? Desgraciadamente, no es así. Utilizando otra línea de Mark Twain, los historiadores estadounidenses se refieren, de forma característica, al periodo después de la Guerra Civil como la «Edad Chapada en Oro», como si el ascenso de Estados Unidos hacia la riqueza fuese sido intrínsecamente corrupto. Un escritor se refiere a esta era como la «Gran Barbacoa», a la cual fueron invitados solo algunos privilegiados y explotadores. A menudo, estos mismos historiadores le apodaban «barones ladrones» a los principales empresarios de la era, como si sus fortunas hubiesen sido obtenidas por medio de métodos fraudulentos y venales.

Un ejemplo representativo: Richard Hofstadter, uno de los más destacados historiadores estadounidenses, aceptó y perpetuó esta opinión rapaz de los negocios estadounidenses del siglo XIX. «Bajo el capitalismo competitivo del siglo XIX —él escribió— Estados Unidos continuó siendo un sitio para varios intereses arrebatadores y creativos». En un capítulo titulado «El hombre del botín: una era de cinismo», el profesor Hofstadter reconoció que el país en este tiempo estaba principalmente en manos de empresarios y después procedió a decir: «Los industriales de la Edad Chapada en Oro eran [...]

advenedizos y se comportaban con la adecuada vulgaridad; pero también eran hombres de audacia heroica y magníficos talentos explotadores: astutos, energéticos, agresivos, rapaces, dominantes, insaciables. Ellos dirigieron la proliferación de la riqueza del país, ellos aprovecharon las posibilidades, ellos dirigieron la corrupción...».

Del mismo estilo intelectual es el influyente libro de Matthew Josephson *Los barones ladrones*. Josephson, un escritor y biógrafo estadounidense, comenzó su estudio de los grandes capitalistas estadounidenses con la siguiente cita de Francis Bacon: «Nunca faltan algunas personas de naturaleza violenta y emprendedora, que, para tener más poder y negocio, lo tomarían a toda costa».

En un prefacio actualizado de 1962 para su libro publicado por primera vez en 1934, él dijo que los intentos de corregir la opinión Hofstadter-Josephson, la cual representa a los empresarios como creadores en vez de saqueadores de riqueza, le recordaban a «los complots propagandísticos utilizados en sociedades autoritarias, y a las "factorías de la verdad" de [...] 1984 de George Orwell». El contenido del libro era más de lo mismo. Como era de esperar, para Josephson los inventores e innovadores, si es que los menciona, no eran hombres de genio heroicos, sino que simplemente habían hecho uso del «depósito de conocimientos que es propiedad general de la sociedad humana» y la cual era generalmente «utilizada y arrojada a un lado por hombres tramposos y audaces quienes habían demostrado un don para la acumulación de capital...». En pocas palabras, su opinión era que los inventores expropiaron para sí mismos pequeños avances numerosos logrados por muchos hombres comunes, y después éstos mismos fueron expropiados por capitalistas adinerados, los cuales obtuvieron grandes ganancias con las nuevas creaciones, dejando al inventor despojado y «desplazado», casi nunca pudiendo «ganarse todo el fruto de su invento». (Todo esto viene de un hombre quien, para ser justos, escribió una excelente y admiradora biografía de Thomas Edison y quien, por consiguiente, debió ser más sensato).

El profesor Hofstadter escribió sin gracia y sin cuestionar, como si no podía imaginarse ninguna alternativa a esa opinión —que los capitanes de la industria hicieron su trabajo de manera «cínica», y que su manera estándar de hacer negocios era «explotando a los trabajadores, [...] exprimiendo a los granjeros, sobornando a los congresistas, comprando a las legislaturas...». Lo consideró obvio que los empresarios más destacados de la época se robaron sus fortunas. Trató el soborno y la corrupción como la esencia dominante de la era.

Por tanto, no es de extrañar que Thomas Edison no haya sido considerado merecedor de ser incluido en el capítulo sobre Estados Unidos a finales del siglo XIX. No fue mencionado Alexander Graham Bell. Ni tampoco George Eastman. Los estudios incipientes de los hermanos Wright no fueron incluidos. Ni tampoco mencionó el primer automóvil que construyó Henry Ford. Tampoco incluyó el uso que hizo George Westinghouse de la corriente alterna para generar una nueva y prometedora fuente de energía. Un sinnúmero de alegaciones fueron hechas en cuanto a la «rapacidad» con la cual los empresarios e industriales luchaban por el dinero y el poder.

Pero los inventos y las mentes brillantes que los crearon, los nuevos productos, las innovaciones, la producción en masa de bienes de consumo baratos, los crecientes niveles de vida de esta era, nada de esto fue digno de su atención.

Pero para aquellos que estudian historia económica, los hechos son claros en cuanto al crecimiento extraordinario de los Estados Unidos de América. En 1790 habían alrededor de cuatro millones de personas viviendo en Estados Unidos; ya en 1860 la población era de treinta y un millones; y en 1900, ochenta y cuatro millones. El promedio del ingreso per cápita en Estados Unidos se duplicó durante el periodo entre la ratificación de la Constitución y el comienzo de la Guerra Civil, y después, a pesar de la llegada de millones de inmigrantes europeos sin un centavo, se duplicó otra vez durante el periodo entre el cierre de la Guerra Civil y el inicio de la Primera Guerra Mundial. En la segunda mitad del siglo XIX, los salarios en Estados Unidos eran al menos el doble de los que se ofrecían en Europa.

El economista Jonathan Hughes escribe: «Este incremento en población, tan enorme que fue, fue sobrepasado por incrementos en la producción de bienes y servicios hasta tal punto que la creciente producción per cápita llegó a ser una cosa dada por hecho por los estadounidenses». El incremento en la producción de bienes y servicios significó mayores suministros, reducción de los precios, y niveles de vida ampliamente crecientes por los cuales Estados Unidos de América justamente se volvió famosa.

Como se señaló anteriormente, la riqueza es los bienes. La riqueza es la comida, la ropa, las viviendas, las medicinas, etc. El dinero es un medio indispensable para facilitar el intercambio de bienes, muy superior a un sistema de trueque primitivo, pero el dinero no es riqueza.

La riqueza es la energía eléctrica para generar luz y calor, y para dar energía a los refrigeradores, las estufas y los aires acondicionados. La riqueza es la habilidad de transportarte rápida y cómodamente de un lugar a otro en tu

automóvil personal o de cruzar océanos y continentes en cuestión de horas por medio del transporte aéreo. La riqueza es la habilidad de comunicarte instantáneamente con tus seres queridos a través de la ciudad o alrededor del mundo por medio de la telecomunicación. La riqueza es la cantidad incrementada de ropa económica hecha posible por máquinas de coser eléctricas. La riqueza es la enorme cantidad de comida barata hecha posible por cosechadoras y otros instrumentos agrícolas modernos.

¿A quién se le robó esta riqueza? ¿Quién poseía la luz eléctrica antes de Edison? ¿Quién poseía teléfonos antes de Bell? ¿Quién era dueño de automóviles antes de Ford? La respuesta correcta a estas y otras preguntas similares es: a nadie. Antes de cualquier forma posible de robo, es lógicamente necesario que la riqueza sea creada. ¿Quién creó tal riqueza? Arrolladoramente, la respuesta honesta y justa es: los inventores, innovadores, empresarios e industriales estadounidenses, de los cuales solo unos cuantos magníficos fueron discutidos.

El profesor Hofstadter y los demás historiadores de esta popular e influyente escuela están profunda, notoria y trágicamente equivocados. Los inventores, innovadores, empresarios e industriales de la era crearon una gran variedad impresionante de productos y métodos nuevos; sus fortunas fueron verdaderamente ganadas. El fraude y la corrupción están presentes en cada país y en cada era. Una brillante explosión de avance tecnológico no lo está.

El progreso sin precedentes en la ciencia aplicada es la característica que diferencia esta era, no la presencia rutinaria de la corrupción social (la cual es mucho más prevalente y sofocante bajo regímenes estatistas que en países libres). El término «chapado» significa bañado en oro, como si así proporcionara un aspecto externo agradable a una realidad que es profundamente fea. Pero si Estados Unidos de a finales del siglo XIX pareció ser superficialmente dorado, fue porque su base era de oro de veinticuatro quilates, especialmente cuando se compara con la paralización estupefaciente de la prolongada era precapitalista que la precedió.

La denominación «Edad Chapada en Oro» no solamente falla en cuanto a la esencia de la era, sino que también la distorsiona y la contradice. La inventiva fue la característica dominante de la era; debe de ser reconocida y celebrada. De ahora en adelante, esta era debe de ser glorificada por lo que fue. *Fue el Periodo Inventivo*. Si Alemania es la tierra de poetas y filósofos, como a menudo se ha dicho, entonces Estados Unidos es la tierra de inventores e innovadores.

Ningún pensador ha entendido este punto vital tan claramente como lo hizo Ayn Rand. «A lo largo de los siglos hubo hombres que dieron los primeros pasos por nuevos caminos armados tan solo con su propia visión. Sus objetivos eran diferentes, pero todos tenían esto en común: que el paso era el primero, el camino nuevo, la visión original...». Aunque a menudo la sociedad se opuso a sus inventos, métodos innovadores y teorías revolucionarias, «los hombres de visión original siguieron adelante. Ellos lucharon, sufrieron y pagaron su precio. Pero ganaron». En ningún país es más cierto esto que en Estados Unidos. En ninguna otra era fue tan real esto como lo fue en el Periodo Inventivo.

Los historiadores anticapitalistas cometieron una versión del mismo error al vilipendiar a los más destacados empresarios de la era, llamándolos «barones ladrones». Carnegie, Rockefeller y otros empresarios e industriales representativos de esta era son típicamente caracterizados como estafadores, abusadores y tramposos, pisoteando los derechos del hombre común en su desesperada y apresurada búsqueda de fortunas hurtadas. Se ha dicho de los principales empresarios del periodo, por autores tales como Vernon Parrington y Daniel Bell: «Están marcados por una firmeza mental. Tenían pinzas robustas. Se abrieron el paso revestidos de piel de rinoceronte. Estaba la gente de Wall Street, [...] sinvergüenzas mayormente —saboteadores de ferrocarril, tramposos y estafadores— pero pintorescos en sus truhanerías». O: «... los capitalistas con mandíbula de hierro se prepararon para demostrar que la filosofía de los derechos naturales significaba su autoridad dada por Dios para gobernar sin obstáculos».

Ese escrito es vívido, escandaloso y picaresco y reside en alrededores intelectuales inexpugnablemente libre de datos. Estos autores tratan los hechos como lujos desechables, aunque quizás agradables, pero al final secundarios en cuanto al entendimiento de la historia del capitalismo, la cual tiene que ser conceptualizada e interpretada preferentemente con referencia a su código moral delicado, antibeneficio y antiegoista. ¿Cuáles son los hechos económicos del periodo? Varios ya han sido aducidos, y los siguientes son otros.

Durante el Periodo Inventivo la producción estadounidense de la antracita incrementó cuatrocientos veintidós por ciento —y del carbón bituminoso dos mil doscientos sesenta por ciento; del petróleo nueve mil sesenta por ciento; del acero bruto diez mil ciento noventa por ciento. Los salarios reales subieron el veinte por ciento. El ingreso per cápita aumentó un promedio de alrededor de tres por ciento anualmente. La riqueza nacional demostró un

incremento, de treinta mil millones de dólares a más de ciento veinte mil millones de dólares.

Una enorme cantidad de riqueza fue creada que incrementó inmensamente los niveles de vida estadounidenses, a pesar del influjo de millones de inmigrantes europeos sin dinero —de hecho, esta sirvió como una de las causas que atrajo el influjo.

La gran virtud de tal producción será tratada en la sección sobre la superioridad moral del capitalismo. Pero un punto ya se puede hacer aquí, como lo dijo el historiador Louis Hacker:

Los «barones ladrones» no eran los expoliadores que nos han hecho creer. Estados Unidos del periodo después de la Guerra Civil [...] fue transformado, en solo una generación, en la nación industrial más grande del mundo... Una red de transporte completa, el principio de la generación de la energía eléctrica, [...] la creación de nuevas industrias, la modernización de las granjas: todo esto fue logrado en corto tiempo. Como consecuencia, todos los sectores de la economía se beneficiaron.

¿Había también estafadores, tramposos y conspiradores fraudulentos? Claro, como los hay en cualquier era y sociedad; como lo son desenfrenadamente en la política y en otros campos, no solamente en los negocios. Pero la corrupción en los negocios, la política o en cualquier otra parte no puede crear ni un poquito de riqueza y enfáticamente no es la trama central del Periodo Inventivo. Estados Unidos de esa era no será comprendido si es tratado como una república bananera tercermundista bajo dictadura, donde la corrupción es endémica y los políticos diariamente aceptan los sobornos de parte de una población postrada a la cual no se le ha dado ninguna otra manera de sobrevivir.

Si elevar los niveles de vida y promover la vida humana es el objetivo adecuado —como este y muchos otros autores creen— entonces se tiene que reconocer que la hora llegó de abandonar la opinión mal concebida de los «barones ladrones» y de celebrar a los empresarios e industriales más destacados del siglo XIX por lo que fueron: genios productivos.

¿Qué hizo posible este flujo de creatividad e inventiva? ¿Cuáles son los factores causales subyacentes que dan lugar a tanto ingenio dinámico e inagotable? ¿Cuál factor dominante en la sociedad estadounidense del siglo XIX fue responsable por el Periodo Inventivo? La respuesta debería ser obvia: Estados Unidos fue and sigue siendo la nación de la Ilustración.

Las causas subyacentes del Periodo Inventivo

Entre los revolucionarios responsables de haber fundado la República estadounidense habían destacados pensadores de la Ilustración, más prominentemente Benjamin Franklin y Thomas Jefferson —hombres principalmente dedicados a los derechos inalienables del individuo, a la libertad de su mente, y al uso de la mente para crear avances prácticos vivificantes—. Después de todo, no fue un accidente que Franklin, igual de grande como científico que como luchador por la libertad, se sintió inquieto hasta que encontró un uso práctico del conocimiento adquirido por medio de sus experimentos pioneros con la electricidad o que Jefferson, un erudito prodigioso, también era un inventor, un arquitecto y un perspicaz escritor sobre la agricultura de Virginia, el clima, la geografía y la historia natural. «Sobre el altar de Dios —dijo Jefferson— juro eterna hostilidad contra toda forma de tiranía sobre la mente del hombre». El intento de liberar la mente del hombre para mejorar el estado práctico de su vida terrenal era esencial para la Ilustración.

El compromiso de ese periodo al uso práctico de la mente librepensadora fue uno de los principios fundamentales de la nueva república, uno que hasta el día de hoy informa a numerosas instituciones estadounidenses. Entre más obvio y práctico sea un empeño, más vociferante es el apoyo estadounidense. Aunque las humanidades florecen, como es de esperar en un país libre —por ejemplo, en la creación de una superlativa obra de literatura nacional, en el desarrollo de una industria editorial, una industria musical, una industria cinematográfica, y el apoyo en cada ciudad importante a los museos de arte, las compañías de ballet y las orquestas sinfónicas— el genio estadounidense realizó su madures completa, proteica y sin precedente en los campos de la ciencia teórica y aplicada, el avance tecnológico y la industrialización.

Los estadounidenses reconocen el valor práctico de la ciencia aplicada de la misma manera que los griegos reconocieron el de la filosofía. El compromiso de Estados Unidos a la mejora material de la vida humana por medio del poder de la mente aplicado nunca ha sido igualado por ninguna otra civilización. Es una de las claves para poder entender el incomparable nivel de vida alcanzado en Estados Unidos.

La otra clave relacionada es la libertad política y económica. Un compromiso cultural al pensamiento aplicado obviamente implica un compromiso igual a la libertad de los pensadores de aplicar su pensamiento. Las principales mentes del Periodo Inventivo estaban libres de desarrollar y abiertamente expresar ideas originales, de crear productos revolucionarios, de

fundar nuevos negocios, de buscar inversiones privadas, de producir dispositivos pioneros, de competir con tecnologías más antiguas, de convencer a los clientes, de tomar riesgos financieros y, potencialmente, de ganarse grandes fortunas. Fue la libertad de la sociedad estadounidense del siglo XIX que le permitió convertirse en un semillero hirviente de ideas y productos progresistas.

Estos pensadores originales serían subordinados al gobierno de un régimen estatista —ya sea feudal, teocrático, fascista, comunista u cualquier otro. No serían libres de experimentar, innovar, crear, inventar o comercializar nuevos productos. Tendrían que solicitar el permiso del potentado, cortejar a sus asesores, ganarse el favor de la corte, humillarse y arreglárselas ante los negociantes del poder político. Ahora dos personas —el empresario y el gobernante— tienen que estar de acuerdo que vale la pena probar la nueva idea. Cuando los aviones nunca han volado, cuando los rascacielos nunca se han construido, cuando las plantas de energía eléctrica nunca han iluminado una ciudad, la gente tiene miedo de estos cambios. Mientras más personas tengan que aprobar lo que jamás se ha intentado, más seguro es que permanezca sin intentarse. La única manera de asegurar el progreso revolucionario es reconociendo el derecho de cada persona —incluso los que resultaron ser chiflados, charlatanes y los locos que creen que la tierra es plana— a participar vigorosamente en el libre mercado de ideas y después, de igual manera, reconocer el derecho de cada mente individual a decidir por sí misma el mérito lógico de cada afirmación. Dos expertos en historia de la tecnología —Nathan Rosenberg y LE Birdzell— escribiendo sobre el crecimiento de la misma en el Occidente, dijeron: «La primera condición de esta proliferación fue que las innovaciones no necesitaban el consentimiento de las autoridades gubernamentales o religiosas».

Además, los empresarios y los regímenes coercitivos tienen intereses opuestos. El empresario gana al alterar el *statu quo*, por medio de la «destrucción creativa», por ejemplo, al llenar las carreteras con automóviles, donde antes solo había caballos y carretas (o al construir autopistas donde antes solo había tierra salvaje sin caminos). Pero un gobernante estatista tiene un interés particular en retener su poder sobre las personas. Ya que el *statu quo* incluye su autoridad represiva, cualquier desarrollo nuevo que amenace el presente estado de las cosas potencialmente socava su hegemonía incuestionable. Si él mira algún mérito en la propuesta del empresario, mira que esto aumentará la prosperidad del ciudadano particular, por ejemplo, ser dueño de un automóvil incrementa el nivel de vida de una persona. Pero entre

más próspero sea el individuo, más control este ejerce sobre su propia vida — y lo menos probable es que obedezca a una autoridad externa—. El gobernante estatista, viéndose forzado a escoger entre el progreso y el poder, invariablemente escoge el poder. De hecho, ningún régimen estatista jamás se ha aproximado a Estados Unidos del siglo XIX en cuanto a su progreso tecnológico y esta es una razón principal.

Pero existe una razón más fundamental de por qué la innovación requiere la libertad y es reprimida por el estatismo: los inventores y los empresarios son pensadores independientes, al igual que sin duda lo son los escritores, los artistas y los filósofos. Las mentes capaces de inventar la luz eléctrica, diseñar el primer rascacielos o crear y dirigir vastas empresas de acero, petróleo o software son capaces de retar la rectitud moral de un régimen estatista. *Los pensadores independientes no obedecen*. Los dictadores de toda variedad — de Hitler a pequeños burócratas— lo reconocen y tratan de sofocar la mente independiente.

Por ejemplo, observa la incesante procesión de presos políticos en cada dictadura de la historia, hombres y mujeres cuyo único «delito» fue pensar y decir en voz alta sus pensamientos prohibidos. Los comunistas condenaron al exilio interno al gran físico Andrei Sakharov por atreverse a cuestionar la probidad moral de la invasión soviética de Afganistán.

Los intelectuales judíos huyeron de los nacionalsocialistas, quienes los hubieran gaseado. Mao Zedong desató a los Guardias rojos, una pandilla de matones jóvenes, para asaltar, asesinar e intimidar hasta la sumisión a los pensadores, artistas y maestros de China. Los talibanes continúan ejecutando a mujeres por el «crimen» de buscar una educación. De modo similar, los esclavistas del sur antes de la Guerra Civil les prohibieron a los negros estadounidenses educarse. Numerosas dictaduras queman libros.

La libertad es fundamentalmente la libertad de la mente. La supresión es, en su fundamento, la supresión de la mente.

El Periodo Inventivo es uno de los ejemplos más vívidos de la historia de la monumental identificación por Ayn Rand que la función completa de la mente requiere la protección legal de los derechos individuales.

Cuando una sociedad mantiene un compromiso general a la razón, valorará la libertad como una manera de salvaguardar el funcionamiento ilimitado de la mente. Cuando los hombres de la mente sean protegidos de la iniciación de la fuerza, ellos llevarán a la humanidad hacia avances revolucionarios y nunca soñados por las generaciones anteriores. El siglo XIX es una elocuente ilustración de este principio. Estados Unidos, el país más

libre de la historia, llegó más lejos. Gran Bretaña, el segundo más libre, es el segundo en llegar lejos.

Las otras naciones de Europa occidental gradualmente hicieron a un lado la supresión del antiguo régimen, establecieron un grado de libertad sobrepasado solamente por Estados Unidos y Gran Bretaña, y llegaron más lejos que cualquier otra nación aparte de estas dos. Por el contrario, los países no occidentales, careciendo de la influencia de la Ilustración, permanecieron como autocracias, gobernados por reyes, emperadores y jefes tribales. Estas regiones no llegaron nada lejos —y al punto que sí lo hicieron, fue por la difusión de tecnología occidental, mayormente estadounidense. *El espíritu de la Ilustración imbuye el capitalismo y provee su esencia: mentes libres, personas libres, sociedades libres, mercados libres, comercio libre.*

Problemas del código moral de la humanidad

El error fundamental de prácticamente todos los críticos del capitalismo, y demasiados de los partidarios del mismo, es su inhabilidad de comprender este punto absolutamente esencial: *el capitalismo es la revolución, la liberación del poder creativo de la mente humana de siglos de estatismo*. El subsiguiente ataque violento socialista en contra del capitalismo constituye una contrarrevolución estatista en contra de la mente, llevado apropiadamente por Marx y sus herederos, materialistas filosóficos que niegan el valor de la mente (y hasta su existencia) y exaltan la labor manual —el trabajo del cuerpo— como la fuente de la producción económica; y que defienden el estatismo, parcial o totalmente, para limitar o hasta silenciar permanentemente la libre expresión de la mente.

Una interminable serie de hechos pueden ser aducidos para demostrar la superioridad práctica del capitalismo a cualquier otro sistema político-económico. Pero a cierto punto, la evidencia es abrumadora y la conclusión se establece. Los capítulos anteriores han narrado la muy poco estudiada historia del capitalismo. Han demostrado la honradez de los fundadores y practicantes del capitalismo —la intacta devoción a la inventiva y a la innovación progresista manifestada por los héroes del capitalismo. La conclusión de la «Primera parte» tiene que ser: el sistema de los derechos individuales, en un breve periodo de dos siglos, ha traído mayor mejoría material a la vida de los hombres que una combinación de todos los otros sistemas históricos.

Una pregunta inquietante tiene que hacerse: ¿por qué es atacado el capitalismo por los intelectuales, los moralistas y los políticos? La

beneficencia vivificante del capitalismo no debe dudarse. Todos aquellos preocupados sinceramente por la vida humana en la tierra tienen que aceptar el único sistema magníficamente capaz de promoverla. Entonces, ¿por qué es que la mayoría de los intelectuales se oponen a él?

El capitalismo es condenado solo porque va en contra del código moral prevaleciente de la humanidad. La moralidad dominante en la civilización occidental, en variadas formas, por más de dos mil años, ha sido el código del autosacrificio, un servicio diligente a Dios o a la Sociedad.

Pero el capitalismo se basa en un código egoísta de ser el dueño de la vida de uno mismo, de buscar la felicidad de uno mismo, y de no sacrificar el ego. La moralidad del autosacrificio y el sistema de derechos individuales están en conflicto directo e inexorable. Si los hechos de la benevolencia vivificante del capitalismo están opuestos al código moral dominante, es hora de cuestionar ese código.

Primera parte
La superioridad moral del capitalismo

Capítulo cuarto

La gran desconexión

Existe una paradoja en el pensamiento de la mayoría de los moralistas y los intelectuales. Abrumadoramente, la mayoría son seglares, predominantemente preocupados, y en muchos casos exclusivamente, con la vida terrenal del hombre. No son religiosos. El capitalismo es el único sistema estupendamente capaz de avanzar la vida terrenal del hombre. Por lo tanto, uno podría pensar que ellos lo aceptarían feliz y contentamente y de todo corazón.

Pero la gran mayoría rechaza el capitalismo en favor del socialismo. Lo rechazan en favor de esta versión de estatismo de moda actual, la cual, dondequiera que se implementa —y en la medida en que lo es— limita los derechos individuales y engendra pobreza. (Ver la «Tercera parte: la superioridad económica del capitalismo»).

¿Por qué será? La respuesta es: porque la moralidad triunfa sobre la economía. La ética subyace y, en su aplicación, da lugar a la filosófica política. *Si los hombres son intelectualmente consistentes, su código moral forma la base lógica de sus principios políticos.* Por ejemplo, si un hombre sostiene —explícita o implícitamente, consciente o subconscientemente, en términos de pensamiento riguroso o como una idea entontecida y medio desarrollada— que la virtud reside en el servicio desinteresado a los demás, entonces, lógicamente, es llevado al principio político que la sociedad en conjunto desbanca al individuo, y que un individuo le debe a este servicio incesante. Cualquier otra conclusión política contradice sus fundamentos éticos.

El nombre del código moral que estipula el servicio desinteresado a los demás como el criterio de la virtud moral es: *altruismo*. Prácticamente todos los moralistas modernos son altruistas. El nombre de la teoría política que sostiene la preeminencia del colectivo, del grupo, de la sociedad sobre el individuo es: *colectivismo* —o *socialismo*—. En mayor o menor medida, casi todos los pensadores modernos son colectivistas o socialistas —y lo son porque son altruistas.

El *egoísmo* —el código moral que sostiene la rectitud del interés propio, de buscar los valores y los amores de uno mismo— es repudiado. El *individualismo* —la teoría política que lo implementa, proclamando el derecho inalienable de un individuo a su vida, a su libertad y a la búsqueda de su felicidad— es condenado. El *capitalismo* —el sistema politicoeconómico que libera a las personas a actuar de manera egoísta al proteger legalmente sus derechos individuales— es renegado.

Si específicos programas socialistas o del estado del bienestar son fracasos económicos, aun siendo rotundos, no instiga al intelectual socialista a reevaluar de manera crítica sus teorías, porque, diseñadas para hacer cumplir la obligación moral de un individuo de servir a los demás, especialmente a los necesitados, tales programas son, en su juicio, *un éxito moral rotundo independiente de los resultados económicos*. Ninguna cantidad de éxito capitalista o de fracaso socialista le causa cuestionar sus premisas porque sus principios socialistas no se sostienen sobre una base económica, sino moral. La lógica de la tesis socialista y anticapitalista está clara: si, en su vida personal, una persona tiene obligaciones a otras no elegidas, de hecho, si la esencia de la virtud es la de proveerles servicio desinteresado a esos otros, entonces, en la consideración de cuestiones sociales, las necesidades del público en conjunto (los «otros» en gran escala) tienen precedencia sobre las esperanzas, los sueños o los valores de un individuo, y es moralmente imperativo que el gobierno sea fortalecido legalmente para coaccionar a esos individualistas recalcitrantes demasiado egoístas como para cumplir voluntariamente con sus responsabilidades sociales.

El filósofo más influyente del mundo moderno es el pensador Immanuel Kant. Era un defensor tan extremo del deber, del servicio desinteresado, del renunciamiento del interés propio como el criterio de la acción virtuosa, que sostenía que si un hombre deseaba llevar a cabo un acto —sin importar que los resultados fueran honestos, productivos o caritativos— si este derivó alguna satisfacción, ganancia o felicidad personal, entonces nunca podría estar seguro de que su acto fue moralmente puro; pues si se benefició del acto, de cualquier forma, puede que el acto haya sido llevado a cabo por motivos egoístas —y por lo tanto que haya sido inmoral.

Para estar seguro del valor moral de un acto, un individuo tiene que llevarlo a cabo desafiando sus propios deseos personales. Este era el caso hasta con el deseo de preservar la vida propia. «Pero si las adversidades y las penas incurables le quitan completamente el gusto a la vida, si un hombre desafortunado [...] desea la muerte, y aun así preserva su vida sin quererla y

ni por inclinación [deseo] ni por miedo, sino que por deber, entonces su máxima tiene importancia moral», es decir, su motivación es moralmente pura.

Aunque los pensadores subsiguientes no estaban de acuerdo con Kant sobre mil detalles, generalmente estaban de acuerdo que la virtud requería un divorcio completo de la moralidad y el interés propio. «La ausencia de toda motivación egoísta es, por lo tanto, el criterio de un acto de valor moral», enseñó el filósofo alemán Arthur Schopenhauer. Un ejemplo en un reciente libro de texto sobre la ética de la enfermería utilizado ampliamente ilustra lo profundo que se ha arraigado esta doctrina. Como ilustración de un dilema moral serio, los autores presentan el siguiente caso: «Consideremos la cuestión, ¿debería una persona con dos riñones saludables ser *forzada a donar* uno de ellos a una persona que sufre de fallo renal irreversible pero que está saludable en todos los demás aspectos?" ... Cualquier persona considerando seriamente la cuestión de que si a una persona saludable se le debería de *forzar a donar* un riñón va a estar confundido». (El énfasis es mío). El resto de la discusión procede de manera similar.

El credo del autosacrificio esta tan profundamente instalado que se puede hacer seriamente la pregunta que si una persona inocente está moralmente obligada a donar un riñón y, por consiguiente, que si se le puede «forzar» propiamente a hacerlo. La mayoría de los estadounidenses apropiadamente reculan del terror por la evidente injusticia de tal propuesta —pero para los autores de libros de textos sobre la ética es un dilema ético serio—. Ya que, según el altruismo, es un deber moral sacrificarse por los demás, se deduce lógicamente que el sacrificio del riñón de una persona, de su cuerpo, incluso de su vida, está incluido bajo el protocolo de este principio y es similarmente obligatorio. El derecho de un individuo a su propio riñón, a su propio cuerpo y a su propia vida, bajo tal credo, queda anulado.

(La única razón por la que los autores encuentran confusa una respuesta a tal pregunta es porque retienen, en su pensamiento, algún último vestigio de respeto al individuo y a su derecho inalienable a su propio cuerpo y vida; no son consistentemente altruistas en sus convicciones; mantienen premisas morales mixtas).

Bajo las premisas que dominan el razonamiento moral moderno, es imposible entender, y mucho menos apreciar, la magnitud de la beneficencia del capitalismo. Los seres humanos son animales racionales; tenemos ideas, conceptos, principios; sobre todo, principios morales —necesitamos la moralidad para guiar nuestras elecciones, nuestros actos y nuestras relaciones

—. Entendemos sucesos prácticos de acuerdo a los principios generales que tengamos.

El economista Werner Sombart pudo haber sido un marxista convertido en nazi; sin embargo, estaba muy en lo cierto al decir: «Sin teoría no hay historia». La historia no es solo un relato de nombres, fechas y sucesos; necesariamente incluye un entendimiento de ellos, de las causas de los sucesos que hicieron temblar al mundo, de las razones de los muy importantes cambios sociales —y para esto, las personas necesitan teoría, y sobre todo, teoría filosófica—. Lo que es cierto de la historia es similarmente cierto de otras disciplinas cognitivas.

Los intelectuales contemporáneos piensan sobre el mundo moderno con una teoría moral altruista firmemente atrincherada en sus mentes. Mirando al mundo occidental de los últimos dos siglos, es posible que en la periferia de sus consciencias reconozcan el crecimiento de la libertad política y la explosión en las tecnologías vivificantes a la cual llevó. Pero, en el mejor de los casos, es neblinoso para ellos —rara vez, o nunca, lo reconocen o escriben sobre ello; recordemos, por ejemplo, la interpretación estándar, de parte del historiador estadounidense, del siglo XIX en Estados Unidos como una «Edad Chapada en Oro»—. Lo que ven abrumadoramente son individuos buscando ganancias —buscando riqueza, éxito, felicidad personal— rechazando el autosacrificio, las obligaciones sociales no escogidas y la supremacía del estado —y, con sus corazones rotos, emiten el lamentable llanto: «¡Es egoísta!»

Hay una Gran Desconexión entre los hechos de la libertad vivificante y creación de riqueza del capitalismo y la evaluación ética de estos de parte de los intelectuales y moralistas modernos. Los altruistas no están equipados intelectualmente para identificar las virtudes del capitalismo —esta es la razón por la cual, repetidamente, ellos no logran hacerlo—.

El autor ha estado presente en numerosas discusiones de la facultad o en coloquios en los cuales intelectuales altruistas señalan la esclavitud humana endémica en Sudán, el trabajo forzado de presos políticos en China, la coacción de trabajadores a punta de pistola en factorías en Vietnam o a otros crímenes similares horribles —y con horror genuino declaman: «¡Tenemos capitalismo global, miren el resultado!».

La verdad es que estas atrocidades representan violaciones masivas a los derechos individuales, son perpetrados en sociedades que todavía no han formulado ni el más mínimo indicio de un código moral que proteja tales derechos, y, abrogando de esta manera el principio que define al capitalismo,

forman ilustraciones no de la implementación del sistema, sino que de sus antípodas. ¿Entonces cómo —o por qué— es que personas inteligentes, informadas y educadas, *con toda sinceridad*, creen que el capitalismo es responsable por estas y muchas otras abominaciones similares?

La razón fundamental consiste en la aplicación lógica de su código moral. Ellos reconocen que el capitalismo consiste en la búsqueda de la ganancia y que esto es egoísta, es decir, es actividad interesada. Como altruistas, sostienen que los actos interesados implican la victimización de inocentes —tal creencia es una razón clave por la cual rechazan el egoísmo a favor del altruismo—. *Sus mentes llevan a cabo, consciente o subconscientemente, un acto riguroso de razonamiento deductivo: el capitalismo implica comportamiento egoísta; el comportamiento egoísta exige la explotación de gente inocente; entonces, el capitalismo exige la explotación de gente inocente.* Ellos proceden a interpretar los acontecimientos del mundo por medio del prisma intelectual de sus convicciones morales, trágicamente ignorando —literalmente no viendo— que una aplicación consistente del principio de los derechos individuales es la cura, no la causa, del problema.

Observa una y otra vez que las críticas dirigidas en contra del capitalismo, ya sean de orientación secular o religiosa, provienen de un rechazo de la moralidad del interés propio. Marx y Engels, por ejemplo, escribieron: «La burguesía [los practicantes y partidarios de clase media del capitalismo] [...] no ha dejado ningún otro lazo entre hombre y hombre más que puro interés propio y el insensible "pago en efectivo". [...] En pocas palabras, en lugar de una explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, [la burguesía] ha dejado una explotación desnuda, vergonzosa, directa y brutal».

De manera similar, el Papa Pablo VI en su encíclica *Populorum Progressio*, sostuvo: «Pero es desafortunado que en estas nuevas condiciones de la sociedad un sistema ha sido construido que considera la ganancia como la motivación clave para el progreso económico, la competencia como la ley suprema de la economía, y la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto que no tiene límites y no lleva ninguna obligación social correspondiente».

Los pensadores consistentes en rechazar el egoísmo y en sostener el altruismo son llevados inexorablemente a la repudiación del individualismo y el capitalismo, y a la aceptación del colectivismo y el socialismo.

El colectivismo político o el socialismo es la aplicación lógica de la moralidad altruista a cuestiones sociales. El altruismo es una teoría moral amplia; al poner a otros antes que a uno mismo, aplica a una amplia gama de

casos, sosteniendo el sacrificio de una persona por su familia, amigos, vecinos, colegas, conocidos y hasta extraños. *El colectivismo es una aplicación específica de una ética altruista —estipula, en un contexto político distintivo, el deber no elegido del individuo al estado.*

El rechazo al derecho de un individuo a su propia vida —y la adopción ferviente de obligaciones constantes y no elegidas que este le debe a otros— forma la firme base moral de cualquier sistema colectivista. No importa si el régimen es fascista, nacionalsocialista o comunista —el refrán moral que lo subyace permanece igual.

Por ejemplo, ¿por qué fue que los nazis proclamaron la superioridad de la raza aria? Porque un ario, respondieron, estaba más dispuesto a sacrificarse por el pueblo y, por lo tanto, existía en un plano moral más elevado. Como lo dijo Hitler: «Esta voluntad de autosacrificio de dar la propia labor personal y, si es necesario, hasta la propia vida por otros está mucho más desarrollada en el ario, [...] él voluntariamente subordina su propio ego a la vida de la comunidad y, si llega la hora, hasta lo sacrifica».

¿Por qué fue que ellos demonizaron a los judíos? Porque, en su opinión, los judíos vivían una vida puramente egoísta, no dispuestos a sacrificarse por el pueblo. Dijo Hitler: «En el pueblo judío la voluntad de autosacrificio no va más allá del instinto de autoconservación desnudo. [...] Su sentido del sacrificio [el del judío] es solo una apariencia. [...] En esto también el judío es guiado por nada más que el egoísmo desnudo del individuo...».

Werner Sombart proclamó que «un nuevo espíritu» llegaría a «gobernar a la humanidad». La era del capitalismo había terminado —el socialismo alemán (nacionalsocialismo) era el poder creciente—. El socialismo alemán, enfatizó él, puso «el bienestar de la totalidad por encima del bienestar del individuo».

El socialismo alemán les impone a los individuos «solamente deberes sin derechos». En concordancia con tales premisas morales, Sombart inició un ataque nazi común contra los judíos. El espíritu judío era esencialmente egoísta y capitalista, los antípodas del espíritu alemán. El pueblo inglés, sostuvo Sombart, poseía tal «espíritu judío» y era moralmente imperativo que los pueblos alemanes lo eliminaran en todas sus manifestaciones.

En Alemania nacionalsocialista no había individuos —solo fragmentos interconectados de una totalidad mayor. Como un funcionario nazi alegremente describió después de varios años de mandato nazi: «La única persona que todavía es un individuo privado en Alemania es alguien que esté

dormido». Dijo el ministro de propaganda Joseph Goebbels: «Ser socialista es someter el yo al tú; el socialismo es sacrificar al individuo por la totalidad».

En Italia líderes fascistas construyeron sobre fundamentos morales idénticos. Alfredo Rocco, un marxista convertido a teórico fascista, glorificó: «la necesidad [...] del sacrificio, aún hasta la completa inmolación de individuos, en nombre de la sociedad. [...] Para el fascismo [a diferencia del capitalismo] la sociedad es un fin, los individuos los medios, y su vida entera consiste en utilizar a los individuos como instrumentos para sus fines sociales».

Hitler expresó el punto moral sucintamente: «No habrá permiso, ni espacio libre, por medio de cual el individuo se pertenezca a sí mismo. Este es el socialismo».

Los comunistas, haciendo la guerra de clases —no guerra racial o guerra nacional— se opusieron al nacionalsocialismo y el fascismo en numerosos detalles críticos. Pero en cuanto a los fundamentos morales, eran y permanecen idénticos. La vida de un individuo le pertenece, no a sí mismo, sino que al estado. Su valor moral radica solamente en sacrificarse por el estado, el pueblo, la clase obrera, el grupo. Los marxistas también son brutalmente sucintos al expresar la doctrina antindividualista que forma el centro moral de su sistema. Un eslogan del comunismo de Camboya declaraba a cada ciudadano: «El perderte no es pérdida, y el conservarte no es ganancia».

De manera similar, en China de a finales de los 1960, el presidente Mao inició y vigiló la «Gran Revolución Cultural Proletaria» que, como mínimo, ejecutó a decenas de miles de personas inocentes y forzó a millones a la esclavitud. La Revolución Cultural insaciable y explícitamente exigía el sacrificio de un sinnúmero de individuos por el bien colectivo.

Las atrocidades comunistas incesantes y desenfrenadas, resultando en el paralizante total de 100 millones de asesinatos mundialmente, son una consecuencia lógica de sus premisas morales, al igual que las de sus compañeros intelectuales —los fascistas y nacionalsocialistas. Porque si las personas le deben servicio perpetuo al estado, entonces es eminentemente racional que el estado sea fortalecido legalmente para hacer cumplir dicho servicio. Si un individuo no tiene ningún derecho moral a su propia vida —si esta le pertenece al estado— entonces es lógico y justo que el estado disponga de su vida de la manera que considere socialmente necesaria —inclusive el trabajo forzado y la ejecución de cualquiera bajo la más mínima sospecha de oposición a sus principios y políticas.

El principio de los derechos individuales inalienables funciona como una salvaguardia indispensable en contra de la coerción legalizada —el terror institucionalizado— que el estado puede desatar en contra de sus ciudadanos desarmados. Al no haber tal principio que sirva de fundamento sólido para las instituciones políticas de una sociedad, no existe recurso moral o legal para los individuos inocentes en contra de la fuerza iniciada por un régimen estatista.

Como observó elocuentemente Ayn Rand: «Los derechos individuales son el medio de subordinar la sociedad a la ley moral».

Los fascistas, nacionalsocialistas y comunistas son colectivistas o socialistas no diluidos porque ellos aplican consistentemente, sin ser mitigados por el más mínimo respeto a los derechos individuales, un altruismo no diluido en cuanto a los asuntos y realidades políticos.

Pero en el Occidente, especialmente en Estados Unidos, los ideales altruistas y colectivistas, aunque están profundamente arraigados, están muy diluidos por un sincero respeto a los derechos individuales arraigado en la cultura durante la era de la Ilustración y debido a sus principios. El código moral occidental contemporáneo consiste en premisas mixtas —en parte altruista, en parte egoísta; en parte colectivista, en parte individualista; en parte exigiendo obligaciones sociales no elegidas, en parte protegiendo el derecho inalienable a la vida y a la búsqueda de la felicidad personal.

Por lo tanto, es lógicamente necesario que los sistemas políticos occidentales —inclusive Escandinavia, Estados Unidos y todos los otros sin excepción— sean estados del bienestar de economías mixtas. Las premisas morales mixtas, realmente puestas en práctica política, exigen instituciones políticas mixtas.

La creencia contemporánea que Estados Unidos es capitalista y los países escandinavos son socialistas es falsa. Todas son economías mixtas. El capitalismo requiere una completa protección de los derechos individuales, inclusive en el ámbito económico, y prohíbe todo inicio de la fuerza, inclusive de parte del gobierno.

Estados Unidos del Periodo Inventivo llegó muy cerca de este ideal, pero, hoy y durante décadas, su gobierno les roba a las personas trabajadoras honestas para financiar a los indigentes, fracciona a las empresas productivas, incauta la propiedad de las personas mediante la imposición del «dominio eminente», y perpetra mil injusticias similares a estas. Estados Unidos es una tambaleante, inestable e incierta mezcla de libertad y estatismo. También lo son todas las otras naciones occidentales.

En Suecia, por ejemplo, una pesada preponderancia de estatismo del bienestar y de regulaciones económicas gubernamentales coexisten lado a lado con elementos de derechos individuales: la libertad de expresión y de completa expresión intelectual son protegidas, como también lo es la libertad de religión y el derecho al voto; las fronteras están abiertas para que los disidentes puedan emigrar; hasta en el ámbito económico persisten elementos de la libertad; por ejemplo, Volvo, Saab y Ericsson son propiedad privada con fines de lucro; y algo similar sucede con miles de tiendas: carniceros, panaderos, fabricantes de velas que están situados a lo largo de las calles de sus ciudades.

Son todas economías mixtas, combinando elementos capitalistas con elementos socialistas, porque, en términos filosóficos más profundos, éstas tienen premisas morales mixtas, combinando ideales egoístas e individualistas con ideales altruistas y colectivistas. Estado Unidos fue construido sobre los fundamentos más profundos de la Ilustración del egoísmo y el individualismo; por ejemplo, las palabras resonantes de Thomas Jefferson en respaldo del derecho inalienable de un individuo a la búsqueda de su propia felicidad son todavía profundamentepreciadas como parte de la herencia de la Ilustración; por lo tanto, Estados Unidos contiene, como parte de la mezcla que lo compone, el elemento de la libertad más fuerte y la forma más atenuada del estatismo.

Hoy y durante un siglo Estados Unidos se ha alejado de los derechos individuales y el capitalismo y procedido hacia el socialismo porque la abrumadora preponderancia de sus intelectuales, moralistas y políticos mantienen premisas morales mixtas fuertemente a favor del componente altruista y colectivista y por encima del componente egoísta e individualista.

El destacado filósofo y educador John Dewey, por ejemplo, admiraba el código moral de la Unión Soviética, la cual él visitó en 1928. Dewey creía que los educadores soviéticos, a diferencia de sus homólogos estadounidenses, no eran lentificados en la búsqueda del cambio social por «los ideales y métodos egoístas y privados inculcados por la institución de la propiedad privada, la ganancia y la posesión codiciosa». El educador progresista George Counts, también visitó la Unión Soviética durante la era de Stalin. De modo similar, Counts lamentó el individualismo y el egoísmo de la sociedad estadounidense y admiraba los métodos de enseñanza soviéticos. La actividad en las escuelas soviéticas, dijo con entusiasmo, «es actividad con un sesgo fuertemente colectivista», y «el éxito individual es completamente

subordinado al ideal del servicio al estado y a través del estado a la clase obrera».

El presidente Franklin Delano Roosevelt acusó a los empresarios de ser «monarcas económicos» y «príncipes privilegiados de [...] nuevas dinastías económicas», cuya riqueza y poder redujo las libertades y oportunidades de pequeños empresarios, granjeros y trabajadores. La retórica de Roosevelt era explícitamente anticapitalista, dejando implícita la esencia antiegoísta detrás de sus premisas morales. Pero un futuro presidente, Barack Obama, hizo explícitas esas premisas. Criticando a aquellos que se oponían a su plan de redistribuir ingresos coercitivamente, Obama opinó: «No sé cuándo [...] decidieron [...] hacer del egoísmo una virtud».

Señor presidente: Desafortunadamente, la mayoría de las personas todavía no lo han hecho —pues ellos lo harán solo cuando realicen que tal principio moral subyace, da lugar y es lógicamente necesario para proteger su sagrado derecho a sus propias vidas, a la riqueza que se ganen, y al esfuerzo mental y físico por el cual crean esa riqueza.

Hasta en Estados Unidos, la virtud del egoísmo nunca ha sido completamente comprendida, aceptada y celebrada —y mucho menos ahora.

Pero en Estados Unidos del siglo xx surgió una brillante intelectual campeona del egoísmo quien escribió un análisis incisivo de los fundamentos de la ética, titulado *La virtud del egoísmo*, así como magníficas novelas dramatizando su filosofía —*El manantial* y *La rebelión de Atlas*—. Ayn Rand fue la primera filósofa de la historia en realizar que el egoísmo, propiamente entendido, era, sin reservas, una virtud, que la grandeza y gloria del capitalismo se basaba en él, y que una *defensa moral* del capitalismo era urgentemente necesaria —específicamente, una defensa moral en defensa de la profunda rectitud del egoísmo.

En la obra de Ayn Rand, la Gran Desconexión entre la realidad superlativa del capitalismo y la evaluación moral incesantemente negativa de éste sería eliminada. La Gran Desconexión fue causada por la prevalencia indiscutida de un código moral altruista y podría ser eliminado por la creciente prominencia de un código propiamente egoísta. Finalmente, sobre tal base ética, el capitalismo sería reconocido no solamente como el dínamo que fue y que es —pero también como el sistema social moralmente ideal.

Capítulo quinto

La virtud del egoísmo

El egoísmo, según la creencia popular, es sinónimo de usar, abusar y maltratar a personas inocentes para satisfacer las metas o deseos de uno mismo. El diccionario define «egoísta» así: «ocuparse principalmente de los propios intereses, beneficios, bienestar, etcétera, independientemente de los demás».

Tenga en cuenta que la opinión popular sostiene que el interés propio de una persona consiste en no tener ningún respeto por los demás —en el mejor de los casos— o en abusarlos y victimizarlos —en el peor—. Esto, al igual que cada uno de los otros puntos del conocimiento moral convencional, tiene que ser retado.

Tan solo unos minutos de reflexión cuidadosa bastan para refutar esta creencia. Por ejemplo, es de mucho interés propio para un individuo el tener amigos cercanos, una relación romántica íntima, interacciones amigables y respetuosas con vecinos, conocidos y colegas, porque esto trae a su vida afecto, cercanía, compañerismo, amor y serenidad espiritual —las cuales son posesiones invaluable para un ser humano—. ¿Son la vida y nivel de felicidad de una persona más —o menos— plenos por esta intimidad? La abrumadora preponderancia de los seres humanos comprensiblemente respondería: aún más.

Otra pregunta puede ser planteada: ¿tales relaciones positivas que generan felicidad pueden desarrollarse por medio de honestidad o por medio de deshonestidad? ¿por medio de interacciones moralmente rectas o por medio de la confabulación inmoral? ¿por medio del respeto a los derechos de los demás o por medio de violarlos? Claramente que por medio de interacciones honestas y respetuosas con los demás.

Si un hombre miente, hace trampa o roba, él arriesga ser visto con aprensión —y llena su vida con temor crónico en cuanto al resultado de tal vil actividad—. Convierte en sus enemigos a los miembros de la humanidad más nobles —aquellos que son escrupulosamente honestos—; y en su más grave amenaza la característica más vivificante de ellos —la inteligencia sagaz—.

Pero si, por un lado, él trabaja duro, honestamente y a capacidad optima, gana más que un tramposo jamás pudiera ganar engañosamente, llena su vida interna con orgullo y tranquilidad, y atrae, como si por fuerza de gravedad, a personas que veneran a la posesión supremamente invaluable de un hombre: la fuerza de carácter.

Además, cuando nunca le falta el respeto a los demás, un hombre se encuentra en fundamentos morales inquebrantables y puede esperar un idéntico respeto de ellos. Por el contrario, si él los explota cruelmente, ¿en qué principio moral podría basarse al demandar justicia para él mismo?

Estos puntos son fáciles de explicar a niños en escuela primaria —¿entonces cómo es que los moralistas tan a menudo no los captan? ¿Por qué el código convencional débilmente, como si sostuviese un axioma incuestionablemente exacto, apoya la ridícula noción que el verdadero egoísmo —*comportamiento genuinamente egoísta* que induce felicidad— implica victimizar a los demás?

Esta es una pregunta profundamente importante —y su respuesta penetra hasta el centro de la ética. La primera parte de una respuesta es explicar lo que propiamente implica un auténtico egoísmo —lo que es y, en acción, como luce.

En la opinión del autor, Ayn Rand ha revolucionado el conocimiento de la humanidad de la ética y es tan avanzada que solo hasta ahora, cincuenta y tres años después de la publicación de su obra maestra *La rebelión de Atlas*, es que los filósofos profesionales finalmente están estudiando seriamente sus teorías.

La naturaleza de los valores

El concepto clave en la validación de Rand del egoísmo es: *valores*. De hecho, para Ayn Rand, *los valores son el significado de la vida*. ¿Qué son?

Los valores son aquellas cosas o personas que llenan la vida de un hombre de sentido y propósito, aquellas cosas que considera nobles, valiosas, importantes, las cosas por las cuales está dispuesto a trabajar, que quiere obtener o conservar. En sus propias palabras: «Un valor es aquello por lo cual uno actúa para obtener o conservar». Quizás el termino clave en esa definición es «actúa». Los valores son siempre el propósito de una acción. Sin importar si una persona ama su carrera, la educación, el dinero, el arte, un hogar bello, a un hombre o a una mujer en particular, o a los niños o todas las cosas ya mencionadas —u otra cosa— sus valores son esas cosas que

considera suficientemente importantes para impulsarlo a tomar acción con propósito y dirigida hacia un objetivo. Los valores tienen que ser distinguidos de los sueños, deseos y fantasías.

La teoría de Rand es una que orgullosamente sostiene los valores personales y una vida llena de las cosas y personas que un individuo ama. Por ejemplo, puede que un individuo quiera una educación en informática (o en biología, literatura, enfermería, etcétera), o una carrera en el magisterio (o en finanzas, ingeniería o en uno de cien otros campos), o una relación romántica con un hombre o mujer en particular, o comenzar una familia y criar hijos, o uno de mil otros objetivos vivificantes. Cual sean los propósitos positivos y vivificantes que tenga un individuo, él debe de seguirlos incansablemente. Los seres humanos, afirma Rand, deben de buscar su propia felicidad. No están obligados a servir las necesidades de su familia, a ofrecer servicio desinteresado a Dios, o a sacrificarse por la sociedad. No deben renunciar a los valores personales. Más bien, deben vivir y actuar de manera egoísta.

Ser egoísta, en la teoría de Rand, no es victimizar maliciosamente a otros seres humanos, sino que tener y buscar valores significativos y vivificantes. Esto es lo que, de hecho, beneficia la vida de un hombre; tal vida —y solo tal vida— está en realidad en su propio interés. Si un hombre fuera a ser verdaderamente desinteresado, y seriamente intentara de poner en práctica un código de autosacrificio, entonces tendría que renunciar a sus valores personal; lo más urgentes los valores a los que renuncia, lo más «noble» es considerado su sacrificio. Entonces, por ejemplo, si un joven renuncia a la mujer que ama por satisfacer las expectativas de su madre, según estas normas él es virtuoso; si adicionalmente renuncia a sus aspiraciones profesionales, su propio apartamento, y una vida independiente para quedarse en casa cuidando de ella, el código convencional lo considera aún más «santo». Pero después de sacrificar su amor y su autonomía, su vida estará vacía, drenada de significado personal, llena solo de resentimiento y amargura.

Un sacrificio verdadero implica la renuncia de un valorpreciado. Si a lo que un hombre renuncia es de poco o de ningún valor para él, no es un sacrificio. Similarmente, si lo que el abandona es de menos valor para él que cualquier ganancia correspondiente, de igual manera no es un sacrificio. Si, por ejemplo, él gasta su dinero en comida para su hijo, en vez de en un carro nuevo, esto no es un sacrificio. Pero si gasta el dinero en darle de comer a los hijos de extraños, permitiendo que su hijo pase hambre, lo es. *Un sacrificio es renunciar a un valor mayor por un valor menor o un no-valor.*

Comprensiblemente, la mayoría de los padres aman a sus hijos muchísimo más que a un automóvil nuevo —el bienestar del niño es de mucha más importancia para ellos que cualquier beneficio material concebible— y, si la salud y la satisfacción del niño lo exigieran, caminarían de rodillas de Nueva York a Los Ángeles y de regreso, y considerarían que salieron ganando. El poner su tiempo, esfuerzo y dinero a la disposición del bienestar del niño muy por encima de cualquier posesión material es un acto que está cargado de valor; es totalmente egoísta.

El egoísmo es acción de acuerdo a la jerarquía de valores de un individuo. Significa, en las inmortales palabras de Shakespeare: «Se fiel contigo mismo». En el código moral de Rand, una vida humana propia y saludable implica escoger, buscar, ganarse y nunca renunciar los valores que le dan a la vida sentido, propósito y pasión. Ser fiel con uno mismo —ser *egoísta* en un sentido literal— es ser fiel a los valores de uno mismo.

Un ejemplo más: un individuo puede buscar estar en forma y el mantenimiento de la salud a largo plazo. En búsqueda de estos objetivos, hace ejercicio vigorosamente y a menudo; come alimentos nutritivos; es abstemio en cuanto a sustancias dañinas como el alcohol, el tabaco y la «comida chatarra» alta en calorías y baja en nutrición. Es verdad que deja ciertos placeres, como, por ejemplo, comer helado o pastel de chocolate a menudo. Pero para él, estar en forma, tener el peso óptimo y salud a largo plazo son de mucho más valor; sus acciones son guiadas por sus valores; son egoístas, no sacrificiales —pues lo llevan a sus más preciados valores, no a la renuncia a ellos».

El egoísmo implica tener valores, priorizarlos según la importancia que tengan, y vivir la vida de acuerdo a esta jerarquía. El valor mayor recibe prioridad en cuanto al tiempo, el dinero y el esfuerzo intenso.

Tanto los que apoyan el egoísmo como sus críticos a menudo interpretan el interés propio de manera muy estrecha, considerando solo la ganancia financiera como un beneficio para un hombre. Es verdad que la riqueza —obtenida con esfuerzo honesto y productivo— es un valor inmenso, y ofrece, de muchas formas, beneficio potencialmente enorme a la vida de un individuo. Pero la riqueza no es el único bien que un hombre puede obtener. Por ejemplo, salud física, salud mental, sabiduría, una carrera gratificante, serenidad de espíritu, amistad, amor romántico y familia, para mencionar solo unos cuantos, también representan ganancia significativa.

El egoísmo no es un código moral estrecho específicamente instando a un hombre a ganar riquezas, aunque tal valor esté definitivamente incluido bajo

su rótulo; más bien, es una teoría más amplia exhortando a un individuo a obtener sus valores, y así lograr la felicidad personal. La riqueza debe ser reconocida como solo uno de los valores brillantes que un individuo honesto puede potencialmente obtener.

Actos propiamente egoístas pueden ser observados una y otra vez en la vida real. Por ejemplo, una mujer bella y encantadora que se abstiene de flirteos con otros cortejadores para casarse con el hombre que ama. Un estudiante universitario serio estudia por largas horas y también tiene un trabajo, así limitando elementos de su vida social, esforzándose por una futura carrera de gran significado. Una joven pareja casada, viviendo en su primer apartamento, economizan en vacaciones y recreación para ahorrar el dinero necesario para el primer pago de una casa propia. Todas estas personas y miles de otras son fieles a sus valores. Ninguno de ellos está dispuesto a traicionar lo que es de mayor importancia para ellos. Todos ellos son, en el sentido de Ayn Rand, propiamente egoístas.

El egoísmo de Rand es una teoría revolucionaria —y para la mayoría de nosotros, criados bajo el código convencional, es impactante—. Para establecer las afirmaciones del egoísmo, es necesario hacer y contestar una constelación de preguntas importantes.

La objetividad de los valores

¿Qué es lo que hace a algo un valor? ¿Es un valor cualquier cosa que una persona desea —sin importar lo destructiva que sea para él o para otros—? Por ejemplo, ¿es cierto decir que las drogas tóxicas son un valor para un drogadicto? ¿Es un botín no ganado un valor para un ladrón de bancos? ¿Es la adulación ilimitada un valor para un neurótico desesperadamente inseguro? ¿En términos más filosóficos son los valores totalmente subjetivos, determinados únicamente por capricho, deseo o antojo? ¿O son, más bien, *objetivos*, basados en los hechos de la naturaleza humana, específicamente en los verdaderos requerimientos de la supervivencia humana?

La respuesta de Rand es que los valores son objetivos, no subjetivos; están basados en los hechos de la realidad, no en los deseos y anhelos de los seres humanos, ya sea de forma individual o social. La explicación de este punto provee una validación del egoísmo y una refutación de cualquier escuela que sostenga la rectitud moral del sacrificio humano.

Históricamente, la cuestión ha sido planteada de esta forma: ¿Hay alguna relación entre los valores y los hechos? O: ¿Están los juicios de los hombres

del bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto basados en los hechos de la realidad —o en otra consideración—? Por ejemplo, el eminente filósofo escocés David Hume sostuvo que no había ninguna relación discernible entre los valores y los hechos —y que afirmar «X es bueno» tan solo describía la preferencia emocional por X del locutor.

Miremos un ejemplo. Si se dijera «Trabajar duro para mantenerse uno mismo por medio de esfuerzo honesto es bueno», la mayoría de las personas sin duda estarían de acuerdo. ¿Pero qué lo hace cierto? ¿Es bueno porque Dios lo desea, o porque la sociedad lo demanda, o porque un individuo se siente así por su propia vida, o, alternativamente, porque algún hecho o hechos de la realidad lo requieren para la supervivencia y la prosperidad humana?

Hume, en un famoso análisis, sostuvo que tal juicio definitivamente no estaba basado en los hechos, porque los hechos son observables, y era imposible observar algún hecho que demuestre la cualidad de bueno que tiene el trabajar para mantenerse uno mismo. Podemos, dijo Hume, ver a un hombre trabajando duro, planeando un presupuesto, viviendo frugalmente, pagando sus cuentas, ahorrando dinero, etcétera. Pero, ¿dónde está lo «bueno» de esto? No puede ser visto, saboreado, tocado —o percibido de cualquier otra forma; rotundamente, no es cosa que se pueda observar.

Históricamente, hay tres escuelas de pensamiento en cuanto a este asunto. La religión afirma que la fuente del bien es la voluntad de Dios. Los intelectuales socialistas modernos sostienen que la sociedad es el progenitor de las creencias morales —y que cada sociedad interpreta el bien de diversas formas—. Finalmente, una escuela de pensamiento adecuadamente conocida como *sentimentalismo* sostiene la opinión que cada persona escoge, según su preferencia emocional, lo que es bueno o malo... para él.

Las grandes escuelas de pensamiento repudian una base fáctica para los juicios de valor de los hombres. Ayn Rand está en oposición directa a estas teorías. Más bien, ella sostiene que los valores existen solo porque los seres vivientes tienen que alcanzar ciertos objetivos para sustentar sus vidas —y perecerán si no lo hacen—. Los valores, ella sostuvo, llegan a existir solo por la naturaleza de los seres vivientes.

Miremos varios ejemplos. Una planta debe obtener luz solar, agua y nutrientes químicos de la tierra; si falla en este intento, muere. Tales requisitos de la vida son impuestos por las inmutables leyes de la naturaleza, y no están sujetas ni a la elección ni a cambios.

De manera similar, un animal debe obtener alimentos, un clima favorable y refugio de los elementos. Un león debe cazar, por ejemplo, y si falla en su búsqueda de alimentos, morirá de hambre. Repito, afronta hechos de la realidad incontrolables no susceptibles a la elección o a las preferencias.

Finalmente, los seres humanos deben cultivar alimentos, construir refugios, manufacturar ropa, y curar enfermedades. Sus vidas dependen de ello. Para llegar a tales logros, deben estudiar ciencias agrícolas, arquitectura e ingeniería, biología, etcétera, y deben de lograr los avances en la filosofía, la lógica y las ciencias teóricas que subyacen a esas disciplinas. La naturaleza confronta al hombre con una sola, simple e inmisericorde alternativa: cultivar la mente como precondition de cultivar la tierra —estudiar, crear y crecer— o morir. El hombre, a pesar de ventajas intelectuales inmensurables, no le es concedido por la naturaleza más elección que cualquier otro organismo. Para él, también, la alternativa es severa: lograr objetivos específicos... o morir.

Fundamentalmente, hay una sola alternativa en la realidad: la existencia o la no existencia; y la enfrentan los seres vivientes exclusivamente. La existencia sostenida de la materia inanimada no requiere la satisfacción de condiciones; la materia simplemente existe; cambia de forma incesantemente, pero ni llega a existir ni deja de existir. Pero la vida requiere el logro de ciertos objetivos. Si un organismo no tiene éxito en ese esfuerzo, perece. Sus componentes materiales permanecen —pero su vida es eliminada—. Por ejemplo, el polvorizar a una piedra y el polvorizar a un hombre son actos profundamente diferentes en su naturaleza, sus resultados y en su significado moral. Uno de estos solo cambia de forma —el otro deja de vivir.

Los seres orgánicos deben alcanzar ciertos objetivos para sostener sus vidas. Es por este hecho fundamental —y solo por ello— que llegan a existir los valores. *Los valores son aquello que la naturaleza requiere de un organismo para mantener su vida.* Rand dice: «Es solo el concepto de "Vida" que hace posible el concepto de "Valor". Es solo para una entidad viviente que las cosas pueden ser buenas o malas». Los valores, por lo tanto, son basados en hechos; son objetivos. Es la naturaleza, no la sociedad, ni Dios, ni el antojo de un individuo, que obliga a una planta a obtener agua y luz solar, a un león a obtener carne, y a que los seres humanos cultiven alimentos, construyan viviendas y ciudades y curen enfermedades. Tales cuestiones no son más opcionales que lo es la gravedad. Estos son hechos inflexibles de la naturaleza.

El bien de un organismo es aquello que mantiene su vida. El mal es aquello que lo perjudica o lo destruye. Para el hombre, por lo tanto, la norma

del bien y el mal, la vara por la cual se mide lo correcto y lo incorrecto, es: los requisitos de la vida humana. Todo lo que avanza la vida terrenal del hombre es el bien; todo lo que es adverso a ella, es el mal.

Las plantas y los animales automática e intrínsecamente y sin poder escoger, buscan los valores que la naturaleza les pone como requisito para el avance de sus vidas. Es imposible para una planta negarse a enterrar sus raíces —o para un león evitar la caza—. Estos organismos se esfuerzan consistentemente para mantener sus vidas; si su conocimiento no es suficiente o si son agobiados por condiciones inhóspitas, mueren —pero son incapaces de desobedecer los requisitos de su supervivencia y de causar su propia destrucción. Pero porque el hombre es un ser racional, puede entender principios morales y hacer elecciones morales. Puede escoger, por ejemplo, entre la comida nutritiva y el veneno, entre la educación y la ignorancia, entre el trabajo productivo y la explotación de los hombres honestos, entre establecer una sociedad libre e imponer una dictadura, entre acciones vivificantes y aquellas que destruyen la vida.

Los seres humanos no buscan automática, intrínseca y volitivamente lo que sostiene sus vidas; tienen la capacidad de autodestruirse, de suicidarse de muchas formas —y muy a menudo lo hacen—. Abandonan sus valores para satisfacer a los demás, o usan drogas tóxicas, o buscan ganancias por medio de la confabulación deshonestas, o votan por políticos estatistas, o sabotean sus propias vidas y bienestar por medio de uno de un sinnúmero de otros modos. *Los seres humanos deben de escoger valores, deben elegir la vida, deben de optar por el egoísmo.*

Ser egoísta es un logro significativo y enormemente ignorado, pues implica una escrupulosa devoción a la realidad, a los requisitos de la supervivencia de la naturaleza humana, y a valores positivos y vivificantes. *Ser egoísta es formar, preciar, buscar y nunca sacrificar los valores que sostienen la vida.*

Los valores son esas personas, objetos o relaciones que objetivamente realzan la vida y que son aceptados voluntariamente. La vida requiere que se obtengan valores. La supervivencia básica requiere necesidades básicas; la vida floreciente, plena y felizmente extática requiere que se obtenga una superabundancia de valores más allá de solo los mínimos necesarios para la subsistencia. El obtener valores existe en un continuo: a medida que un hombre vive —física, intelectual y emocionalmente— hasta ese punto él obtiene valores. El objetivo de un individuo racional es vivir felizmente al máximo de su capacidad.

Basándose en estos fundamentos, la validación por Rand del egoísmo es directa. Algo es bueno o malo —un valor o un antivalor— basándose en si promueve o retrasa la búsqueda de vida prospera por un organismo.

¿Quién o qué está vivo?

Solo los individuos están vivos; en cuanto a la vida humana, solo seres humanos individuales viven o mueren; de hecho, a un nivel más profundo, solo particulares o entidades —cosas individuales— existen. La conclusión lógica es que lograr valores es una búsqueda característicamente individual y personal.

Howard Roark, el brillante héroe arquitectónico de *El manantial*, hace el importante punto que igual como no hay estómago colectivo para digerir alimentos, asimismo no hay un cerebro colectivo para pensar. Digerir, pensar, respirar y todos los otros procesos físicos y mentales, son actividades exclusivamente individualistas. De manera similar —entre seres humanos— no hay forma de vida colectiva para buscar u obtener valores. Solo individuos viven o mueren. Consiguientemente, la posibilidad de buscar valores —y la necesidad de ello— es, completamente y sin excepción, una función individualista.

Por lo tanto, «el hombre debe vivir por su propio bien, sin sacrificarse por los demás ni sacrificando a otros. Vivir por su propio bien significa que el logro de su propia felicidad es el propósito moral más alto del hombre». La vida es la norma del valor moral, pero su propia felicidad debe ser el *propósito* de la vida de cada individuo.

La necesidad de alcanzar valores individualmente en la vida cotidiana debe de ser manifiesta. Por ejemplo, un hombre debe obtener la educación que necesita, mantener un trabajo productivo y ganar riqueza, buscar amigos cercanos de confianza, y obtener la intimidad de una relación romántica —un conjunto de valores garantizando una vida plena, y cuya completa ausencia hacen imposible la supervivencia básica.

Si los seres humanos han de prosperar en la tierra, incluso sobrevivir, deben de obtener valores. ¿Por medio de cuál principal método lo lograran?

La racionalidad como el medio fundamental para la supervivencia del hombre

Los miles de millones de seres humanos que existieron en las sociedades precapitalistas del pasado feudal —o que existen en las sociedades estatistas y no capitalistas del presente— sufrieron bajo condiciones que carecían de hasta las más básicas necesidades de la vida, muriendo desesperadamente a temprana edad por falta de alimentos, curas médicas o viviendas adecuadas.

¿Cómo por medio de la aplicación qué método es que los seres humanos obvian esas calamidades, crean abundancia y logran la vida floreciente?

Los grandes héroes de la Ilustración escocesa y del Periodo Inventivo de Estados Unidos proveen un ejemplo del método y una pista a la respuesta.

La máquina de vapor de James Watts hizo posible un enorme incremento en la manufactura de bienes de consumo, primero de la ropa de algodón y después de una variedad de productos que mejoran la vida. Los avances de Thomas Edison en la ingeniería eléctrica —y los de George Westinghouse, Nikola Tesla, entre otros— hizo posible inundar los hogares y las ciudades con una nueva fuente robusta de luz y, eventualmente, a proporcionarle energía a tales avances como el refrigerador, la estufa, la calefacción eléctrica, el aire acondicionado, radios, televisores, etcétera. La revolución en la ciencia agrícola originada por George Washington Carver y otros agrónomos —además de los avances en la tecnología agrícola originados por tales hombres como Cyrus McCormick, John Deere y otros— hizo posible un inmenso incremento en la cantidad de alimentos cultivados para el consumo humano.

El método fundamental utilizado por tales innovadores y muchos otros es la aplicación de la potencia cerebral humana dinámica a sus respectivos campos. Tales pioneros en la ciencia aplicada y en la tecnología, al igual que sus homólogos en la ciencia teórica, la filosofía y las artes, son pensadores; son hombres y mujeres de la mente; son genios.

Una parte central del tema de Rand en *La rebelión de Atlas* es que la mente racional es el instrumento fundamental de la supervivencia de los seres humanos; la mente es el medio por el cual los seres humanos promueven sus vidas en la tierra; la mente es el medio principal por el cual los seres humanos crean valores.

Observe que la naturaleza dota de características especiales a cada especie, lo que les permite la supervivencia. Los pájaros, por ejemplo, poseen alas por medio de las cuales vuelan; los leones tienen garras y colmillos por medio de los cuales rasgan a su presa; los antílopes tienen velocidad en los pies con la cual rebasan a los leones; los elefantes tienen gran tamaño, los gorilas gran fuerza, y muchos animales tienen pelaje para darles calor.

Estas otras especies sobreviven por medios físicos —pelaje, alas, cachos, músculos, etcétera. Pero físicamente, el hombre es, en comparación, una figura sin nada especial: no puede correr como un guepardo, volar como un pájaro o intimidar a potenciales predadores con su tamaño elefantino. No puede competir físicamente por su supervivencia contra estas otras especies. La naturaleza lo dota de una sola característica saliente que le permite sobrevivir: su inteligencia.

Los valores indispensables a la vida de un hombre no existen de antemano en la naturaleza, sino que tienen que ser originados por el esfuerzo humano. Cada uno de estos valores es una creación de la mente razonante. Un ejemplo es el vivificante progreso en la medicina que resultó en tratamientos innovadores y en los tales remedios «milagrosos» como los antibióticos. Estos medicamentos y métodos quirúrgicos deben de ser investigados y desarrollados, necesitando conocimiento de la ciencia biológica, la cual implica una mente racional. De modo similar, la construcción de los asentamientos humanos corresponde al conocimiento de la arquitectura, así como a los principios de la ingeniería y las matemáticas, los cuales necesitan de la mente. Además, los alimentos que la humanidad cultiva dependen del conocimiento de la ciencia agrícola —cómo fertilizar la tierra, cómo irrigar, cuándo rotar los cultivos, cuándo dejar la tierra en barbecho, cómo originar genéticamente una nueva cepa de cultivos, etcétera, los cuales hacen necesaria la mente razonante. Todos estos avances enfatizan el importante hecho que el conocimiento necesario para la supervivencia humana tiene que ser descubierto por el hombre; ningún conocimiento es innato en su consciencia al nacer. Con gran esfuerzo, a través de un lapso de milenios, grandes pensadores han identificado que la rueda puede ser creada; que se puede cultivar; que el sol, no la tierra, es el centro de nuestro sistema solar; que se puede llegar al Lejano Oriente navegando hacia el oeste; que los gérmenes causan enfermedades; que la cirugía efectiva implica medidas antisépticas; que medicamentos pueden ser creados para eliminar los microbios letales; que el petróleo puede ser utilizado para calentar los hogares de las personas y para proporcionarle energía a sus vehículos; y que la electricidad puede ser empleada para proveer iluminación brillante y económica.

Además, estos logros prácticos que mejoran la vida son hechos posibles solo por el progreso anterior en la filosofía y la ciencia teórica que le da a los hombres un *método racional* por el cual comprender el mundo. Por ejemplo, Aristóteles formuló las reglas del racionamiento adecuado, e identificó los

principales errores del pensamiento incorrecto —las falacias de la lógica. Galileo reconoció que avances en las matemáticas y en aplicaciones de la misma eran centrales para avanzar el conocimiento humano de la física (y de las leyes de la naturaleza más ampliamente) —y originó el uso de la experimentación cuantitativa—. Otro brillante científico, Isaac Newton, creó las bases del cálculo diferencial y de integral, y formuló las leyes universales del movimiento, incluso su célebre análisis de la gravitación. Estos logros teóricos superlativos —y otros avances similares— crearon las bases intelectuales que hicieron posible el progreso monumental descrito arriba en tales disciplinas aplicadas como la tecnología y la medicina, al igual que en la ciencia agrícola y en otros campos relacionados.

En *El manantial*, Howard Roark resume sucintamente el punto central: «Desde la necesidad más simple hasta la abstracción religiosa más alta, desde la rueda hasta el rascacielos, todo lo que somos y todo lo que tenemos proviene de un solo atributo del hombre: la función de su mente razonante».

En *La rebelión de Atlas*, el héroe expresa —más extensamente pero igual de elocuentemente— el principio idéntico. «La mente del hombre es su herramienta básica de supervivencia. La vida se le es dada, pero la supervivencia no. El cuerpo se le es dado, pero el sustento no. La mente se le es dada, el contenido no. Para permanecer vivo, debe de actuar, y antes de poder actuar debe saber la naturaleza y el propósito de su acción. No puede obtener alimentos sin un conocimiento de los alimentos y de la manera de obtenerlos. No puede cavar una zanja, o construir un ciclotrón, sin un conocimiento de su objetivo y del modo de lograrlo. Para permanecer vivo, debe pensar».

Todo aquello que avance la vida humana es lo bueno y, como el instrumento de supervivencia de la humanidad, la racionalidad es, de forma preeminente, la facultad responsable de hacerlo. El pensamiento racional, la facultad que crea valores y de este modo da vida, es el mayor bien de la existencia humana. La práctica consistentemente diligente del pensamiento racional es, por lo tanto, la virtud principal de la humanidad.

Ninguna característica humana es más egoísta que una racionalidad no infringida —pues ésta, sobre todo, es responsable por los logros, la creación de valores, de los cuales depende la vida humana. El pensar racionalmente —no la conducta irracional, llevada por impulsos y sentimentales— es superlativamente egoísta. Una trae vida prospera; la otra, muerte prematura.

La olvidada virtud de la productividad

Que la supervivencia humana depende en la productividad debería de ser fácilmente evidente. Cada valor implicado por la vida del hombre —desde los cultivos hasta las computadoras, desde edificios de apartamentos hasta antibióticos— deben ser creados por el esfuerzo humano. Aunque los animales superiores encuentran las necesidades de sus vidas ya listas en la naturaleza —ya sea la hierba, las bayas, las cuevas o a otras criaturas a las cuales cazar— los seres humanos no pueden sustentarse de ese modo. Necesitan casas, no madrigueras ni cuevas; medicinas para curar enfermedades; teléfonos y la internet para la comunicación urgente; automóviles y aviones para el transporte cómodo; y muchos otros valores, todos los cuales deben ser inventados, descubiertos, cultivados y producidos.

Los seres humanos no se adaptan a su medioambiente ni tampoco pueden. No les puede crecer más pelaje durante el invierno y mudarlo durante el verano; no pueden migrar según las estaciones ni hibernar; no pueden agacharse para cubrirse con las piedras o en medio de las ramas de los árboles. Porque no es su naturaleza adaptarse pasivamente a su entorno, no están a merced de las condiciones ambientales. Si los golpea una tormenta de nieve, los animales se congelan, pero los hombres construyen hogares y los calientan con gas, petróleo o electricidad. De manera similar, si los golpea una inundación, los animales se ahogan, pero los hombres construyen presas. Por logros en la construcción, los seres humanos adaptan sus alrededores naturales a sí mismos.

Ya que aquello que promueve la vida del hombre es el bien, la producción en la cual depende la vida humana es la esencia de una existencia moral. Los valores deben de ser creados antes de que pueden ser regalados. Es la producción de valores, no su distribución caritativa, que es lo virtuoso, es decir, que es el acto vivificante. Los Genios Productivos de la historia —por ejemplo, Andrew Carnegie, John D. Rockefeller, JP Morgan, Bill Gates, entre otros— son los individuos verdaderamente virtuosos; no una «santa» de la caridad como la Madre Teresa.

Los grandes productores crean los bienes y servicios de los cuales depende la vida humana; el santo de la caridad —en el mejor de los casos— convence a los hombres productivos a dar ayuda a los necesitados; en el peor de los casos, busca inculcar un sentido de culpa en los productores por sus vidas «egoístas», o manchar sus nombres por sus grandes fortunas, o promover la iniciación de la fuerza de parte del gobierno para imponer un estado del bienestar sobre los productores. Después de la Revolución

Científica, la Tecnológica y la Industrial, debe de estar claro que la mente es la causa fundamental de la prosperidad material del hombre.

Además, los críticos del capitalismo, empezando con Marx y continuando hasta el presente, demuestran un entendimiento tristemente inadecuado del pensamiento y extenso conocimiento necesario para dirigir un negocio productivo. La mayoría de los anticapitalistas son intelectuales, políticos o clérigos quienes nunca han dirigido una empresa con fines de lucro. En realidad, un empresario exitoso, según su campo, tiene que planear tales factores como compras, producción, mercadotecnia, el personal y una docena de asuntos relacionados. Entre más grande y compleja que sea la empresa, más demanda el éxito que el cabecilla tome iniciativa, asuma responsabilidad y formule una gran estrategia.

Va bien aquí reiterar la cita sobre los tenientes de Rockefeller: «todos reconocían que Rockefeller era un experto en administración, que conocía las refinerías hasta el último tubo y contenedor, que tenía información completa sobre tonelería, traslado, compras, ventas y la manufactura de subproductos». O por el biógrafo de Carnegie en cuanto el titán del acero: «Él era el pensador, el que proporcionaba ideas, inspiración e impulso, quien vio hacia el futuro...». Este es el tipo de conocimiento profundo y visión de gran escala que se necesita para dirigir una empresa inmensamente productiva. Si los críticos del capitalismo no lo creen, que se conviertan en empresarios e intenten su propio éxito o, como mínimo, que piensen escrupulosamente en los requisitos para ello.

Después del logro monumental de Ayn Rand en *La rebelión de Atlas*, debe estar claro que tal producción de riqueza representa una profunda virtud moral. Los industriales del Periodo Inventivo y sus homólogos modernos solucionaron el problema de la producción material que plagó a la humanidad por milenios. Estos hombres y otros como ellos crearon cantidades enormes de acero, petróleo, automóviles, computadoras, medicinas, etcétera, que impulsaron la construcción y los logros de todo tipo, permitiendo a los hombres de los países libres lograr niveles de vida sin precedentes históricos.

La productividad es una virtud moral significativa; por lo tanto, en cuanto a sus practicantes más talentosos, la justicia hace necesario que los hombres de buena voluntad dejen la demonización desmedida, que comiencen una propia reverencia moral, y que reconozcan con gratitud las enormes contribuciones al bienestar material de la humanidad originado por sus esfuerzos.

Los valores son los que hacen posible la vida, y los que le dan significado; deben de ser obtenidos, no abandonados; y tales logros implican un esfuerzo productivo, principalmente el pensamiento racional. Con estos puntos en mente, es ahora posible analizar y refutar las escuelas de pensamiento opuestas al egoísmo.

Los códigos morales que niegan el egoísmo

Hay dos teorías que disputan un egoísmo saludable y vivificante. Una es el *altruismo*, el código que propone el desinterés y el sacrificio. La otra es el punto de vista que sostiene un egoísmo falso: una mentalidad esencialmente criminal que sostiene que el interés propio de un individuo implica satisfacer deseos no por medio de pensamiento racional y esfuerzo productivo, sino que por medio de victimizar a hombres inocentes. Tal código puede ser llamado más apropiadamente: *explotación cínica*. Examinémoslos uno a la vez, el altruismo primero.

¿Debería un hombre sacrificar lo que es máspreciado para él: su educación, su carrera, su cónyuge o amante, sus hijos, sus más cercanos amigos?

La miseria consiguiente, o muerte prematura, sería enorme. ¿Qué tipo de teoría inhumana requiere esto? ¿Está, entonces, el sacrificio limitado a asuntos secundarios en la vida de un hombre: unos cuantos dólares de su riqueza, momentos libres de su tiempo, o una pizca de su esfuerzo? ¿Son estos imponderables verdaderamente sacrificios; y si lo son, esto no trivializa completamente el código del autosacrificio? ¿Es sobre esto que ha sido todo el escándalo moral durante milenios? ¿Es esto lo que demandan explícitamente de los hombres los nacionalsocialistas y los comunistas en práctica política?

Si los moralistas sostuvieran la rectitud de lograr los valores significativos de la vida e instaran el «sacrificio» de una poquedad, serían egoístas, no altruistas, y simplemente no se paralizarán por el interés propio, la búsqueda de la ganancia y el capitalismo. Algunos son exactamente eso, sin realizar explícitamente su propio egoísmo. Pero aquellos que se paralizan, que están amargamente desdeñosos de tales principios, permanecen despiadadamente opuestos al logro de valores, a la felicidad personal, a los derechos individuales y al capitalismo. En nombre del servicio a los demás (o al estado), sostienen el sacrificio de los valores personales y la devastadora miseria que resulta ineludiblemente. Este fenómeno horroroso en la vida

moral de los hombres, este código de muerte esquelética es lo que Rand identificó como «altruismo», y dedicó su vida intelectual a la extirpación de este credo insostenible.

La explotación cínica, aunque nunca está de moda entre los filósofos, vive una arrastrada existencia a oscuras en las profundidades desgraciadas de la sociedad. Consiste en dos premisas conectadas: 1. es verdaderamente lo mejor para un hombre victimizar a los inocentes; y 2. es moralmente correcto hacerlo. Ambas afirmaciones son intrínseca, horrible y fatalmente falsas.

Rand señala: «Hay una deferencia moral fundamental entre un hombre que ve su interés propio en la producción y un hombre que lo ve en el robo». Ciertamente la hay. Una diferencia radica en las consecuencias sociales para él y para los demás. El ladrón victimiza a los demás, mientras que el productor se beneficia a sí mismo, y, como consecuencia, también a los demás. El explotador busca vivir una doble moral: los hombres deben de producir para sobrevivir y prosperar, pero yo no tengo que hacerlo. En buscar esta contradicción, él convierte en enemigos a los hombres racionales y productivos, y necesariamente se rodea de sinvergüenzas, el único tipo de hombre que está dispuesto a juntarse con él.

Por consiguiente, él pasa su vida escondiéndose y ocultando la verdad, llevando una existencia encubierta y subterránea, como un hombre desesperado, a la fuga, buscando un descanso de la ley y de los miembros más honestos de la sociedad. Esta es una receta que lleva a la miseria. ¿Por qué embarcarse en este camino al infierno cuando un mundo de valores brillantes puede ser obtenido por medio de la productividad racional?

Pero, un punto más fundamental no se trata de la relación de un hombre con la sociedad, sino que con la naturaleza. Los seres humanos no residen en el Edén donde los bienes que requiere su supervivencia existen ya listos para tomarlos. No es la sociedad la que prohíbe la supervivencia del hombre como un no productor parasítico; es la naturaleza. La realidad requiere que el hombre produzca si ha de florecer: la persona productiva vive de acuerdo a este hecho de la naturaleza, pero el parasito lucha contra él. Es una batalla que ningún hombre puede ganar. La sociedad lo encarcela, pero la naturaleza lo erradica cuando se le acaban las víctimas.

En *El manantial* el héroe Howard Roark dice que los seres humanos en su búsqueda de la supervivencia tienen solo dos posibilidades: pueden enfrentarse independientemente a la naturaleza, aprendiendo a crear valores; o pueden buscar la supervivencia de modo parasítico, convirtiendo en intermediarios a los hombres independientes. «La preocupación del creador es

conquistar la naturaleza. La preocupación del parásito es conquistar a los hombres».

Los creadores y productores cosechan los frutos de la abundancia; ellos pueden construir, cosechar, crear, lograr, prosperar; y en sociedades libres, lo hacen. No necesitan a nadie más y mucho menos a criminales y a otros parásitos. Pero los parásitos los necesitan: al igual que los virus, se alimentan del tejido vivo saludable; dejados a su suerte, sin víctimas honestas, subsisten en la miseria, si es que sobreviven. *Visto en términos de principios, por lo tanto, está claro dónde está el verdadero interés propio de un hombre.*

Por ejemplo: ¿cuánta comida existe hoy, hasta en Estados Unidos, la nación más rica del mundo? ¿Por cuánto tiempo podría durar esa comida? Si los hombres decidieran ponerle un fin al trabajo productivo, si dejan de cultivar, enviar y vender comida y en su lugar subsistieran por medios parasíticos, su uso de violencia y victimización conllevaría a la supervivencia de los más maliciosos y violentos... por todos de los pocos días que les queden. Pues después que el más salvaje le robe a su última víctima hasta la última migaja en la tierra, el proceso de su inanición resultaría inexorablemente.

Considerado a largo plazo, por cuestión de principios consistentes, el bienestar humano requiere la creación de valores —la *creación de valores*, no su robo—. Por consiguiente, una vida de productividad honesta, y un rechazo del parasitismo en todas sus formas, es el medio por el cual un hombre puede tener una vida terrenal floreciente.

Cito *La rebelión de Atlas*: «La vida del hombre, como lo requiere su naturaleza, no es la vida de un salvaje descerebrado, de un rufián ladrón o de un místico gorrón, sino que la vida de un ser pensante; no la vida por medio de la fuerza o del fraude, sino que la vida por medio de logros; no la supervivencia a cualquier precio, ya que solo hay un precio que paga por la supervivencia del hombre: la razón».

El altruismo insta al hombre a sacrificar sus valores por los demás. La explotación cínica lo insta a forzar o engañar a los demás a que sacrifiquen sus valores por él. Pero, en realidad, el egoísmo es un *principio moral*, es universal; defiende la necesidad y la rectitud moral de cada individuo a tener valorespreciados, a que luchen para realizarlos por medio de esfuerzo honesto, y que de este modo obtengan felicidad personal.

El mismo principio moral que exhorta a un hombre a nunca sacrificar sus valores requiere que él nunca exija sacrificios de los demás.

Ni el altruismo ni la explotación cínica ha dejado atrás la necesidad primitiva del sacrificio humano. Difieren solo como variaciones del mismo tema: en cuanto a la cuestión de quién es sacrificado por quién. Un altruista declara que uno se debe sacrificar los demás; el explotador cínico que los demás se deben sacrificar a él. Pero están de acuerdo en el punto cardinal: un modo de vida humana sin sacrificios es imposible. Tomados juntos, los dos códigos constituyen una «moralidad caníbal», requiriendo que unos hombres sean comidos por otros, que un hombre sacrifique sus valores por otros hombres.

Pero, de hecho, en realidad, los valores deben ser obtenidos, no renunciados. Su sacrificio de cualquier forma, para cualquier propósito, por cualquier hombre implica un error moral profundo. Cito al héroe de *La rebelión de Atlas*: «Juro, por mi vida y mi amor a ella, que nunca viviré por otro hombre ni le pediré a otro hombre que viva por mí». Este código propone un estilo de vida sin sacrificios —una vida que repudia tanto el altruismo como la explotación cínica, tanto el sacrificio de uno por otros como el de otros por uno.

Muchas personas puede que reconozcan la verdad de puntos importantes ya hechos: que la productividad es una virtud moral; que el capitalismo es inmensamente productivo; y hasta que el egoísmo, entendido correctamente, es un código moral propio, y que ambos de sus antítesis mortíferos son repugnantes. Pero todavía tienen una pregunta: ¿Qué en cuanto a las otras personas? La bondad hacia otras personas es una virtud moral. ¿Pueden los egoístas ser bondadosos? ¿Cuál es la relación entre el egoísmo y la buena voluntad legítima?

Capítulo sexto

El egoísmo como el fundamento necesario para la buena voluntad

El diccionario define «socialismo» como: «una teoría o sistema de organización social que propone invertir la propiedad y el control de los medios de producción y distribución, de capital, tierra, etcétera, a la comunidad en conjunto».

Desechemos el eufemismo placentero «la comunidad en conjunto», y reemplacémoslo con la dura verdad «el gobierno» —y el socialismo se revela como: el sistema político y económico que implica la propiedad y control gubernamentales de toda una economía. (Esto es en contraste de economías mixtas —en parte socialistas, y en parte capitalistas— la cuales serán analizadas en el próximo capítulo). Esto significa que cada aspecto del sistema económico es dominado por la agencia que tiene un monopolio en el uso de la fuerza en esa sociedad.

Tal sistema ineludiblemente se convierte en un estado totalitario. Observe que bajo el socialismo completo, con su falta total de propiedad privada y búsqueda de ganancia, hay tan solo un productor de bienes y servicios —el estado; hay un distribuidor de estos productos —el estado; hay un empleador —el estado; hay un educador —el estado; hay una editorial —el estado; hay un constructor de viviendas —el estado; hay un cultivador y distribuidor de alimentos —el estado; hay un fabricante y distribuidor de ropa —el estado; y hay un proveedor de cuidado médico —el estado. Es racional concluir que habrá tan solo un administrador de los campos de trabajo forzado —el estado.

¿Cuáles son las razones que el socialismo total —el completo control del sistema económico por el gobierno— hace necesario el totalitarismo —el control gubernamental completo de cada aspecto de la vida humana, y la completa extirpación de la libertad?

Considere: ¿qué tal si un individuo decide comenzar su propio negocio, o ser dueño de su propia granja, o construir y poseer su propio hogar: que les sucede a estos hombres? ¿Qué tal si un intelectual difiere fuertemente con los principios y política gubernamentales? ¿Qué tal si desea fundar su propio

periódico o editorial, y publicar las obras de los disidentes? ¿Le estaría permitido hacerlo? ¿Podría escribir para la editorial estatal? ¿Lo considerarían loco las autoridades y exigirían psiquiatría, los practicantes de la cual trabajan para el estado? ¿Qué si los mejores y más brillantes se enfurecen bajo esta represión e intentan emigrar a tierras libres ejemplos de la muy publicitada «fuga de cerebros», se les será permitido salir libremente? ¿Qué pasa con el estado socialista cuando partan?

La inevitabilidad del totalitarismo radica en la abrogación ubicua de los derechos individuales personificada en el socialismo total.

En realidad, un gobierno no tiene ningún derecho moral a prevenir coercitivamente a un hombre de comenzar su propio negocio, ser propietario de su propia finca, construir un hogar, fundar un periódico, establecer una editorial, o de realizar cualquiera de mil otras actividades productivas. Es el derecho inalienable de un ser humano buscar cualquier valor vivificante que él desea —el estado no tiene ninguna palabra moral en el asunto.

Con el principio de los derechos individuales ya rechazados, ninguna ley moral limita al gobierno de agravar su represión doméstica. Un gobierno que por su propia naturaleza inicia la coerción masiva en contra de sus propios ciudadanos no se pondrá pálido con la iniciación de coerción intensificada necesaria para hacer cumplir sus mandatos.

Los egoístas recalcitrantes, enfocados en buscar negocios privados, granjas, hogares, periódicos, editoriales, etcétera, serán despiadadamente suprimidos por el estado. León Trotsky, como cofundador y dictador de la Unión Soviética, tenía en sus manos la sangre de muchos millones de víctimas inocentes, pero aun así le proveyó a la humanidad un beneficio legítimo al rehusarse a esconder el verdadero carácter del socialismo. Él dijo: «En un país donde el único empleador es el estado, oponerse significa la muerte por inanición lenta: el viejo proverbio: quien no trabaja no comerá, ha sido reemplazado por uno nuevo: *quien no obedece no comerá*». (El énfasis ha sido añadido).

El socialismo total es necesariamente un sistema totalitario y ha sido implementado ampliamente —en la antigua Unión Soviética, en China, en Corea del Norte, en Cuba, y en otros lugares—. El socialismo total causó un holocausto moral espeluznantemente catastrófico, llevando a la exterminación de 100 millones de almas inocentes consideradas «enemigas del estado». ¿Pero cuáles han sido sus consecuencias económicas?

Un desastre absoluto. Millones de personas que no fueron asesinadas por los socialistas fueron condenados a indigencia incesante.

Tome a la Unión Soviética como un ejemplo principal. La filósofa Tara Smith nos informa: En los 1980, después de setenta años de socialismo, «solo un tercio de los hogares tenían agua corriente caliente. Todavía en 1989, la carne y la azúcar eran racionadas —en período de paz, [...] [y] una madre promedio recibiendo asistencia pública en Estados Unidos recibía más ingresos en un mes que lo que ganaba en un año un trabajador promedio en la Unión Soviética». Las escaseces eran constantes; en varios tiempos, era imposible encontrar jabón para platos, pasta de dientes, aspiradoras, o muchos otros productos —y en todo momento los zapatos eran notoriamente difíciles de obtener—. A pesar de una incalculable riqueza en recursos naturales —y ayuda masiva de parte de las naciones occidentales— la economía de la Unión Soviética farfulló y balbuceó durante siete décadas hasta el pésimo colapso final.

¿Qué tan masiva fue la ayuda occidental? Después de que los principios socialistas de Lenin llevaran a la quiebra la economía rusa, instituyó su Nueva Política Económica (NPE) en 1921. Esto implicó la revocación temporal de ciertos controles, permitiendo de nuevo la propiedad privada y con fines de lucro de pequeñas empresas de fabricación, y de ventas al por menor y al por mayor. (Sin embargo, los comunistas retuvieron el control de lo que Lenin llamó «los puestos de mando» de la economía, que incluyen la industria pesada, la minería, el transporte y el comercio exterior). Sobre los métodos socialistas fracasados, Lenin comentó: «Nuestro programa era correcto en teoría, pero impracticable».

Así que recurrió al capitalismo occidental para la salvación. Les ofreció a las firmas occidentales «concesiones» generosas a cambio de la industrialización rápida de la economía soviética. Empresas inglesas, alemanas, italianas, suecas, danesas y estadounidenses aceptaron, y se apresuraron a proveerle a la URSS aeródromos y ferrocarriles; oro, cobre y minas de hierro; refinerías petroleras; y mucho más.

Pero antes que la industria occidental pudiera reconstruir la economía soviética destruida, una hambruna letal golpeó al país, incitando al Occidente a organizar una masiva ayuda humanitaria. La cifra de la ayuda completa occidental están perdidas, pero se sabe que Estados Unidos donó 700 000 toneladas de alimentos.

El brillante ingeniero alemán Hugo Junkers diseñó aviones y factorías para los soviéticos; la empresa inglesa Lena Goldfields Ltd. creó una instalación de extracción de oro moderna cerca de Vitimsk; empresas alemanas, inglesas, italianas, suecas y noruegas, entre otros, contribuyeron a

la productividad en un sinnúmero de campos, inclusive en la agricultura, la producción de fresadoras, y la construcción de buques balleneros.

Pero los estadounidenses fueron principalmente responsables por la industrialización de la Unión Soviética —cual haya sido el grado en que esto ocurrió—. La Ford Motor Company le proveyó a los soviéticos diseños y planos de sus modelos; enviaron ingenieros de supervisión a Rusia; y entrenaron un personal soviético en la fábrica Ford en Dearborn, Michigan. Relacionado: la Austin Company de Nueva York y Ohio construyó las enormes factorías necesarias para el proyecto de la Ford en Gorki.

La empresa de Cleveland de Arthur Mackee suministró el equipamiento y la pericia para construir enormes acerías en Magnitogorsk. Durante el transcurso de este proyecto, los estadounidenses represaron el río Ural, construyeron altos hornos, proveyeron cursos de entrenamiento, y enviaron a Estados Unidos a los trabajadores soviéticos más prometedores para que recibieran entrenamiento avanzado.

El magnífico ingeniero John Calder de Detroit ayudó a construir y equipar fábricas de tractores, primero en Stalingrado y después en Cheliábinsk. Calder y su personal estadounidense levantaron una factoría moderna en Stalingrado capaz de producir 50 000 tractores al año, buscando alimentar a un país bendecido con tierras de cultivo fértiles pero afectadas por una agricultura retrógrada.

Pero el logro más importante del capitalismo estadounidense ocurrió durante el primer Plan Quinquenal: la construcción de la gigante instalación hidroeléctrica en Dnieprostroi. La presa y la central eléctrica en Dnieprostroi, las más grandes del mundo, se convirtieron en obras estrellas de la propaganda soviética, con el propósito de establecer la superioridad del socialismo. Su tamaño era colosal, su período de construcción batió récords, y su capacidad productiva era vasta. Todos estos hechos fueron transmitidos por los soviéticos. Solo hubo uno que no mencionaron: Fue construido por los estadounidenses.

El coronel Hugh Cooper, creador de la presa Wilson en Muscle Shoals, Tennessee, diseñó una presa de más de una milla de larga y 200 pies de altura para bloquear el río Dniéper. Cuando fue finalizada, la planta de Cooper generaba 2 500 000 kilovatios de energía, empequeñeciendo a su propia presa Wilson, la cual generaba 456 320 kilovatios. Dnieprostroi incrementó la potencia de salida eléctrica de la Unión Soviética.

Hay mucho más: de hecho, el mismo Stalin le admitió al visitante estadounidense Eric Johnston que «alrededor de dos tercios de todas las

grandes empresas industriales en URSS habían sido construidas con material o asistencia técnica estadounidenses», pero estos ejemplos son suficientes.

¿Cómo pagó la Unión Soviética por todo esto? Los comunistas saquearon y vendieron grandes obras de arte a museos extranjeros —y despojaron a la Iglesia ortodoxa de sus tesoros históricos (en el proceso asesinando a miles de sacerdotes, monjes y monjas). La GPU —la policía secreta— torturaba a cualquier ruso bajo sospecha de ser dueño de objetos de valor. Las personas con familiares en EE.UU. eran forzados a escribirles cartas rogándoles por dólares, los cuales, al llegar, eran confiscados por el estado. Como parte de su incesante lucha de clases, ejecutaron a millones por el crimen de ser «burgueses», y robaron cada artículo de propiedad hasta el último centavo.

Además, igual bajo Lenin y bajo Stalin, el régimen soviético infamemente seguía la política de «hambrear, pero exportar»: enviaba granos del campo de «tierras negras» ucraniano —la tierra productora de granos más fértil del mundo— al extranjero, y permitieron que millones de rusos murieran de hambruna. Nicolas Werth, en el profundamente importante *El libro negro del comunismo*, nos informa: «A pesar de la masiva ayuda humanitaria internacional, por lo menos cinco millones [...] de rusos [...] murieron de hambre en 1921 y 22». A menudo el gobierno simplemente violaba contratos y no les pagaba a sus benefactores en absoluto.

Lo mismo sucedió con el programa estadounidense de Préstamo y Arriendo de la Segunda Guerra Mundial. El historiador alemán Werner Keller escribe que, bajo esta política, «la inmensa potencia industrial de Estados Unidos fue puesta libremente a disposición de la Unión Soviética». Durante la guerra, una asombrosa cantidad de bienes fueron enviados a Rusia soviética: materia prima, factorías, herramientas, maquinaria, repuestos, ropa, tela, alimentos enlatados, harina, además de un vasto suministro de armamentos.

El Préstamo y Arriendo fue organizado como un préstamo sin intereses. Ni un centavo fue devuelto. Terminó siendo un regalo del capitalismo al socialismo, un regalo que valió 10 800 000 000, una suma mucha más grande considerando el mayor valor del dólar en los 1940. El presidente Roosevelt, quien una vez dijo que «Stalin no es un imperialista», abiertamente creía en darle al dictador soviético todo lo que pudiera sin pedir nada a cambio. Esto explica la laxitud estadounidense que le permitió a agentes soviéticos dedicarse al saqueo masivo en Estados Unidos. Tanto Keller como el historiador británico Antony Sutton documentan que, durante la Segunda Guerra Mundial y los años siguientes, Estados Unidos era un nido para los espías soviéticos. La administración de Roosevelt confiaba en sus aliados

soviéticos, y permitió a los agentes del Préstamo y Arriendo rusos el acceso virtualmente ilimitado a presenciar o estudiar inventos y secretos industriales estadounidenses. Los espías soviéticos se memorizaban, copiaban o se robaban los planos de los productos y métodos industriales estadounidenses. Los soviéticos se robaron en enormes cantidades: planos, inventos, maquinaria y materiales clasificados tales como uranio y agua pesada. Los agentes comunistas los empacaban en cajones enormes marcados «correo diplomático», y los enviaban desde la base aérea en Great Falls, Montana, un eslabón principal en el puente aéreo a Rusia. El ejército estadounidense proveyó los aviones en los cuales sus «aliados» soviéticos enviaron los bienes robados a Rusia.

Un análisis de los archivos soviéticos recientemente abiertos y la desclasificación en 1995 del ultra secreto proyecto Venona —la iniciativa de la Segunda Guerra Mundial por medio de la cual criptógrafos estadounidenses lograron descifrar el código soviético— validó con toda certeza la alarmante verdad: las administraciones de Roosevelt y de Truman estaban plagadas de los agentes de Stalin. Harry Dexter White, asistente secretario del Departamento del Tesoro, era un agente soviético. Alger Hiss, un funcionario de mayor posición en el Departamento de Estado y asesor de confianza del presidente Roosevelt en Yalta, era un agente soviético. Lauchlin Currie, asistente administrativo superior del presidente Roosevelt, era un agente soviético. Había cientos de otros, incluso muchos que no trabajaban directamente para el gobierno estadounidense.

El espionaje contra de Estados Unidos llevado a cabo por comunistas estadounidenses resultó en el robo de vitales secretos militares e industriales estadounidenses, llevando al inmenso fortalecimiento de la Unión Soviética. Esto incluyó, por supuesto, el infame robo de información de parte de Julius y Ethel Rosenberg que llevó a una bomba atómica soviética. Los soviéticos, aunque no muy buenos en la ciencia, tecnología o industria, eran expertos en el espionaje y el robo.

Que el comunismo es un sistema tan malévolo como el nacionalsocialismo está claro, pero no es el punto en este contexto. La cuestión fundamental aquí es: el desarrollo económico comunista dependió, en asombrosa medida, en los logros del capitalismo occidental. Fueron las empresas privadas de EE.UU. y de otras naciones libres que permitieron a Rusia soviética alcanzar cual haya sido el nivel de industrialización que alcanzó. Que las subsiguientes relaciones de la Guerra Fría entre Estados Unidos capitalista y Rusia socialista eran adversarias no se puede dudar; pero

lo que es revelador, aunque no sorprendente, es el grado en que su nexa no era uno de conflicto, sino que de dependencia abyecta.

En Cuba las condiciones eran difícilmente mejores. Decenas de miles de disidentes fueron fusilados; campos de concentración que coaccionan a los presos políticos al trabajo esclavizado persisten; las fronteras están serradas, por supuesto; y los que intentan fugarse son matados. Los resultados económicos de esta represión son predecibles. La comida es racionada perpetuamente. Es común que los huevos sean repartidos catorce por familia al mes —cuando los huevos abundan; dos barras de jabón por familia al mes —algunos meses; y nada de carne. El sistema médico de la nación tan cacareado es un desastre, pues hay una escasez crónica de hasta suministros básicos. Olvidemos las máquinas de resonancia magnética —el sistema no tiene medicinas básicas. Miguel Faria, un médico y desertor cubano, escribe: «Mucho de lo que los médicos están recetando a sus pacientes en Cuba hoy, si está disponible en lo más mínimo, está siendo enviado desde Miami a esas almas que son suficientemente afortunadas de tener familiares en EE.UU.». Los hospitales no tienen jabón, ropa de cama y toallas limpias, además de medicamentos, y los pacientes tienen que traerlos. En cuanto a la tecnología: con un total de 229 000 teléfonos para una población de once millones, Cuba posee uno de los sistemas telefónicos menos desarrollados del mundo. Hoy una apología común culpa a Estados Unidos por la pobreza abismal de Cuba, específicamente en el embargo comercial estadounidense. Pero el embargo siempre ha sido más afectación política que realidad; por una cosa, los estadounidenses subvencionaron a la Unión Soviética, quien subvencionó a Cuba; por otra, los dos países permiten remesas de cubanoamericanos, a los quienes Castro, desesperadamente, empezó a llamar «inmigrantes económicos» en vez de «traidores».

Más fundamentalmente, esta apología concede el punto económico central —pues Marx y sus herederos afirmaron que el socialismo produciría más que el capitalismo, pero los socialistas contemporáneos se quejan de que, sin el comercio o la ayuda de las naciones capitalistas, los países socialistas subsisten en la pobreza miserable. El nuevo mantra se reduce a la súplica que al socialismo se le sea permitido existir parasíticamente a través del capitalismo de otra forma más.

En cuanto a Corea del Norte, el sistema más consistentemente socialista del mundo, puede que sea racional concluir que «entre menos se diga, mejor», salvo que la humanidad debe saber lo que el socialismo implica para sus desafortunados ciudadanos. Tal conocimiento puede prevenir a otros pueblos

de compartir el destino de los norcoreanos, y, con el tiempo, puede asistir con el fin de ese régimen estalinista. Corea del Norte comunista tiene la mala fortuna de ser la dictadura más brutalmente opresiva en la tierra.

Cada aspecto de la vida humana —no solo el económico— ha sido nacionalizado; no existen individuos, solo números; ni entidades, solo no entidades a ser dispuestas por el estado, el cual ejecuta, tortura y esclaviza a hombres inocentes sin mayor remordimiento que cuando aplastan a un escarabajo. «Toda Corea del Norte es un gulag», le dijo un alto funcionario estadounidense a NBC News —pero para algunos, las condiciones son más horribles que para otras. Cientos de miles de inocentes —hombres, mujeres y niños pequeños— trabajan duro en los campos de trabajo forzado del régimen, algunos cuyas condiciones son suficientemente inhumanas para eliminar, anualmente, de veinte a veinticinco por ciento de la población del campo.

La magnitud de la represión y el terror es inimaginable en el Occidente —y en comparación, y no es para restarle importancia a aquellos horrores, hace a la antigua Unión Soviética lucir como Disneylandia. ¿Los resultados económicos? Estados Unidos y otras naciones suministraron enormes cantidades de alimentos —una cantidad que todavía es insuficiente para mantener las vidas de dos millones de seres humanos muertos allí de inanición.

Cuando solo mínima ayuda capitalista es disponible, los regímenes inmediatamente caen a niveles de vida preindustriales; con máxima ayuda, toman décadas.

¿Cuáles son las razones fundamentales por la inhabilidad del socialismo de crear hasta la subsistencia básica?

El sistema de planificación racional

Los intelectuales socialistas por mucho tiempo han publicitado al sistema como «una economía planificada», porque una agencia gubernamental planifica cada aspecto de la producción y distribución y es, por lo tanto, capaz de lograr una distribución de recursos «integrada».

Por ejemplo, los planificadores centrales tienen disponible información sobre el cuero, el hule y la lona; ellos saben la capacidad y el horario de producción de las factorías; están al tanto de la población de la sociedad, el desglose de los géneros, la clasificación por edades, y lo que necesitan de ropa.

Ellos, por consiguiente, son capaces de armonizar los recursos con la necesidad humana y producir la cantidad justa de zapatos —ni más ni menos— que necesita la sociedad. No hay producción insuficiente —ni niños descalzos—; no hay sobreproducción —ni preciosos recursos eliminados de la fabricación de otros bienes vitales.

Según estos mismos teóricos, esta concordancia productiva es inalcanzable bajo el capitalismo. Debido a que carece de una autoridad central de planificación, cada empresario planea su propia producción, sin coordinación con la de cualquier otro. Sabe o controla solo la materia prima, el horario de producción y las preferencias de los clientes de su propia empresa —no la de sus rivales— llevando a una competencia por mercados remunerativos, y a servir insuficientemente a aquellos menos lucrativos, un «caos de producción» que puede beneficiar a las empresas ricas y su clientela pudiente pero no a la sociedad en su totalidad.

Los planificadores centrales formulan una visión integral para beneficiar a la sociedad. Los empresarios privados idean un plan estrecho para beneficiar a sus empresas. Los planificadores gubernamentales se elevan a alturas donde logran vistas amplias, mientras que los empresarios privados se retuercen en el lodo; los planificadores de gran escala obtienen vista de águila; los empresarios privados sufren de vista de gusano. La teoría socialista ofrece una visión placentera de conocimientos amplios y de prosperidad planificada centralmente.

La realidad destroza los delirios. En el mundo real, los zapatos de cada tamaño, estilo y color son abundantes bajo el capitalismo; y virtualmente imposibles de procurar bajo el socialismo. En la práctica real, el capitalismo es una cornucopia: un cuerno de la abundancia— de cada producto concebible; el socialismo, un cuerno de escasez; en poco tiempo, un cuerno de hambruna; inevitablemente, un cuerno roto.

¿Cuál es el error económico fundamental de la teoría socialista? La planificación racional es absolutamente necesaria para el éxito de una economía. *Pero es posible solo bajo el capitalismo —definitivamente inalcanzable bajo el socialismo.*

En un sistema capitalista, la planificación económica toma lugar todo el día, todos los días, y en formas espectacularmente diversas. Ocurre cuando un empresario planea expandir su capacidad productiva, reducirla o permanecer contento; cuando planea contratar empleados adicionales o despedir a miembros de su fuerza laboral actual; cuando planea mudar su fábrica o permanecer en su local actual. La planificación racional toma lugar cuando un

individuo idea un presupuesto, calcula gastos, y planea ahorros e inversiones —y hasta cuando elige comprar un nuevo abrigo o pasar un invierno más con uno viejo. La planificación ocurre cuando un trabajador decide buscar un nuevo empleo o retener el que tiene; cuando escoge trasladarse o permanecer en su distrito actual; cuando planea mejorar sus habilidades o mantenerse firme en las que ya tiene.

La planificación ocurre, en un país libre, en cada pequeña ocasión en la que un individuo calcula cualquier aspecto de su existencia económica —su carrera o trabajo, sus ahorros o inversiones, su residencia, sus gastos, su negocio, etcétera—. Los seres humanos llevan a cabo planificación racional en cada ocasión —sin excepción— en la cual piensan sobre actos que los benefician como vendedores o compradores. La «planificación», en este contexto, significa el pensamiento racional sobre el logro de valores económicos. En ese aspecto, el capitalismo goza de ventajas inmensas e insuperables sobre el socialismo.

Primero: En la pura cantidad de potencia mental de la cual se hace uso, el socialismo limita la planificación a unos cuantos (o unos cuantos miles) economistas/burócratas en la Junta de Planificadores Económicos; a todos los demás se les planifica; varios miles de «planificadores» planifican para decenas de millones; las decenas de millones —incluso doctores, investigadores, abogados, granjeros, trabajadores, empresarios potenciales, entre otros, con todos sus conocimientos adquiridos y pericia especializada— son excluidos del proceso de planificación, sus mentes obligadas a permanecer inoperantemente latentes en cuanto al campo económico.

Pero el capitalismo desata toda esta capacidad mental latentemente productiva; libera una incalculable cantidad de inteligencia humana para planificar los logros de valores económicos. *Veinte millones de mentes ahora se enfocan en las cuestiones de la producción económica —no veinte mil.* La creatividad es maximizada de esta forma; las nuevas ideas florecen; la inventiva y la originalidad son promovidas; y la humanidad avanza.

El eminente economista estadounidense Julian Simon argumenta famosamente que la inteligencia humana —no el hierro, el carbón o las tierras fértiles, etcétera— es «el mayor recurso», y que el crecimiento de la población, lejos de ser un problema, es un beneficio, pues incrementa el número de mentes racionales para resolver los dilemas de la existencia humana. «Vemos que el sistema de recursos es tan ilimitado como el número de pensamientos que una persona pueda tener».

Segundo: Un punto relacionado es que el capitalismo supera enormemente al socialismo no solo en la cantidad de mentes involucradas en la planificación económica —sino que en la calidad de esas mentes—. El socialismo completo es un sistema totalitario, como fue dicho. Sus líderes políticos inevitablemente son hombres tales como Stalin, Mao y Castro. *La naturaleza del sistema atrae al liderazgo a aquellos que buscan el máximo poder, no la máxima producción.* Las mentes activas son una amenaza para estos hombres y son reconocidas como tal; en muchas formas, son censurados, silenciados y suprimidos —y la economía se derrumba o nunca crece a un nivel que haga posible el derrumbe.

Bajo el capitalismo, sin embargo, ni Edison ni Bell ni los hermanos Wright ni Carver ni Carnegie, y otros, necesitan permiso de las autoridades políticas o de la Junta de Planificación Central para involucrarse en el pensamiento creativo; planifican la disponibilidad de su propio tiempo y sus propios recursos —y son libres de buscar a potenciales patrocinadores, inversionistas y clientes, quienes planifican independientemente la disposición de sus recursos financieros.

La amarga verdad es que bajo el socialismo la planificación es llevada a cabo por los políticos estatistas y sus designados burocráticos, es decir, por los ambicionan al poder y sus lacayos, no por inversionistas, innovadores y empresarios, es decir, hombres de habilidad productiva. Económicamente, el socialismo contra el capitalismo se reduce a los Stalins y los Castros contra los Edisons y los Carnegies. En cuanto a la planificación y la producción, no hay punto de comparación.

Tercero: El propósito de la producción es el consumo —utilizar valores, disfrutar de la vida—. ¿Quién sabe mejor cuáles valores específicos engendran la realización individual —el individuo mismo o los Planificadores Centrales—? ¿Pueden veinte millones de individuos, cada uno evaluando por sí solo, discernir mejor sus propios valores y planificar de acuerdo a ellos? ¿O pueden los Planificadores Centrales en la capital de la nación —que no conocen ni pueden conocer a una fracción de los ciudadanos y sus aspiraciones— más fructíferamente planificar las vidas económicas? Una formulación exacta de la pregunta hace evidente su propia respuesta.

Los valores son personales —el significado de la vida de cada hombre— y el máximo logro de ellos hace necesaria la libertad individual para pensar, planificar y actuar para buscarlos.

Cuarto: El sistema de precios existe solo en un sistema capitalista, no en uno socialista; su presencia acelera la planificación económica, su ausencia la

erradica. El sistema de precios de un mercado libre, y la tarea crítica que lleva a cabo en los cálculos económicos, es una cuestión compleja, en gran parte más allá del ámbito de este libro. Aquí, podemos enfocarnos en un aspecto: el papel que juega en facilitar el logro de valores.

Reduzca la cuestión a sus términos más simples. Por ejemplo, los precios indican, entre otros puntos, la demanda de un producto por el consumidor. Los clientes demuestran sus preferencias de valores en el mercado diariamente por medio de su voluntad de utilizar más de sus ingresos por un producto que por otro. La mayor demanda por X que por Y, reflejado en su más alto precio, le dice a los productores que —en igualdad de otras circunstancias— la producción de X es más lucrativo que la producción de Y. En búsqueda de máximas ganancias, ellos entonces proceden a expandir la producción de X —y los clientes se benefician por el incremento en el suministro de un producto valorado.

Por el contrario, ¿cómo podrían saber los planificadores centrales gubernamentales cuál producto es más valorado por millones de clientes? En ausencia de un mercado libre repleto de millones de compradores y vendedores, cuyas preferencias egoístas están incesantemente reflejadas en los precios, ¿cómo pudieran los planificadores centrales saber de las cambiantes y turbulentas predilecciones de valores de un sinnúmero de individuos?

La respuesta concisa, simple y brutalmente exacta es: no pudieran.

Cierto que requiere una enorme extensión de la imaginación creer que a los dictadores socialistas les importa la realización de valores y felicidad personal de los ciudadanos individuales. Pero si, en una fantástica disquisición teórica se pudiera concebir que un individuo benévolo dominara absolutamente —en vez de un asesino en masa—, ¿cómo pudieran él y sus asesores económicos obtener la información específica necesaria para facilitar el logro de valores de sus súbditos?

Extirpando la Junta de Planificación Central, liberando el mercado, y así impulsando a millones a planificar por sí mismos.

Que la planificación racional es posible solo bajo el capitalismo, imposible bajo el socialismo completo, es un específico instante económico de dos principios filosóficos más amplios y relacionados: la mente es el instrumento de supervivencia del hombre, y la función completa de la mente implica el reconocimiento de los derechos individuales.

Pero los estados del bienestar de economías mixtas del mundo occidental moderno no son completamente socialistas ni completamente capitalistas.

¿Cómo se evalúa su desempeño económico —cuando se compara con un sistema en el cual los derechos individuales son completamente protegidos?

Capítulo séptimo

El capitalismo como único sistema de virtud moral

El capitalismo es el sistema de creación de valores ingente. Previamente se habló de su inmensa producción de riqueza material y la consiguiente elevación del ingreso real en todos los estratos sociales.

El florecimiento de la literatura en las naciones libres, la publicación de libros originales sobre todos los temas desde la antropología hasta la zoología, la composición y grabación de toda forma concebible de música desde la ópera hasta el rap y el rock, el florecimiento de los departamentos de filosofía en mil universidades: todas de las formas variadas de la riqueza material y espiritual creada bajo el capitalismo, ha sido apenas tocada brevemente, pero es evidente en hasta la observación casual de la cultura del Mundo Libre. Cada aspecto de la existencia humana desde la pura supervivencia física, hasta la floreciente abundancia material y la plenitud intelectual y cultural depende de la creación de valores.

La medida del valor moral de sistema social es su habilidad —o falta de ella— de promover la creación de valores. El sistema de los derechos individuales es supremo- y superlativamente solo en este muy importante hecho. ¿Por qué? La respuesta implica dos puntos centrales y relacionados: el egoísmo y la racionalidad.

El derecho de un individuo a crear y disponer de valores debe ser protegido por la ley. Esta es la función liberadora y vivificante que sirve el principio de los derechos individuales.

Los derechos individuales protegen la libertad de un hombre de vivir y actuar egoístamente. Bajo esta categoría legal, él está libre de crear valores, de disponer de ellos como quiera y de buscar su propia felicidad.

El principio de los derechos individuales inalienables legalmente desata toda la potencia latente en la necesidad del hombre de obtener valores. Los derechos individuales son la aplicación lógica de un código moral egoísta y basado en valores a la filosofía política y la práctica.

Por el contrario, bajo el socialismo o el estatismo en cualquiera de sus muchas iteraciones, la rectitud moral reside, de forma preeminente, en el

servicio desinteresado al estado; el egoísmo es eliminado, a menudo despiadadamente; y se les prohíbe a los hombres —completa- o parcialmente — buscar valores. Los estados del bienestar de economías mixtas son una mezcla de logro de valores y de sacrificio de valores; los estados totalitarios, apropiadamente nombrados, personifican el sacrificio total. Además, al liberar a los hombres a buscar la supervivencia, el mismo principio los libera a utilizar su instrumento de supervivencia en apoyo a esa búsqueda. Son libres de dedicar sus mentes a la misión de crear valores.

Los resultados, en acción, del egoísmo racional operando bajo condiciones de libertad política y económica han sido brevemente descritos en este libro. Concluir que han sido espectacularmente vivificantes, especialmente en marcado contraste a la brutalidad y destitución abarcadoras de los sistemas pre- y no capitalistas es una débil subestimación.

Los derechos individuales son una necesidad social no negociable de la realización de valores y consiguientemente de la vida humana. Debido a que el capitalismo es el único sistema que los sostiene y los protege, es el único sistema superlativamente capaz de promover la vida.

No es un accidente histórico que los niveles y esperanza de vida incrementaron espectacularmente en un breve periodo de dos siglos en las naciones en las cuales los derechos individuales obtuvieron prevalencia. El capitalismo es, en las palabras de Ayn Rand, el único sistema social completamente congruente con la naturaleza humana y los requisitos de la supervivencia del hombre. El capitalismo, en pocas palabras, es el sistema de la vida, el sistema de la vida humana, el sistema necesario para avanzar la vida de un animal racional.

La virtud consiste en elegir acciones que sostengan la vida humana: el capitalismo es el único sistema que protege y premia el derecho de los hombres a las elecciones que promueven la vida; por lo tanto, el capitalismo es el sistema de la virtud moral.

Ha sido demostrado que el egoísmo, propiamente concebido, es el fundamento moral necesario para promover la bondad humana. Observe una consecuencia específica de esta amplia verdad: el florecimiento sin precedente de la caridad voluntaria en Estados Unidos, la nación más capitalista de la historia.

¿Cómo se manifiesta esta caridad? En 2005, por ejemplo, la filantropía privada como un porcentaje del producto interno bruto (PIB) mostró a Estados Unidos en la parte superior de la lista con una cifra de 1.67 por ciento, más que el doble del porcentaje de la nación en segundo lugar, Gran

Bretaña. En palabras sencillas, esto significa que los ciudadanos en Estados Unidos dieron a la caridad más que el doble de la cantidad de dinero, medida en términos de porcentaje de ingresos, que cualquier otra ciudadanía privada en el mundo.

Los ciudadanos estadounidenses, por ejemplo, donaron 1.78 mil millones de dólares en ayuda para aliviar la devastación de un tsunami en el sur de Asia y 78 millones de dólares en ayuda cuando un terrible terremoto golpeó a Paquistán. La organización benéfica AmeriCares, la cual recibe donaciones filantrópicas de ciudadanos estadounidenses individuales y por corporaciones, desde su fundarse en 1982, ha proveído un estimado de 3.4 mil millones de dólares en más de 137 países. Más allá que esto, tales organizaciones como la Cruz Roja Americana, Hábitat para la Humanidad, la Sociedad Americana contra el Cáncer, y numerosas otras, florecen en Estados Unidos.

Quizás lo más sorprendente visto en el contexto completo de la historia sea los miles de millones de dólares gastados por Estados Unidos para reconstruir a Alemania y a Japón después de la Segunda Guerra Mundial. ¿Hay otro instante en la historia mundial en el cual un país victorioso gastó una vasta fortuna para reconstruir a los enemigos vencidos que lo habían atacado? El autor no sabe de ninguno. Estos eventos inspiraron una novela cómica y una subsiguiente película titulada *El rugido del ratón*, en la cual una nación subdesarrollada y en bancarrota planea invadir a Estados Unidos, esperando una derrota aplastante y la subsiguiente generosidad estadounidense.

Una razón por esta generosidad es que la creación colosal de riqueza vivificante en Estados Unidos *es en sí un fenómeno estupendamente beneficioso* —y, como consecuencia, les da a los estadounidenses trabajadores los medios económicos para la filantropía.

Pero el más profundo y olvidado factor causal es que el código egoísta, integrado en la misma esencia del capitalismo, ha fortalecido moralmente a los estadounidenses a ser las personas más magnánimas y generosas de la historia.

Los críticos del capitalismo se oponen a él principalmente por razones morales, no económicas; por razón de un código de autosacrificio profundamente equivocado, que inevitablemente los ciega a las muchas y manifiestas virtudes del capitalismo. La gran batalla por el capitalismo es, siempre ha sido y seguirá siendo una de principios morales fundamentales.

Sin embargo, el argumento económico por el capitalismo no podría ser más fuerte, especialmente hoy en día; y ese argumento el cual necesariamente

debe ser planteado para cada generación, para que no olvidemos los beneficios prácticos de la libertad compone la sección final de este pequeño volumen.

Tercera parte
La superioridad económica del capitalismo

Capítulo octavo

El fracaso del socialismo

El capitalismo es el sistema de creación de valores ingente. Previamente se habló de su inmensa producción de riqueza material y la consiguiente elevación del ingreso real en todos los estratos sociales.

El florecimiento de la literatura en las naciones libres, la publicación de libros originales sobre todos los temas desde la antropología hasta la zoología, la composición y grabación de toda forma concebible de música desde la ópera hasta el rap y el rock, el florecimiento de los departamentos de filosofía en mil universidades: todas de las formas variadas de la riqueza material y espiritual creada bajo el capitalismo, ha sido apenas tocada brevemente, pero es evidente en hasta la observación casual de la cultura del Mundo Libre. Cada aspecto de la existencia humana desde la pura supervivencia física, hasta la floreciente abundancia material y la plenitud intelectual y cultural depende de la creación de valores.

La medida del valor moral de sistema social es su habilidad —o falta de ella— de promover la creación de valores. El sistema de los derechos individuales es supremo- y superlativamente solo en este muy importante hecho. ¿Por qué? La respuesta implica dos puntos centrales y relacionados: el egoísmo y la racionalidad.

El derecho de un individuo a crear y disponer de valores debe ser protegido por la ley. Esta es la función liberadora y vivificante que sirve el principio de los derechos individuales.

Los derechos individuales protegen la libertad de un hombre de vivir y actuar egoístamente. Bajo esta categoría legal, él está libre de crear valores, de disponer de ellos como quiera y de buscar su propia felicidad.

El principio de los derechos individuales inalienables legalmente desata toda la potencia latente en la necesidad del hombre de obtener valores. Los derechos individuales son la aplicación lógica de un código moral egoísta y basado en valores a la filosofía política y la práctica.

Por el contrario, bajo el socialismo o el estatismo en cualquiera de sus muchas iteraciones, la rectitud moral reside, de forma preeminente, en el

servicio desinteresado al estado; el egoísmo es eliminado, a menudo despiadadamente; y se les prohíbe a los hombres —completa- o parcialmente — buscar valores. Los estados del bienestar de economías mixtas son una mezcla de logro de valores y de sacrificio de valores; los estados totalitarios, apropiadamente nombrados, personifican el sacrificio total. Además, al liberar a los hombres a buscar la supervivencia, el mismo principio los libera a utilizar su instrumento de supervivencia en apoyo a esa búsqueda. Son libres de dedicar sus mentes a la misión de crear valores.

Los resultados, en acción, del egoísmo racional operando bajo condiciones de libertad política y económica han sido brevemente descritos en este libro. Concluir que han sido espectacularmente vivificantes, especialmente en marcado contraste a la brutalidad y destitución abarcadoras de los sistemas pre- y no capitalistas es una débil subestimación.

Los derechos individuales son una necesidad social no negociable de la realización de valores y consiguientemente de la vida humana. Debido a que el capitalismo es el único sistema que los sostiene y los protege, es el único sistema superlativamente capaz de promover la vida.

No es un accidente histórico que los niveles y esperanza de vida incrementaron espectacularmente en un breve periodo de dos siglos en las naciones en las cuales los derechos individuales obtuvieron prevalencia. El capitalismo es, en las palabras de Ayn Rand, el único sistema social completamente congruente con la naturaleza humana y los requisitos de la supervivencia del hombre. El capitalismo, en pocas palabras, es el sistema de la vida, el sistema de la vida humana, el sistema necesario para avanzar la vida de un animal racional.

La virtud consiste en elegir acciones que sostengan la vida humana: el capitalismo es el único sistema que protege y premia el derecho de los hombres a las elecciones que promueven la vida; por lo tanto, el capitalismo es el sistema de la virtud moral.

Ha sido demostrado que el egoísmo, propiamente concebido, es el fundamento moral necesario para promover la bondad humana. Observe una consecuencia específica de esta amplia verdad: el florecimiento sin precedente de la caridad voluntaria en Estados Unidos, la nación más capitalista de la historia.

¿Cómo se manifiesta esta caridad? En 2005, por ejemplo, la filantropía privada como un porcentaje del producto interno bruto (PIB) mostró a Estados Unidos en la parte superior de la lista con una cifra de 1.67 por ciento, más que el doble del porcentaje de la nación en segundo lugar, Gran

Bretaña. En palabras sencillas, esto significa que los ciudadanos en Estados Unidos dieron a la caridad más que el doble de la cantidad de dinero, medida en términos de porcentaje de ingresos, que cualquier otra ciudadanía privada en el mundo.

Los ciudadanos estadounidenses, por ejemplo, donaron 1.78 mil millones de dólares en ayuda para aliviar la devastación de un tsunami en el sur de Asia y 78 millones de dólares en ayuda cuando un terrible terremoto golpeó a Paquistán. La organización benéfica AmeriCares, la cual recibe donaciones filantrópicas de ciudadanos estadounidenses individuales y por corporaciones, desde su fundarse en 1982, ha proveído un estimado de 3.4 mil millones de dólares en más de 137 países. Más allá que esto, tales organizaciones como la Cruz Roja Americana, Hábitat para la Humanidad, la Sociedad Americana contra el Cáncer, y numerosas otras, florecen en Estados Unidos.

Quizás lo más sorprendente visto en el contexto completo de la historia sea los miles de millones de dólares gastados por Estados Unidos para reconstruir a Alemania y a Japón después de la Segunda Guerra Mundial. ¿Hay otro instante en la historia mundial en el cual un país victorioso gastó una vasta fortuna para reconstruir a los enemigos vencidos que lo habían atacado? El autor no sabe de ninguno. Estos eventos inspiraron una novela cómica y una subsiguiente película titulada *El rugido del ratón*, en la cual una nación subdesarrollada y en bancarrota planea invadir a Estados Unidos, esperando una derrota aplastante y la subsiguiente generosidad estadounidense.

Una razón por esta generosidad es que la creación colosal de riqueza vivificante en Estados Unidos *es en sí un fenómeno estupendamente beneficioso* —y, como consecuencia, les da a los estadounidenses trabajadores los medios económicos para la filantropía.

Pero el más profundo y olvidado factor causal es que el código egoísta, integrado en la misma esencia del capitalismo, ha fortalecido moralmente a los estadounidenses a ser las personas más magnánimas y generosas de la historia.

Los críticos del capitalismo se oponen a él principalmente por razones morales, no económicas; por razón de un código de autosacrificio profundamente equivocado, que inevitablemente los ciega a las muchas y manifiestas virtudes del capitalismo. La gran batalla por el capitalismo es, siempre ha sido y seguirá siendo una de principios morales fundamentales.

Sin embargo, el argumento económico por el capitalismo no podría ser más fuerte, especialmente hoy en día; y ese argumento el cual necesariamente

debe ser planteado para cada generación, para que no olvidemos los beneficios prácticos de la libertad compone la sección final de este pequeño volumen.

Capítulo noveno

El fracaso de una economía mixta

Una economía mixta combina elementos capitalistas con unos socialistas; significando que combina la protección de los derechos individuales con la abrogación de ellos. El análisis del Periodo Inventivo demostró los resultados del capitalismo virtualmente libre; el análisis del socialismo completo demostró sus resultados. Una economía mixta es un fárrago de elementos opuestos: el componente de libertad llevando a la prosperidad, el elemento estatista reduciéndola.

Cada mal de una economía mixta: monopolios, inflación, depresión, etcétera— es causado por el elemento estatista de la mezcla, y es imposible bajo el *laissez-faire*. Pueden ser examinados uno a la vez.

Los monopolios coercitivos

Los intelectuales anticapitalistas sostienen que, en un mercado libre, no regulado por el gobierno, empresarios despiadados forjan vastos imperios, suprimen la competencia, y cobran precios altos arbitrariamente. Pero, sin embargo, la verdad es que esta afirmación es históricamente errónea y económicamente inválida; de hecho, está exactamente invertida: tales monopolios resultan únicamente por medio de la regulación gubernamental del mercado, y son imposibles en su ausencia.

Tome como un ejemplo principal la infame Central Pacific Railroad, la cual virtualmente controló California por la mayor parte de tres décadas: el rapaz «Pulpo» de la famosa novela de Frank Norris. Este ferrocarril, construido y dirigido por los «Cuatro Grandes» de Leland Stanford, Collis Huntington, Charles Crocker y Mark Hopkins, era culpable de cada práctica abusiva de la cual los monopolios son popularmente acusados. Sus líderes sobornaban a legisladores, suprimieron la competencia y cobraban tarifas ruinosas. Desde mediados de los 1870 hasta el cambio del siglo, su insaciable apetito devoraba enormes porcentajes de ganancias cosechadas por los

productores de California. ¿Cómo obtuvo el ferrocarril el poder de perpetrar tales prácticas inescrupulosas? Por medio del poder del apoyo gubernamental.

La legislatura estatal de California le cedió al ferrocarril un monopolio legal en el estado, coercitivamente prohibiéndole la entrada a competidores.

Por ejemplo, la legislatura le confirió al ferrocarril el control de las áreas costeras que rodean la bahía de San Francisco, prohibiéndoles a otros ferrocarriles acceso al puerto. Durante el periodo de treinta años de la hegemonía de Central Pacific, la acción legislativa venció varios intentos de parte de empresarios privados de abrir líneas competidoras.

Ninguno de los abusos pudo haber ocurrido en la ausencia del estatus de monopolio legal concedido por el estado. El control estatal de la industria ferroviaria fue un factor decisivo responsable por las injusticias. Ayn Rand nos recuerda: «¿Qué lo hizo posible? Fue hecho a través del poder de la legislatura de California. Los Cuatro Grandes controlaban la legislatura y mantuvieron al estado cerrado para los competidores por medio de restricciones legales...».

Burton Folsom proporciona detalles adicionales: «Stanford, quien fue elegido gobernador y senador de EE.UU., controlaba la política para los Cuatro Grandes y le impidió a cualquier ferrocarril competidor la entrada a California».

Si a los organismos gubernamentales se les prohíbe constitucionalmente la intervención económica, si se les relega por ley solo a la protección de los derechos individuales —enfáticamente incluyendo la prohibición y castigo de todos los instantes de iniciación de la fuerza o del fraude— entonces los empresarios corruptos no podrían comprar favores políticos, y no podrían impedirles legalmente a rivales honestos la entrada a sus respectivos campos.

Ha sido señalado, tanto por los críticos del capitalismo como por sus partidarios, que los organismos regulatorios gubernamentales caen bajo el control de las empresas a las cuales ostensiblemente regulan —en perjuicio a la competencia—. De hecho, el poder de suprimir legalmente a la competencia es la razón por la que las grandes empresas a menudo apoyan la regulación y la legislación que la engendra.

La lógica confundida de una economía mixta inevitablemente da ventaja a las ya exitosas y arraigadas empresas a expensas de empresas nuevas. Teóricamente, los organismos regulatorios son establecidos para servir el «beneficio del pueblo» —de cualquier forma, en que este término maleablemente elástico sea definido—. En un sinnúmero de maneras una empresa dice servir dicho «beneficio del pueblo». Los ejecutivos de las

compañías señalan que sus empresas emplean a miles de trabajadores, sirven a millones de clientes, etcétera, y lo han hecho durante décadas. Además, las empresas ya establecidas contribuyen a muchas nobles causas (incluso contribuciones a las campañas de los funcionarios electos que designan a los reguladores). Por consiguiente, restringir los negocios de una empresa es debilitar es mismo «beneficio público» que los burócratas buscan preservar.

En la naturaleza de las cosas, las empresas emprendedoras, apenas comenzando, todavía tienen que obtener millones de clientes, contratar miles de trabajadores, acumular suficiente fortuna para donar obsequiosamente a la caridad (o a políticos poderosos), etcétera. Ellos están inherentemente en desventaja negociando con los reguladores e influyendo la política gubernamental.

Bajo el *laissez-faire*, los emprendedores innovadores solo tienen que convencer a los clientes que tienen un producto superior —y aunque eso generalmente toma tiempo, a menudo han logrado hacerlo—. Pero si la economía es controlada, los intereses arraigados de un canal, por ejemplo, pueden convencer a un regulador que les ceda el estatus de monopolio en la industria de envíos marítimos, prohibiendo legalmente a los germinantes ferrocarriles. Las empresas de luz de gas pueden hacer lo mismo, que resultaría en una prohibición legal de la naciente luz eléctrica. Los carroceros y los herreros pueden promover una política idéntica en la infancia del automóvil, etcétera. La lógica de la regulación milita en contra de la innovación y el espíritu emprendedor a favor de un estatus legal preferencial para las ya arraigadas empresas que buscan evitar la necesidad de competir.

Si el gobierno del estado de California no le hubiera concedido al ferrocarril el estatus de monopolio legal, entonces otros emprendedores hubieran podido haber entrado en ese campo (y lo hubieran hecho). La competencia que resulta hubiera impedido a la Central Pacific cobrar tarifas arbitrariamente altas. La competencia abierta de un mercado libre hubiera evitado el daño hacia los granjeros y las fletadoras. La regulación gubernamental no era el remedio para los abusos de los Cuatro Grandes; fue la causa posibilitadora. El *laissez-faire* no fue el problema; fue la solución liberadora.

Este punto fue ilustrado cuando Edward H. Harriman se quedó a cargo de la Union Pacific, el «gemelo siamés» de la Central Pacific, la cual, construida con subsidios gubernamentales y cesiones de terreno, sufrió de construcción descuidada y de una gerencia corrupta, cayendo inevitablemente en la bancarrota. Harriman renovó la línea cuidadosamente, y, de un estatus de

monopolio legal, no tuvo otra opción que competir. Sin ningún poder para cobrar tarifas arbitrariamente altas, Harriman hizo lo que un buen empresario que trabaja en un mercado competitivo hace: dirigió su operación con eficiencia inigualable. En una década duplicó el tonelaje de carga enviada por milla de vía —y redujo las tarifas de quince a diecisiete por ciento. Acumuló una fortuna por medio de un enorme esfuerzo productivo, no por medio de invocar la coerción gubernamental.

Aquellos lectores familiarizados con *La rebelión de Atlas* reconocen a los empresarios predadores de una economía mixta —James Taggart y Orren Boyle en la novela— que buscan ganancia no por medio de la productividad en un mercado competitivo, sino que por medio de ganarse el favor de los políticos poderosos que aprueban leyes para suprimen a los competidores. La película de 1988 de Francis Ford Coppola *Tucker*, libremente basada en la vida del empresario automotor Preston Tucker, también provee un ejemplo vívidamente artístico. En esta historia, las innovaciones de Tucker eran financieramente amenazantes para los arraigados fabricantes automotrices de Detroit, quienes presionaron a un poderoso senador de Michigan a introducir legislación restrictiva.

En la vida real, un monopolio coercitivo es uno que puede cobrar prácticamente cualquier precio que desee, sin considerar el interés o la valoración de sus clientes. El economista de negocios Alan Greenspan, años antes de que se convirtiera en el presidente de la Reserva Federal, definió tal monopolio como «una empresa que puede poner sus precios y política de producción independientemente del mercado, con inmunidad de la competencia, de la ley de la oferta y la demanda». Ninguna empresa en un mercado libre puede hacer esto. Bajo el capitalismo, cada empresa, a pesar de su riqueza o popularidad, debe competir en el mercado con un sinnúmero de rivales.

En una sociedad libre, una empresa compite tanto con contendientes en su campo —como con empresas que manufacturan un producto sustituible por el suyo. La empresa The Coca-Cola Company, por ejemplo, popular y rica tal como está, debe competir diariamente no tan solo con la Pepsi y la RC Cola, sino que también con docenas de refrescos de diversos sabores de gaseosas, té helado, café helado, limonada, agua carbonatada, etc., que sirven como alternativas viables. Los clientes sedientos, en búsqueda de una bebida sin alcohol, se encuentran con muchas opciones. Diariamente, la Coca-Cola debe de ganarse nuevos clientes y de ganarse a los anteriores. La única manera de

lograrlo es proveyéndole a los clientes los productos asequibles que ellos prefieren.

La competencia abierta en un mercado libre excluye la posibilidad de tales monopolios coercitivos como la Central Pacific Railroad. Otra vez Greenspan: «El prerrequisito necesario de un monopolio coercitivo es la entrada cerrada —prohibir a todos los productores competidores de un campo determinado—. Esto puede lograrse solo por medio de un acto de intervención gubernamental, en la forma de regulaciones especiales, subsidios o franquicia».

Desafortunadamente, muchos capitalistas buscan intervención como un medio de suprimir legalmente la competencia —así socavando al capitalismo—. Esto es una manifestación de una economía mixta —una suficientemente libre como para que existan las empresas privadas, pero suficientemente no libre como para permitir la coerción iniciada por el gobierno —y sería propiamente obviada por una política de *laissez-faire*.

Cuando es aprobada legislación que no refrena coercitivamente a criminales, entonces refrena a hombres honestos. Si las leyes no castigan la iniciación de la fuerza o el fraude, entonces castigan las actividades legítimas —a menudo productivas—. Si las leyes no sirven una función racional, sirven una irracional.

Cualquiera y todos los instantes del inicio de la fuerza o el fraude por empresarios puede y debe ser prohibido por la ley y castigado severamente por el sistema criminal. Pero es evidentemente injusto y económicamente infructuoso limitar legalmente las actividades de los hombres honestos. Más allá de la indispensablemente vital protección de los derechos individuales por el sistema de justicia criminal y civil, el gobierno no juega ningún papel en una economía.

El sindicalismo coercitivo y el desempleo

La única forma de monopolio coercitivo favorecida por los anticapitalistas es: los sindicatos. Los sindicatos buscan, y por medio de la coerción gubernamental obtienen, control monopolístico sobre el suministro laboral de una industria. Esta situación puede entenderse mejor por contraste con el mercado laboral bajo el capitalismo libre. Bajo el *laissez-faire*, un empleador es libre de contratar a cualquier trabajador, sindicalizado o no, que esté dispuesto a trabajar por el salario que él, el empleador, proponga —y todos los trabajadores, no solo aquellos que pertenecen a sindicatos, son libres de

aceptar o rechazar su oferta. Donde prevalece la libertad, los salarios monetarios son establecidos por la práctica de la oferta y la demanda, por la competencia entre empleadores por trabajadores y entre trabajadores por empleos.

Pero en la economía mixta estadounidense, legislaciones congresuales tales como la Ley Nacional de Relaciones Laborales (1935) y otras, y una sucesión de decisiones de la Corte Suprema, a menudo obligó a los empleadores a reconocer y negociar con los sindicatos —y forzó a los trabajadores a aceptar al sindicato como su único agente de negociación.

Más importante: Milton Friedman señala que las agencias del orden público y el sistema judicial a menudo «toleran conducta en el transcurso de conflictos laborales que nunca tolerarían bajo otras circunstancias». En la historia estadounidense, hay un sinnúmero de casos en los cuales los miembros de sindicatos iniciaron violencia abominable en contra de los trabajadores suficientemente independientes como para cruzar piquetes durante las huelgas —«rompehuelgas» en la nomenclatura no objetiva de los sindicatos— y sufrieron poco o ningún castigo por sus crímenes. Sylvester Petro nos recuerda que representativo de tales casos fue la huelga Kohler en Wisconsin en 1954 —en la cual «los empleados que intentaban ingresar a la factoría eran apuñeados, les daban rodillazos en la ingle, pateados, empujados y amenazados».

Friedman dice: «Es casi imposible obtener protección en contra de grandes piquetes, que es inherentemente intimidante». Ni tampoco es raro durante huelgas que los trabajadores independientes sean asesinados por violencia sindical. En uno de estos casos, de muchos, docenas de «rompehuelgas» fueron asesinados por miembros del sindicato en huelga United Mine Workers en Herrin, Illinois en 1922. Si la violencia grotesca durante conflictos laborales es mínima actualmente, no es porque los sindicatos sean más civilizados, sino que porque los empleadores han dejado que contratar a trabajadores independientes durante las huelgas. Por medio de una combinación de coerción gubernamental y la amenaza de violencia sindical han sido privados de su derecho a contratar a cualquier trabajador que consideren satisfactorio. El economista Henry Hazlitt explica este punto espléndidamente:

Ahora, una huelga no es [...] simplemente el acto, por parte de un trabajador, de «retener su trabajo», ni hasta simplemente una colusión de un gran grupo de trabajadores de simultáneamente «retener su trabajo» o renunciar a sus

empleos. El objetivo de una huelga es la insistencia, de parte de los huelguistas, en que no han renunciado a sus empleos en lo más mínimo. Ellos sostienen que son todavía empleados —de hecho, los únicos empleados legítimos. Ellos dicen ser dueños de los empleos donde se rehúsan a trabajar; dicen tener el «derecho» a prevenirle a cualquier otro de tomar los empleos que ellos han abandonado. Ese es el propósito de los piquetes en masa, y del vandalismo y la violencia a los cuales ellos acuden o de la que amenazan. Insisten en que el empleador no tiene derecho a reemplazarlos con otros trabajadores, temporales o permanentes, y tienen la intención de asegurarse de que no lo haga. Sus demandas son impuestas siempre a través de intimidación y coerción, y como último recurso a través de violencia real.

La violencia sindical contra los trabajadores independientes es eminentemente lógica dada la intención básica de la sindicalización coercitiva: *tales trabajadores amenazan con la monopolización del suministro de labor*. Si los empleadores fueran legalmente libres para negociar con cualquier y todos los trabajadores —como es su derecho moral — las uniones perderían su ventaja coercitiva en las negociaciones.

No es necesario decir que, en una sociedad libre, los trabajadores tienen el derecho inalienable a organizarse y presentar un frente unido a la gerencia, si así escogen ellos. Pero los dueños también poseen derechos inalienables. Tienen el derecho a rehusarse a negociar con sindicatos, si así ellos escogen; de negociar separada e independientemente con trabajadores no sindicalizados, si ellos prefieren; y a contratar a trabajadores no sindicalizados. Además, así como los trabajadores tienen el derecho a organizarse, también poseen el derecho a negarse: pueden renunciar a formar, unirse o negociar colectivamente con un sindicato, reservándose el derecho de negociar independientemente con empleadores. Los derechos de todos deben ser protegidos —no solo los de los sindicatos y sus miembros.

Los sindicatos respaldados gubernamentalmente —un producto de una economía mixta— son inherentemente un fárrago de moralidad mixta: en parte fuerza laboral productiva; en parte pandilla criminal buscando extorsionar salarios más altos de la empresa que provee sus empleos logrando un incuestionable dominio que amenaza la violencia en el suministro de labor de una industria. Son monopolistas implacables.

La legislación apoyada por tales uniones coercitivas es responsable por cantidades significativas de desempleo.

El desempleo de aquellos dispuestos y capaces de trabajar es causado por la intervención gubernamental en el mercado laboral. Cuando el gobierno impone leyes de salario mínimo, por ejemplo, o cuando este estipula la negociación con el empleador exclusivamente con los sindicatos, resulta lógicamente en dos cosas: salarios más altos para aquellos que puedan conseguir empleo, y un número cada vez mayor de aquellos que no pueden.

Analice los efectos de las leyes de salario mínimo, por ejemplo. Para escoger una cifra arbitraria, imagínese que el gobierno fije el salario mínimo a \$6 por hora o \$250 por una semana de cuarenta horas. Una consecuencia inmediata es que nadie cuya labor vale menos de \$6 por hora va a ser contratado. Henry Hazlitt hace la importante observación que: «No se puede hacer a un hombre valer cierta cantidad haciendo ilegal ofrecerle algo menos». El salario mínimo solo lo priva de la oportunidad de trabajar a un nivel que sus habilidades actuales permitan —y lo priva a la empresa y, por último, a los clientes del producto modesto de su labor. La esencia de la situación es que, por un salario bajo, el gobierno ha sustituido el desempleo.

De hecho, la situación es peor. Pues ahora desempleado, el trabajador aspirante es privado no solo de un ingreso limitado, sino que también de una oportunidad de mejorar habilidades laborales con las cuales ganarse salarios más altos en el futuro. No existe el aprendizaje «en el trabajo» para el que no tiene trabajo.

En nombre de «ayudar» al pobre trabajador, las leyes de salario mínimo tienen el siguiente impacto sobre él: lo privan de un ingreso, de experiencia laboral, de la oportunidad de demostrar su ética laboral y responsabilidad personal, de posible entrenamiento en el trabajo, y de orgullo por esfuerzo productivo. Las leyes de salario mínimo discriminan en contra de aquellos con habilidades mínimas, porque tales leyes amenazan con dejarlos fuera del mercado laboral. El efecto es similar cuando el gobierno se rinde a las demandas políticas de los sindicatos. Por medios de un monopolio, forzado por el gobierno, en el suministro laboral de una industria, o por la iniciación de la violencia en contra de los trabajadores independientes durante huelgas, o por amenaza de tal violencia, los sindicatos son capaces de obligar que los salarios estén por encima de los niveles que obtendrían si las negociaciones laborales permanecieran completamente voluntarias.

Milton Friedman señala: «La clave para entender la situación es el principio más elemental de la economía: la ley de la demanda —entre más

alto que sea el precio de algo, lo menos de eso estarán dispuestas a comprar las personas. Haga más caro la labor de cualquier tipo y el número de empleos de ese tipo será menor».

Por ejemplo, mientras más se les pague a los trabajadores de construcción, más alto son los costos de construir. La compra de un hogar se vuelve, por consecuencia, más cara, y menos personas comprarán. Por consiguiente, menos casas se construyen que de otra forma y menos trabajadores son contratados.

Un sindicato que coercitivamente aumenta los salarios reduce el número de empleos en el campo que controla. Los trabajadores que no se pueden contratar a un salario más alto, que serían empleados a uno más bajo, buscan empleo en otro lugar, el suministro más alto de trabajadores desesperados por empleo consiguientemente baja los salarios en otros campos.

Los salarios que son forzados a estar por encima de los niveles del mercado para un grupo inevitablemente reducen los salarios pagados a otros. Ya para los 1980, investigación extensiva indica que, en promedio, como de 10 a 15 por ciento de los estadounidenses habían, a través de la fuerza sindical, aumentado sus salarios alrededor de 10 a 15 por ciento por encima de los niveles del mercado. Sus ganancias habían reducido los salarios del otro 85 a 90 por ciento de los trabajadores por unos 4 por ciento más abajo de lo que hubieran pedido.

Además, todos los individuos, inclusive los miembros de los sindicatos, sufren en su papel como clientes. El sentido otra vez es simple: si el sindicato de los camioneros, por ejemplo, tiene éxito en forzar los salarios por encima de los niveles del mercado, entonces todos pagan precios más altos por los bienes que se envían por camión, inclusive los camioneros.

La solución no es, como proponen algunos jefes sindicales, sindicalizar a todos los trabajadores y proceder a forzar universalmente los salarios por encima de los niveles del mercado libre. Los resultados necesarios de esta política son el desempleo masivo, la productividad disminuida y la reducción de los salarios reales.

Henry Hazlitt señaló los pasos que deben ser tomados. «Si los empleadores no estuvieran legalmente forzados a "negociar" con [...] cualquier sindicato, [...] si los empleadores fueran libres de despedir a los huelguistas y pacíficamente de contratar reemplazos, y si los piquetes en masa y la violencia fueran verdaderamente prohibidos, los controles competitivos naturales en las demandas salariales excesivas entrarían una vez más en juego».

La virtud moral es la eliminación legal de la violencia iniciada y mantener las relaciones laborales sobre una base voluntaria. Un beneficio económico es el logro de empleo completo; uno que resulta es el incremento en la productividad y el aumento en los ingresos reales.

Todo lo que se necesita para lograr el empleo completo productivo es el funcionamiento de un mercado laboral sin restricciones en el cual los empleadores y los empleados son libres de actuar egoístamente. Si los salarios son libres de caer a niveles en los cuales hasta el trabajador menos calificado puede ser empleado productivamente, entonces el desempleo se erradica. Esto es en beneficio tanto de un empleado como de su empleador, porque es mucho más preferible estar empleado a un salario más bajo que estar desempleado a uno más alto.

Los anticapitalistas expresan consternación universal hacia tal «desalmada» propuesta, sin distinguir entre el ingreso monetario y el real, y asumiendo gratuitamente que una reducción en el salario monetario hace necesario una reducción en el nivel de vida de los trabajadores. Todo lo contrario es cierto: eliminando el poder monopolístico aumentará, por varias razones, la riqueza real de todos los hombres, inclusive la de los trabajadores menos calificados.

Recuerde los fundamentos: la riqueza son los bienes, no el dinero; y se aumenta de una manera solamente: la maximización de la productividad. Eliminando el poder monopolístico de los sindicatos, y permitiendo que la tasa salarial caiga a niveles alcanzados a través de negociaciones voluntarias, mejoran la productividad en dos aspectos centrales.

Primero: El logro del empleo completo realiza el potencial productivo de una economía. Entre más hombres con empleos remunerados, mayor es la creación de bienes y servicios.

Segundo: Elimina las atroces políticas contra la producción de los sindicatos coercitivos.

Observe las innumerables formas en las cuales los sindicatos respaldados por el gobierno atacan la productividad. Apoyan prácticas de «sobrecontratación», por medio de las cuales más hombres de los que son necesarios deben ser contratados para un trabajo, así desperdiciando el tiempo de los trabajadores cualificados que pudieran ser contratados productivamente para otros proyectos.

Promueven rígidas subdivisiones del trabajo, en las cuales los trabajadores cualificados para una tarea específica sin embargo quedan descalificados para realizarlas porque esta cae fuera de la estrecha descripción de sus tareas

laborales. A menudo se oponen a la introducción de maquinaria que economiza trabajo, de este modo reduciendo la eficiencia laboral. Disuaden la competencia entre trabajadores que buscan aumentar la productividad. A menudo se oponen al ascenso por mérito, apoyando en su lugar el ascenso por antigüedad —y resisten el pago basado en resultados, exigiendo salarios por hora iguales. Y eso no es todo —una lista enumerada de la guerra perversa de los sindicatos contra la productividad pudiera continuar— pero esos ejemplos son suficientes. Elimine tales estragos irracionales, libere a cada trabajador para producir a su plena capacidad, y la sociedad será considerablemente más rica, no más pobre. El enorme incremento en la producción implica una expansión en el suministro de bienes de consumo y de servicios, un incremento en el poder adquisitivo, y un aumento en los ingresos reales. Un inmenso paso adelante en la productividad puede o puede que no compita con la de Revolución Industrial de Gran Bretaña y con el Periodo Inventivo de Estados Unidos —esto es imposible de predecir— pero indudablemente será un inmenso paso adelante.

Los aspectos más difíciles de discernir son los beneficios de un sistema a los que se renuncia —las cosas que no llegan a existir por él—. Las casas no construidas, los automóviles no manufacturados, las carreteras no completadas (o ni siquiera empezadas), etcétera, son extremadamente difíciles de identificar, pues los hombres fácilmente observan lo que es, no lo que no es. Es imperceptible la riqueza no creada debido a que los sindicatos monopolísticos disminuyen coercitivamente la productividad de los hombres, pero sin embargo es real, dejando a todos los hombres enormemente más pobres.

Observe un importante paralelo. En un mercado libre, una empresa privada no puede obtener un monopolio coercitivo. Si el gobierno no tiene el poder de concederle un estatus legal preferencial, entonces una empresa poderosa no tiene medios de excluir a rivales. La posibilidad y la realidad de la competencia les impide a las empresas imponerles precios y acuerdos arbitrarios a sus clientes.

De manera similar, en un mercado libre, un sindicato no puede obtener un monopolio coercitivo. Si el gobierno no abroga el derecho de los empleadores y los trabajadores no sindicalizados de negociar independientemente —y si protege su seguridad física al ellos hacerlo— entonces un sindicato poderoso no tiene medios legales de excluir a rivales. La posibilidad y la realidad de la competencia les impide a los sindicatos imponerles salarios y acuerdos arbitrarios a sus empleadores.

Los monopolios coercitivos son posibles solo bajo una política de intervencionismo gubernamental —engendrada por el componente estatista de una economía mixta— pero imposibles bajo el capitalismo. Los partidarios del *laissez-faire*, ateniéndose al principio de los derechos individuales, condenan universalmente todos los monopolios coercitivos. Pero los enemigos del capitalismo, esencialmente influenciados por Marx, continúan declarando una «guerra de clases», y profesan empatía por los pobres. En su opinión, los derechos de los individuos inocentes pueden ser pisoteados despiadadamente, incluso los de un sinnúmero de trabajadores, siempre y cuando los sindicatos poderosos se benefician. A los únicos monopolios coercitivos que moralmente se oponen son a aquellos que supuestamente otorgan ventajas a los «peces gordos» corporativos. Aquellos que teóricamente favorecen a los sindicatos son moralmente laudables.

La inflación

Un patrón surge de los dos primeros ejemplos: los males económicos (y morales) de una economía mixta proceden del elemento estatista —no del libre— de la mezcla. Este patrón aplica a todos los casos.

Muchas personas creen erróneamente que la inflación es un aumento en los precios de los bienes y los servicios. Sin embargo, la verdad es que el aumento en los precios es una consecuencia de la inflación. La inflación en sí es la expansión por el gobierno de la oferta de dinero. Hazlitt dice: «La inflación, siempre y en todas partes, es causada por un incremento en la oferta de dinero y de crédito. De hecho, la inflación es el incremento en la oferta de dinero y de crédito».

Si los hombres benévolo desean la prosperidad universal, ¿por qué no simplemente facultar al gobierno —en la forma del Sistema de Reserva Federal— a imprimir enormes cantidades de dinero y distribuirlo al pueblo estadounidense, un millón de dólares (o más) por cabeza? La pobreza se eliminaría de este modo y todos los ciudadanos vivirían cómodamente. ¿O no es así?

No es así. El incremento de dinero estimula en gran medida la demanda sin una estimulación correspondiente de la oferta. La enorme cantidad de dinero que compite por una cantidad relativamente estable de bienes y servicios hace que los precios de los bienes y servicios se disparen. El valor del dólar —el poder adquisitivo de cada unidad— se desploma. A los más, los hombres no están mejor de lo que estaban antes.

De hecho, están mucho peor. Por un lado, el incremento en los precios destruye el valor de los ahorros de toda la vida de los hombres honestos. Por ejemplo, en Estados Unidos en 1998 el poder adquisitivo de cien dólares era menos que el de veinte dólares de hace solo treinta años. El economista Thomas Sowell declara: «... esto significa que a la gente que ahorró dinero en los 1960 se les fue robado silenciosamente cuatro quintos de su valor durante las próximas tres décadas». Al hacer eso, la inflación disuade los ahorros futuros, engendrando una mentalidad frenética de «comprar ya» antes de que los precios suban más. Durante la hiperinflación de Alemania en los 1920, por ejemplo, los clientes de los bares ordenaban varios tragos al entrar, ganándole a los aumentos de precio que ocurrían de minuto a minuto.

En cualquier sociedad, hay individuos sobreexcitados que llevan un estilo de vida impulsado por caprichos, sin planificación y frenético, derrochando hoy, contrayendo deudas, sin pensar ni un poquito en el mañana, terminando en bancarrota, con sueños destrozados, o peor. La inflación monetaria impulsa el aumento despiadado de los precios, así añadiéndole un incentivo económico a este delirio. La virtud de la frugalidad, de guardar dinero para el futuro de uno —en sí un instante de racionalidad serena, de planificación a largo plazo— es debilitada severamente. Bajo la inflación, ya no es rentable ahorrar, porque los bienes necesitados o deseados serán más caros mañana que hoy.

Pero la inflación causa un daño notoriamente peor. La expansión monetaria del gobierno es a menudo parte de una política de «dinero fácil», de un deseo de acelerar la habilidad de los empresarios de procurar préstamos, de expandir sus operaciones, de contratar trabajadores, y de este modo mantener una economía floreciente. Pero los empresarios productivos y los individuos responsables generalmente no necesitan «dinero fácil» para obtener préstamos, el cual a menudo es para los productores marginales y los operadores deshonestos, que proceden a malgastar el acceso que provee a activos de capital. La inflación es una política ineficiente de disipación irresponsable.

Lo peor de todo es que la expansión monetaria y el subsiguiente incremento en los precios socavan la confianza en el capitalismo. Cuando millones de ciudadanos erróneamente se suponen que el capitalismo, no el estatismo, es el responsable por la caída del valor del dólar, están más dispuestos a tolerar una dosis cada vez mayor de políticas estatistas opresivas como supuestos contrarrestos. Por ejemplo, los gobiernos siempre imponen el control de precios y de salarios como supuesta política antiinflacionaria.

Pero la restricción en el aumento de los precios simplemente juguetea con un efecto; no elimina la causa subyacente. El aumento en la cantidad de dinero incrementa la demanda de bienes relativo a la oferta de ellos. (De hecho, garantiza que la oferta no incrementará, porque los precios no se pueden elevar a un nivel al cual crecen las ganancias, estimulando un incremento en la producción). Ahora, no todo el que sea capaz y quiera comprar a precios fijos puede obtener los artículos que busca —hay escasez—. Para combatir la escasez creada por el estado, el gobierno impone el racionamiento, la inevitable consecuencia del cual es que todos se conforman con menos de lo que de otro modo podrían tener —es una política de pobreza—. El país se mueve hacia el estatismo a un ritmo acelerado; la libertad económica es atacada abiertamente; y la producción y el nivel de vida bajan. Como señalan numerosos economistas, particularmente el nobel Friedrich Hayek, el control engendra un control cada vez más estricto, mientras las intervenciones económicas del estado fallan inevitablemente; y el estado —rehusándose a renunciar— impone más decretos, buscando rectificar las calamidades de los anteriores.

La inflación es una forma de impuesto furtivo. Es un medio gubernamental encubierto de aumentar su capacidad de gasto sin involucrarse en el acto políticamente impopular de aumentar los impuestos abiertamente. Es una exacción subrepticia impuesta en los ciudadanos en su papel de consumidores, no de contribuyentes.

¿Por qué los gobiernos roban la riqueza de sus ciudadanos de esta forma? Quizá desean mayores ingresos para fortalecer sus ejércitos y prepararse para la guerra; o para promover una política de «dinero fácil» para fomentar o mantener una economía «de auge»; o para financiar un estado del bienestar en expansión, etcétera. Cual sea el objetivo específico del estado, no es lo suficientemente popular como para permitir la recaudación de los ingresos necesarios por medio de impuestos.

Actualmente, por ejemplo, los múltiples paquetes de rescate y estímulo financieros de Bush y Obama, que llegan a los billones de dólares, hacen necesaria la inflación exagerada que será pagada por los ciudadanos —actualmente y en el futuro— en forma de precios cada vez mayores que destruyen el valor de sus ahorros de toda la vida.

La cura para la inflación monetaria es que los políticos eximan de la economía su presencia violenta y permitan a los seres humanos otra vez escoger libremente su dinero, es decir, lo que aceptarán como medio de

intercambio. Con toda probabilidad, elegirán el metal que, históricamente, han elegido cuando se les ha dejado en libertad: el oro.

Un patrón oro internacional es la protección principal de la humanidad en contra de la expansión arbitraria de la oferta de dinero por los políticos. El oro es relativamente escaso en la naturaleza —y minarlo generalmente implica trabajo laborioso y caro— por lo tanto, la oferta de dinero solo crece gradualmente. El progreso tecnológico de los hombres libres lleva a un incremento en la oferta de bienes que generalmente excede el incremento en la oferta del oro. Uno de los resultados es la tendencia a la reducción gradual en los precios, año tras año, década tras década, mientras incrementa la producción de los hombres libres —y, consiguientemente, su riqueza—. Esto es lo que ocurrió exactamente a través de la mayor parte del siglo XIX, inclusive de los 1870 a los 1890 —el Periodo Inventivo.

La Gran Depresión

La peor calamidad económica causada por una economía mixta es: la depresión. Los regímenes totalmente socialistas, tales como Cuba, Corea del Norte o la antigua Unión Soviética, subsisten (o subsistieron) en depresión crónica. Los sistemas parcialmente socialistas, tales como las economías mixtas occidentales, solo sufren de depresiones periódicas. El estatismo continuo engendra pobreza continua. Una mezcla de libertad y estatismo produce una mezcla de prosperidad y pobreza.

La peor depresión en la historia de Estados Unidos duró desde 1929 hasta 1946. ¿Cuáles fueron las condiciones políticas y económicas de los años inmediatamente anteriores a ella?

A pesar de que Estados Unidos de los 1920 era una economía mixta, y sin duda menos libre que durante el Periodo Inventivo, gozó mucha más libertad que después de la imposición del *New Deal*. Después de la Primera Guerra Mundial, por ejemplo, el gobierno había reducido significativamente la tasa impositiva. El presidente Calvin Coolidge tuvo el buen juicio de entender que «el asunto principal del pueblo estadounidense es el comercio» —sabiduría por la cual ha sido atacado incesantemente por las subsiguientes generaciones de historiadores, cada uno conociendo cada vez menos de economía básica— y generalmente se atuvo a principios de gobierno limitado.

Coolidge retuvo al famoso banquero Andrew Mellon como Secretario del Tesoro, quien recortó impuestos de arriba abajo de la economía. Adicionalmente, en comparación con la era del *New Deal*, la regulación

gubernamental de los negocios era menos extensa, la legislación y las decisiones judiciales que daban poder a los sindicatos monopolísticos eran menos ubicuas, y un estado del bienestar era prácticamente inexistente.

Al contrario de la creencia común, inclusive la de muchos economistas, la prosperidad de los 1920 era genuina, no una quimera sin fundamento. La década fue un periodo de extraordinario crecimiento económico. Las invenciones en la nación florecieron —el número de patentes emitidos excedió los récords anteriores. Nuevas industrias de automóviles, químicos, electrodomésticos, teléfonos, radios, aeronaves y otros campos crecieron rápidamente. La pregunta perpleja, «¿en qué pensarán después?» obtuvo un uso generalizado como resultado del avance tecnológico incesante. Los salarios reales incrementaron considerablemente, al igual el nivel de vida general. La producción industrial subió más del doble de 1921 a 1929 (+109%). En toda la historia estadounidense, el único periodo de ocho años de crecimiento económico que se pueda comparar fue durante los 1870 —el Periodo Inventivo.

Además, aún con todos sus defectos, la Reserva Federal se mantuvo bajo el patrón oro. El dólar retuvo la misma cantidad fija de oro que tenía durante décadas —y era libremente convertible para cualquier banco o poseedor de dólares—. No hubo ninguna devaluación en el valor del dólar. Los precios de las ventas al por mayor y al por menor bajaron en los años anteriores a 1929 —que significa que creció el poder adquisitivo de los compradores estadounidenses.

¿Qué factor(es) causó el devastador crac de 1929? Más generalmente, ¿cuáles fueron las causas de la Gran Depresión —de su severidad e interminable duración—? El economista de negocios Richard Salsman señala varios errores críticos en la política gubernamental.

Primero: El presidente Hoover apoyó la masiva Ley Arancelaria Smoot-Hawley: impuestos serían recaudados en miles de artículos importados de toda variedad. Los nuevos aranceles imponían un impuesto efectivo del sesenta por ciento a más de 3 200 productos importados a EE.UU. Como era de esperar, en represalia por esta cuadruplicación en los impuestos a las importaciones, otras naciones incrementaron los aranceles. Muchos países, por ejemplo, subieron los impuestos a los automóviles estadounidenses importados. Durante los próximos tres años (1930-33), las exportaciones de EE.UU. cayeron un sesenta y cuatro por ciento, inclusive las exportaciones agrícolas un sesenta por ciento. El comercio total mundial cayó un sesenta y uno por ciento durante esos años. Además, la guerra de los aranceles aumentó

el costo de hacer negocios en EE.UU., así debilitando las ganancias. Como observa Salsman: «Eso es lo que el mercado de valores estaba anticipando en 1929».

Thomas Sowell, ampliamente reconocido como uno de los más destacados economistas de Estados Unidos, observa irónicamente algo similar: «Los economistas por mucho tiempo han culpado a las restricciones en el comercio internacional alrededor del mundo por prolongar innecesariamente la depresión mundial de los 1930. Sin embargo, los economistas no reciben muchos votos. Ni tampoco muchos votantes saben mucho de economía».

Segundo: Durante los años antes de 1929, los congresistas, los funcionarios de la Reserva Federal y Hoover abiertamente criticaban lo que miraban como alturas exorbitantemente altas a las que llegó la bolsa de valores. Comenzando en 1928 y continuando hasta el 1929, la Reserva Federal elevó continuamente la tasa de interés que cobraba por los préstamos de los bancos miembros —aumentándola del 3.5% al 6% en agosto de 1929—. Esta era una política punitiva. Pues limitaba los fondos disponibles para inversiones, a pesar de la productividad en auge de las empresas estadounidenses.

A lo largo de 1929, informa Salsman: «la Reserva Federal se volvió cada vez más obsesionada con el mercado de valores y sus supuestos "excesos especulativos". La Reserva Federal se obsesionó con las maneras de frenar las ganancias en las acciones que, al contrario, eran legítimas». En resumen, la Reserva Federal hizo campaña implacable en contra de la actitud alcista del mercado que, trágicamente, contribuyó al crac. «Precisamente porque las ganancias eran extraordinarias, los comentaristas bastante ordinarios no podían comprenderlas (o creerlas) completamente».

Salsman dice: «La banca central [...] es una característica del estatismo —no del capitalismo—». El Sistema de Reserva Federal es la versión estadounidense de este —un organismo gubernamental ejerciendo el control de la industria bancaria—; pero durante la mayor parte de los 1920 ejerció relativamente poca influencia —y consiguientemente, causó poco daño. Sin embargo, a finales de la década, la Reserva Federal buscó frenar el *boom* en el mercado de valores, de interceder agresiva e arbitrariamente en «asuntos que previamente habían sido dejado a los profesionales del mercado». Ahora los banqueros centrales controlaban el mercado de valores como mejor les parecía. «Ningún sistema bancario capitalista, completamente privado, jamás sería capaz de ejercer un poder así —ni de volverse así de arbitrario—. El

capitalismo no tiene una política "oficial" de crédito a la cual todos se tienen que atener —o si no sufrir—».

Futuros inversionistas ahora enfrentaban dos verdades difíciles: el dinero era más difícil de obtener; y la política gubernamental ya no apoyaría la productividad estadounidense continuamente creciente. Dada la política gubernamental ominosa en cuanto al comercio y la finanza, no es extraño que los inversionistas sintieron pánico.

Tercero: Los fracasos bancarios en todo Estados Unidos —destruyendo los ahorros de toda la vida de millones y arruinando economías locales— fueron una parte crucial de la catástrofe estatista. Casi 10 000 bancos fracasaron en Estados Unidos de 1929 a 1933 —el 90% de ellos en pueblos pequeños. La causa primaria fue el temor a la competencia de las grandes instituciones financieras de parte de muchos banqueros en pueblos pequeños.

Desafortunadamente, los banqueros rurales temerosos presionaron con éxito a muchos estados para que adoptaran leyes de unidad bancaria, prohibiéndole a los bancos abrir sucursales. Fue legislación clásica de economía mixta, violando los derechos de los bancos grandes, ostensiblemente protegiendo los «pequeñitos», pero de este modo limita a muchos pueblos a un solo banco unitario.

A muchos de estos bancos rurales se les hizo difícil diversificarse —tanto sus fuentes de depósito como sus carteras de préstamos eran completamente simples. A menudo sus clientes eran granjeros. Cuando la agricultura fue golpeada duro, y los granjeros retiraron sus depósitos o se les hacía difícil reembolsar sus préstamos, muchos bancos unitarios no pudieron sobrevivir.

No es sorprendente que el historiador Jim Powell informa: «Casi todos los bancos que fracasaron estaban en estados con leyes de unidad bancaria que suprimían la competencia».

En cambio, durante los mismos años de depresión, ni un solo banco canadiense fracasó. En Canadá no había leyes de unidad bancaria, y las redes de sucursales bancarias eran legalmente permitidas. Consiguientemente, los bancos diversificaron sus inversiones y sus fuentes de depósito —y sobrevivieron cuando la dificultad golpeó a ciertas industrias o regiones.

Además, la administración de Hoover procedió a imponer una masiva intervención gubernamental en la economía, es decir, más gérmenes para el moribundo. El presidente presionó a los líderes empresariales a mantener precios y salarios altos —precisamente cuando estos necesitaban caer—; y a seguir incrementando el desembolso de capital —justo cuando el capital necesitaba acumularse.

Lo peor de todo fue que el arancel Smoot-Hawley dio lugar a una tendencia mundial hacia el proteccionismo justo en el momento cuando el libre comercio internacional era más urgentemente necesitado. Ya en junio de 1930 el desempleo había disminuido a un nivel de 6.3%. El gigantesco arancel se hizo ley ese mismo mes. Prácticamente todos los destacados economistas de la nación le urgieron a Hoover que lo vetara —pero no lo hizo.

Thomas Sowell señala que el arancel, el más alto en más de un siglo, era «un intento de reducir las importaciones y así preservar empleos en Estados Unidos, haciendo que los productos anteriormente importados fueran en su lugar producidos en Estados Unidos». En la práctica, el resultado predecible fue un aumento en la tasa de desempleo a 11.6% en noviembre de ese año, mientras la guerra arancelaria que resultó redujo las ventas de bienes estadounidenses al exterior y aumentó el costo de las importaciones para las empresas domésticas. Cuando fue combinado con otros disparates intervencionistas el enorme arancel redujo la actividad comercial, reduciendo al país a la postración económica durante el punto más bajo de la depresión en el año 1932.

Estados Unidos, la nación más capitalista y, como resultado, más próspera, ahora se aproximaba a los niveles de vida minimalistas del socialismo porque se aproximaba a los controles maximalistas del socialismo.

Y lo aproximaría aún más cercanamente. Hoover impuso un aumento de impuestos severo, incrementó los gastos gubernamentales en programas para el bienestar social, y aumentó la parte del PNB del gobierno federal de 16.4% a 21.5%. Al hacerlo, creó las bases para las políticas subsiguientes de Franklin Roosevelt. En una de las ironías más trágicas en la historia de la economía, Hoover —un intervencionista implacable— es comúnmente considerado un defensor del *laissez-faire*. Pero el grupo de expertos de Roosevelt sabía la verdad. «No lo aceptamos en ese momento —reconoció el asesor de Roosevelt Rexford Tugwell décadas después, pero prácticamente todo el *New Deal* fue extrapolado de los programas que había iniciado Hoover».

El *New Deal* de Hoover y Roosevelt empujó despiadadamente a Estados Unidos hacia la parte socialista de la economía mixta —con resultados predecibles. La parte principal de la legislación del *New Deal*, la Ley de la Recuperación Industrial Nacional, promulgada en junio de 1933, obligó a la mayoría de las industrias manufactureras a formar parte de cárteles controlados por el gobierno.

La Administración Nacional de Recuperación (NRA) impuso códigos regulatorios y control de precios para cientos de industrias que incluían varios millones de empleadores y veintidós millones de empleados. Su enorme control de precios y reglas de compras brevemente transformó a Estados Unidos a un sistemas económico de estilo específicamente fascista —uno en cual la empresa privada continuaba existiendo pero bajo un control gubernamental enorme— un sistema que era perfecto para el director que escogió Roosevelt personalmente, el general Hugh «Pantalones de Hierro» Johnson, un intimidador y declarado admirador de Mussolini, que amenazó con «golpearle la nariz» a cualquiera que no cumpliera con los mandatos de la NRA.

Jack Magid, un sastre de Nueva Jersey, por ejemplo, no fue victimizado por un gancho de izquierda del «Pantalones de Hierro» Johnson, pero fue encarcelado por planchar ropa a treintaicinco centavos, cinco centavos más barato de lo que permitía la NRA.

Inevitablemente y con desdén, los estadounidenses violaban estas leyes dictatoriales, formando mercados negros extendidos, incitando a la NRA a tomar medidas severas, su policía entremetida entraba a las factorías como guardias de asalto fascistas, reuniendo a los empleados, interrogándolos, apoderándose de los libros de cuenta de la empresa, y buscando a hombres que hayan cometido el horrendo crimen de poner en peligro la republica al trabajar por la noche. La Corte Suprema prohibió la NRA por ser inconstitucional en 1935, pero, estilo camaleón, el *New Deal* persistió en diversas formas. El gobierno triplicó los impuestos, abandonó el patrón oro, promulgó legislación que le dio poder a los sindicatos, aumentó la regulación de las empresas, e introdujo la Administración de Progreso de Obras (WPA), la cual frecuentemente desperdiciaba los recursos al contratar a trabajadores desempleados para que ejecutaran planes de «trabajo inventado» inútilmente improductivos.

Ya a finales de 1937, después de más de cuatro años de los programas de Roosevelt, y ocho años del *New Deal* combinado de Hoover y Roosevelt, el desempleo subió más de diez millones y la actividad comercial se desplomó a un punto bajo prácticamente idéntico al de 1932. El año 1938 vio a lo que los economistas se refieren como «una depresión dentro de una depresión», al caer el mercado de valores casi el 50% y el desempleo subió al 20%, dejando sin trabajo a 11 800 000, una cifra que excedió los 11 385 000 de desempleados a la llegada de la elección de Roosevelt en 1932. De hecho, a finales de 1941, en vísperas de que Estados Unidos entrara en la Segunda

Guerra Mundial, diez millones de estadounidenses todavía estaban desempleados. La guerra definitivamente puso un fin al desempleo, al unirse unos doce millones de hombres a las fuerzas armadas y las fábricas en auge produjeron armamentos para la lucha a muerte contra el fascismo.

Pero la guerra, bajo cualquier circunstancia, nunca promueve la prosperidad. Las empresas productivas fabrican municiones, no bienes de consumo; la comida y otras necesidades inevitablemente son para el uso de los combatientes; los individuos que por lo demás son industriales están luchando, no trabajando, y a menudo mueren miles o hasta millones; y, si las batallas se luchan en territorio nacional, destruyen granjas e industrias florecientes, al igual que a civiles trabajadores. La escasez doméstica es crónica en tiempos de guerra y Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial no fue una excepción.

Lo único económicamente positivo de la Segunda Guerra Mundial fue que puso un fin decisivo a la actitud implacablemente hostil de la administración de Roosevelt hacia el comercio. La legislación y la retórica anticapitalistas se detuvieron —pues el esfuerzo de guerra hizo indispensable que las industrias estadounidenses produjeran.

Durante los 1930, los empresarios y los inversionistas justificablemente tenían miedo por la combinación de charla anticapitalista y de acción intervencionista. Las encuestas de opinión pública en 1939 mostraban que un 54% de los estadounidenses y un 65% de los empresarios creían que la actitud antiempresarial de la administración había socavado severamente la confianza empresarial y retrasado la recuperación económica.

La guerra cambió todo eso. Thomas Sowell escribe: «En su modo caprichoso que algunos encontraban encantador, Franklin Roosevelt dijo que "el Dr. *New Deal*" fue reemplazado por "el Dr. Ganar-la-Guerra". La administración de Roosevelt abandonó su postura antiempresarial y el péndulo osciló hacia el otro lado, con contratos gubernamentales de coste más beneficio que garantizaban ganancias para los productores de material de guerra».

Una recuperación completa de la Gran Depresión, es decir, un regreso a la prosperidad, no se logró hasta después de la guerra. Para ser claros, el presidente Truman no luchó contra los «reaccionarios económicos» y ni las políticas ni la retórica de su administración rebosaban un matiz de lucha de clases. Las inversiones privadas habían caído vertiginosamente durante los 1930. Ahora incrementaron otra vez.

En 1929, por ejemplo, la inversión privada bruta llegó a casi 16% del PIB; cayó a menos de 2% en 1932; se recuperó un poco pero no volvió a llegar a 16% hasta 1946. Durante los 1930, la inversión privada neta cayó \$3.1 mil millones.

Es desafortunadamente fácil subestimar la importancia del ambiente psicológico creado por los programas y actitudes de un gobierno. La inversión privada es el combustible que impulsa el progreso económico. Es de primera importancia que los inversionistas confíen en que el gobierno va a proteger, en vez de socavar o expropiar, sus derechos de propiedad. En un ambiente en el cual le temen a una abrogación mayor de sus derechos de propiedad, ellos no invertirán.

Las restricciones de Hoover y Roosevelt a los negocios limitó la productividad y, por consecuencia, la ganancia. Relacionado a esto: tales políticas, especialmente el fascismo obvio de la NRA, en combinación con la retórica incendiaria contra aquellos que se ganaron grandes fortunas, comprensiblemente asustó demasiado a potenciales inversionistas, quienes ahora tenían razones legítimas para aferrarse a su dinero.

El economista Lester Chandler plantea el asunto sucintamente: «El fracaso del *New Deal* en producir un resurgimiento adecuado de las inversiones privadas es la clave de su fracaso en lograr una recuperación en la producción y el empleo completa y sostenible».

Pero, en verdad, hay un factor más importante. Los avances materiales del capitalismo están basados en inventos e innovaciones, en avances en la ciencia aplicada, la tecnología y la industrialización. Estos requieren una implementación escrupulosa del principio de los derechos individuales que fue notoriamente abrogado por el estatismo implacable del *New Deal*. Thomas Edison, por ejemplo, a menudo trabajaba 18 horas al día. ¿Lo hubiera encarcelado el «Pantalones de Hierro» Johnson por trabajar en la noche —o lo hubiera golpeado personalmente en la nariz—? ¿Es moralmente justo o económicamente viable obligar a los grandes innovadores e inventores del Periodo Inventivo a rogar el permiso de trabajar creativamente de tales como Roosevelt o el «Pantalones de Hierro» Johnson?

Bajo una economía mixta, el proceso productivo es gobernado, en gran medida, por el juicio de tales políticos y burócratas como Roosevelt y el general Johnson —no por tales pensadores como Edison y otros creadores prodigiosos del Periodo Inventivo—. En la medida en que los hombres de fuerza física controlen el sistema económico, en esa medida es que encadenan a los hombres de poder mental creativo. En esa misma medida, entonces, es

que se restringe la creación de riqueza. Si la política gubernamental socava la causa de la riqueza —la mente independiente— por este mismo hecho debilita el efecto. Las políticas estatistas del *New Deal* de Hoover y Roosevelt frenaron más que las inversiones; frenaron la creatividad.

Los factores culpables de iniciar, agravar y extender la peor depresión en la historia de EE.UU. deben ser señalados. Tales políticas como la banca central gubernamental en forma del Sistema de Reserva Federal, y su guerra en los 1920 en contra de la productividad estadounidense; la Ley Arancelaria Smoot-Hawley; leyes estatales que prohibían las redes de sucursales bancarias; la cartelización de las empresas estadounidenses por la NRA; la abrogación del patrón oro; el aumento constante de los impuestos; la legislación que daba estatus de monopolio a los sindicatos, etcétera, eran políticas de amplio alcance del estado. Eran universalmente aplicables y legalmente obligatorias, como tienen que ser los programas culpables de arruinar la economía entera de una nación.

En las palabras del economista Lawrence Reed, la Gran Depresión «fue prolongada y empeorada por una letanía de errores políticos: aranceles que aplastan el comercio, impuestos que debilitan la motivación, controles a la producción y a la competencia que aturden... No fue un mercado libre el que produjo 12 años de agonía; más bien, fue una torpeza política tan grande como cualquiera que se haya visto».

Thomas Sowell nos recuerda que «durante toda la historia de Estados Unidos, cuando el gobierno federal ha dejado que la economía se recupere sola de las caídas, ninguna depresión ha sido tan profunda o tan duradera como lo fue la Gran Depresión de los 1930». Basado en tales factores, el economista Gene Smiley concluyó: «La crisis económica de los 1930 es un trágico testimonio de la interferencia gubernamental en las economías de mercado». El economista de negocios Benjamin Anderson, un experto en la Gran Depresión, planteó el asunto más ampliamente y con más fuerza: «La planificación económica gubernamental es cómo manejar desde el asiento trasero por un hombre que no sabe cómo manejar y que [...] no sabe adónde quiere ir».

Las empresas en un mercado libre no tienen ni el poder coercitivo ni la influencia extensa como para meter sus tentáculos en cada área de una economía, y causar quiebras bancarias generalizadas, el mal manejo monetario ubicuo, regulaciones que estrangulan la producción, el disminuyo en la confianza de los inversionistas, y un crac devastador en el mercado de valores. Las empresas que no se dirigen bien fracasan, causándoles daños a

los accionistas, a los clientes, a los proveedores y a los empleados, pero carecen de la autoridad legal y la jurisdicción necesarios para dañar profundamente el estado de prácticamente cada hombre, mujer y niño del país. Solo el gobierno posee suficiente poder para sembrar tal caos.

El actual auge y colapso del mercado inmobiliario

El reciente auge y colapso del mercado inmobiliario de EE.UU., el cual precipitó una crisis entre las instituciones financieras, es —de principio a fin, desde la sopa hasta el postre, de raíz a rama— una crisis de economía mixta; engendrada por el elemento socialista de la mezcla, pero imposible bajo el capitalismo. ¿Cuáles fueron los errores esenciales del gobierno?

Primero: En algunas partes del país, particularmente en la costa de California, pero también en otros lugares, los gobiernos locales, ostensiblemente en búsqueda de la preservación de la vegetación, los bosques, los «espacio abierto» y cosas por el estilo, aprobaron leyes que prohibían el desarrollo de áreas de tierra considerables. El resultado predecible de tales leyes restrictivas fue un gran aumento en los precios del terreno disponible para el desarrollo.

Por ejemplo, en 2005, en el punto más alto del auge en el mercado inmobiliario, las diez comunidades estadounidenses con el mayor aumento en el precio de la vivienda durante los primeros cinco años estaban todas en California. En el área de San Francisco, el costo promedio de una vivienda era el triple de la tasa nacional. En el condado de San Mateo —adyacente a San Francisco— el promedio de los precios de las viviendas llegó hasta un millón de dólares en 2007. Los californianos a menudo estaban pagando precios de mansión por viviendas modestas de clase media.

Sin embargo, antes de los 1970, los precios de los hogares en California no eran notablemente diferentes que en otras partes del país. ¿Qué factor en ese estado causó el aumento drástico en los precios de las viviendas?

Tal fenómeno es inexplicable por simple oferta y demanda en un mercado libre. En primer lugar, los incrementos en la población durante los 1970, cuando los precios de las viviendas en el estado por primera vez llegaron a un múltiplo del promedio nacional, eran marcadamente similares a los porcentajes a nivel nacional (11.9% a 11.5%) —y los precios de las viviendas en Palo Alto casi se cuadruplicaron mientras que hubo una reducción en la población. Además, durante esa década, los ingresos subieron más despacio en California que a nivel nacional.

El cambio que causó este caos era político. Thomas Sowell escribe: «Las décadas de los 1970 vio una rápida propagación de las leyes [...] en California que severamente restringieron el uso de terreno. A menudo estas leyes [...] prohibían la construcción de cualquier cosa sobre grandes áreas de terreno, en nombre de preservar el "espacio abierto"... Grandes y crecientes áreas de terreno en muchas comunidades en la costa de California se convirtieron en "espacio abierto" — por ejemplo, más de la mitad de todo el terreno en el condado de San Mateo—.» (A menos que se indique lo contrario, todas las citas subsiguientes en esta sección son del excelente libro de Sowell, publicado en 2009, *The Housing Boom and Bust*). Tal escasez de terreno, creada políticamente, subió los precios hasta las nubes, que constituye la razón principal que las viviendas poco atractivas costaran millones de dólares.

Un estudio internacional, el cual respalda lo que dice Sowell, demuestra que la gran mayoría de las áreas urbanas a nivel mundial (23 de 26) que sufren de viviendas inasequibles se ven afectadas por restricciones similares en el uso de terreno.

Por el contrario, en Texas, pocas leyes restringen el uso de terreno. La ciudad de Houston, por ejemplo, ni siquiera ha impuesto leyes de urbanismo, ni hablar de las restricciones sofocantes que impregnan la costa de California. Durante los 1970, mientras los ingresos en Houston aumentaron más que el promedio nacional, la ciudad conservó algunas de las viviendas más asequibles del mundo. La población del área metropolitana de Houston se ha más que duplicado desde 1960 —y aun así, como dijo Sowell: «Coldwell Banker —una empresa nacional de bienes raíces— ha estimado que una casa que cuesta \$155 000 en Houston costaría más de un millón de dólares en San José—. También en Dallas persisten los ingresos familiares más altos que el promedio nacional, lado a lado con el precio de la vivienda por debajo de ese promedio.

Un exgobernador del Banco de la Reserva de Nueva Zelanda resume sucintamente la realidad de los precios de la vivienda: «la asequibilidad de la vivienda es, abrumadoramente, función de una sola cosa, la medida en la cual los gobiernos ponen restricciones artificiales en la oferta de terreno residencial».

Segundo: En su búsqueda de viviendas asequibles, ¿podían los políticos simplemente derogar las leyes arbitrarias que restringen el derecho de los hombres a desarrollar el terreno? Podían. ¿Lo hicieron? No lo hicieron.

En forma clásica de una economía mixta, ellos incrementaron aún más — y más que nunca— la legislación irracional que viola derechos en una inútil búsqueda por remediar el resultado perjudicial de las leyes anteriores.

Ellos malinterpretaron el alcance del problema. De hecho, a nivel nacional, con la excepción de varios enclaves metropolitanos de las Costas Este y Oeste, el costo de las viviendas bajó en relación con el ingreso. Pero los políticos vieron un problema nacional, no local.

Lo peor es que malinterpretaron la causa del problema. En el cambio del siglo, el gobierno jugó un papel mínimo en el mercado inmobiliario —y pocas restricciones en la construcción fueron impuestas. El resultado, que no es tan sorprendente, fue que —a diferencia de las circunstancias a principios del siglo XXI— los estadounidenses pagaban una proporción más baja de sus ingresos en vivienda —aproximadamente un 23% en 1901 comparado con un 33% en 2003—. Hasta ahora el aumento más grande en los gastos en vivienda, medido en términos de un porcentaje del ingreso o de cantidades de dólares absolutas, ocurrieron en áreas que sufrían de legislación severamente restrictiva sobre el uso de terreno. «Donde hay una mayor intervención gubernamental, la vivienda es menos asequible».

A pesar de tales realidades, los políticos estatistas aun así insistieron que el exorbitante aumento en los precios de la vivienda reflejaba un fracaso en el mercado libre, el cual necesitaba de intervención legislativa para corregirse.

Procedieron a promulgar legislación nacional. En 1977, el Congreso aprobó la Ley de Reinversión en la Comunidad (CRA).

La CRA requería que «cada agencia federal de supervisión financiera adecuada utilice su autoridad cuando examine a instituciones financieras, para ayudar a cumplir con las necesidades de las comunidades locales en las cuales están autorizadas de acuerdo con el funcionamiento sano y seguro de tales instituciones».

Observe dos puntos cruciales: 1. A reguladores federales se les consideró capaces de aconsejar a banqueros en cuanto a posibles prestatarios —aquellos a los cuales los banqueros deberían de prestar dinero que los depositantes concedieron—. 2. Se les concedió la autoridad legal para hacerlo.

¿Cuánto tiempo tomó para que los funcionarios federales presionaran a los banqueros a prestarle a posibles prestatarios de quienes aprobaban —por la razón que fuese políticamente conveniente— en lugar de a los que los banqueros consideraran riesgos financieros sólidos? La única sorpresa es que se tardó la mayor parte de dos décadas. Ya en los 1990 —en una concordancia predecible con el eje altruista-colectivista-socialista del fárrago

de una economía mixta— el gobierno, de varias formas, bajo diversos disfraces, hostigó intensamente a los bancos para que atenuaran sus normas de crédito para los solicitantes de bajos recursos en búsqueda de préstamos hipotecarios. La propiedad de viviendas era lo que estaba de moda en ese momento para los intelectuales y políticos altruistas que buscaban combatir la pobreza por medio de programas de asistencia social del gobierno coercitivos.

«Ya que los bancos son empresas reguladas por los gobiernos, necesitan el permiso del gobierno para hacer muchas cosas que otras empresas hacen como mejor les parece». Los bancos, por ejemplo, si se descubre que no están cumpliendo con las ordenes de la CRA, se les puede negar el derecho de abrir sucursales, de fusionarse, de vender inversiones en valores, o de dedicarse a otras actividades productivas que están muy en su moral rectora legítima.

El gobierno federal forzó a los bancos a bajar sus normas de crédito.

Como consecuencia, los préstamos hipotecarios de alto riesgo —aquellos que se les da a los prestatarios que no eran de bajo riesgo crediticio— se proliferaron; el mercado inmobiliario, desde hace años, estaba en un auge frenético; los precios subieron a alturas nunca antes vistas; y los bancos fueron protegidos temporalmente —ya que los prestatarios de alto riesgo, al no poder pagar sus mensualidades, podían pagar sus préstamos con las ganancias de las ventas de sus viviendas.

Las participantes principales de esta triste farsa fueron «Fannie Mae» (la Asociación Federal Nacional Hipotecaria) y «Freddie Mac» (la Corporación Federal de Préstamos Hipotecarios). Estas son «dos empresas creadas por el gobierno, pero de propiedad privada con fines de lucro, que compran hipotecas de los bancos». Los bancos que venden a Fannie y a Freddie derivan de este modo sus ganancias de las hipotecas a 30 años sin tener que esperar ese tiempo para que los dueños de casa hagan todos sus pagos mensuales.

Fannie y Freddie son híbridos clásicos de una economía mixta: le responden a sus accionistas —pero fueron creados y apoyados por el gobierno federal—. Los inversionistas compran sus valores bajo la asunción explícita que el gobierno federal no los dejará hundirse en caso de una crisis financiera. En las palabras del *Wall Street Journal*: «Sus ganancias son privadas, pero sus riesgos son socializados». En otras palabras, son una apuesta financiera segura porque cualquier apuesta monetaria que cometan —sin importar lo flagrante— está apoyada por el poder del, y lo dispuesto que está, el gobierno federal a extorsionar el dinero de los contribuyentes para rescatar esas deudas.

Como parte de la presión creciente de parte del gobierno federal sobre las instituciones financieras a bajar sus criterios de crédito, el HUD (Departamento de Viviendas y Desarrollo Urbano) en 1996 ordenó que «el 42% de las hipotecas que hayan sido compradas por Fannie Mae y Freddie Mac fueran financiadas por personas con ingresos por debajo del ingreso medio en sus áreas». (¿Cómo fue que llegó el HUD a la cifra arbitraria de 42%? ¿Consultaron a un astrologo? Tal vez simplemente les pareció razonable a los funcionarios del gobierno, quienes inician el uso de la fuerza, no obligar a los prestamistas a hacer un 43% de sus préstamos hipotecarios a individuos con poca o ninguna posibilidad de pagar).

Bajo una presión federal despiadada, las normas de crédito de los bancos bajaron cada vez más. Estas «normas permisivas fueron la base de un castillo de naipes listo para derrumbarse con un empujón relativamente suave». En otras palabras: ¿qué sucedería si el mercado inmobiliario —por cualquier razón— se fuera en quiebra?

No se tuvo que esperar mucho por la respuesta. En 2004, para combatir el riesgo de la inflación, la Reserva Federal empezó a aumentar la tasa de interés, la cual subió a 5.25% en 2006 de una baja anterior de un por ciento. Los bancos ahora tenían que pagar más para pedir préstamos y subieron sus propias tasas de interés en los préstamos, inclusive los hipotecarios. La explicación breve y sencilla de los acontecimientos posteriores es que muchas personas ya no pudieron cumplir más con sus pagos; en particular, los que fueron más afectados fueron aquellos que financiaron por medio de préstamos hipotecarios de alto riesgo, que a menudo no eran préstamos hipotecarios a 30 años y de interés fijo sino que de poco o ningún pago inicial, de solo intereses y con una tasa de interés ajustable. Las ejecuciones hipotecarias se dispararon —y los bancos, que pierden un promedio estimado de \$40 000 por cada ejecución, recibieron una golpiza financiera. Las minorías dueñas de hogares sacaron una parte exorbitante de préstamos de alto riesgo.

Thomas Sowell observó tristemente: «Ambos grupos —los negros y los latinos— fueron particularmente afectados por las ejecuciones hipotecarias posteriores a la crisis de la vivienda. Hasta acá llegó el favor que le hicieron a las minorías».

Los economistas advirtieron, durante años, que las políticas gubernamentales habían obligado a las instituciones financieras a entrar en un estado cada vez más precario. En 2005, por ejemplo, Peter Wallison, académico del American Enterprise Institute, dijo que, si el Congreso no

cambiaba sus políticas, «habrá un enorme incumplimiento con grandes pérdidas para los contribuyentes y consecuencias sistémicas en la economía».

De manera similar, la revista *Barron's* reprendió el papel que jugó la administración de Bush en el cataclismo inminente: «Pero él —Bush— está arriesgando a los contribuyentes a decenas de miles de millones en posibles pérdidas, seduciendo a miles de familias de ingresos moderados hacia la bancarrota, y arriesgando la destrucción de vecindarios completos...».

Alan Greenspan observó: «Estamos poniendo en gran riesgo el sistema financiero total del futuro». Posteriormente, él le dijo al *Financial Times* de Londres que la crisis en los mercados financieros fue «un accidente que estaba por suceder». Los políticos nacionales influyentes ignoraron las advertencias.

Barney Frank, por ejemplo, un miembro de mayor rango y después el presidente del poderoso Comité de la Cámara de Servicios Financieros, se burló de las advertencias, y dijo que ellos «exageraron una amenaza a la seguridad» y «fabulan la posibilidad de serias pérdidas financieras al Tesoro, la cual yo no veo».

Su homólogo en el Senado, el presidente Chris Dodd del Comité Bancario del Senado, durante años subestimó todos los riesgos y las advertencias, y sostuvo que los bancos y el mercado inmobiliario estaban, en términos financieros, «sobre bases sólida».

Los comentarios del congresista Frank al burlarse de las advertencias fueron reveladores. Se preocupó que estas exhortaciones engendrarían normas de crédito más estrictas, porque «entre más presión haya allí, menos pienso que vemos en términos de vivienda asequible». *No dio una respuesta racional al argumento bastante obvio que, al forzar a los bancos a adoptar normas de crédito extremadamente bajas, ponía en peligro el bienestar financiero de los bancos —y con este, también el de toda la economía de EE.UU. Él simplemente reiteró el deseo altruista de «ayudar» a los pobres a través de forzar el sacrificio de los ricos.*

Después del colapso del mercado inmobiliario, situado en medio de los restos de las instituciones financieras de Estados Unidos, el congresista Frank hizo la siguiente observación —y la hizo con cara seria. Le dijo al *Financial Times* de Londres que «la crisis en los préstamos hipotecarios de alto riesgo demuestra las serias consecuencias económicas y sociales negativas que resultan de muy poca regulación (!)»; que la crisis fue precipitada por «malas decisiones que fueron tomadas por personas en el sector privado», que fueron

impulsadas por «una filosofía conservadora que dice que el mercado sabe lo que es mejor».

Los comentarios de los otros miembros del Congreso reflejaron un conocimiento igualmente de profundo.

Que los políticos a menudo se niegan a asumir responsabilidad por el fracaso de sus políticas, y mejor difaman a los inocentes, es apenas un truísmo de interés pasajero en este contexto. Las características sobresalientes del desastre son:

1. Es un caos habitual en una economía mixta, provocado completamente por la legislación y la regulación gubernamentales, pero imposible bajo un mercado bancario libre, donde los financieros son extremadamente reacios a arriesgar el dinero de los depositantes por aquellos que tienen historiales de crédito dudosos.

2. Lo que impulsa a estas políticas económicas destructivas medio socialistas es una ética altruista profundamente arraigada que exige el sacrificio de los que son exitosos por los que no lo son —llevando a sus seguidores a la conclusión que, aun tratándose de resultados catastróficos totalmente predecibles, las leyes que los causaron y las intenciones subyacentes fueron un triunfo moral rotundo. Uno no beneficia a un hombre pobre concediéndole un préstamo que no va a poder pagar —y este es uno de un sinnúmero de ejemplos que demuestran que un credo de sacrificio es tan irremediabilmente impráctico como también horriblemente inmoral.

Pero el desastre fue aún peor —y la culpabilidad del gobierno aún mayor. Las revisiones a la CRA, a mediados de los 1990, por primera vez le permitió a los bancos titularizar los préstamos que contuvieran hipotecas de alto riesgo. En otras palabras, los legisladores y reguladores gubernamentales, en vez de abrogar las leyes que forzaban a los bancos a hacer préstamos con un riesgo cada vez más alto, les permitieron salvar sus pellejos financieros (o intentar de hacerlo) a través de la transferencia del riesgo a los inversionistas.

Si el gobierno forzó a los bancos a hacer préstamos peligrosamente malos, y se negó a frenar esta práctica, su «solución» predecible al cataclismo financiero inminente, causado por sus leyes, fue concederles a los bancos el permiso de recuperar sus pérdidas a través de estafar a inversionistas ingenuos de sus fondos ganados con esfuerzo. Esto fue fraude, no solo sin la crítica, sin la oposición y sin el castigo de las autoridades legales, sino que iniciado, aprobado y sancionado moralmente por ellas.

Investor's Business Daily escribió: «Pronto, bancos de inversiones tales como Bear Stearns estaban vendiendo agresivamente los valores como

"garantizados". El discurso de Wall Street fue que los MBS —valores respaldados por hipotecas— eran igual de seguros que los valores del Tesoro, pero con un rendimiento más alto.

«Pero no eran seguros. Todos en el negocio de los préstamos de alto riesgo —desde bolsistas hasta prestamistas, bancos y casas de inversión— se absolvieron a sí mismos de culpabilidad por garantizar que los préstamos de alto riesgo eran buenos.

«A los prestamistas de hipotecas no les importó, porque ellos iban a venderle los préstamos a los bancos. A los bancos no les importó, porque ellos iban a reagrupar los préstamos como MBS. A los inversionistas y a los agentes de bolsa no les importó, porque los MBS estaban respaldados por Fannie y Freddie y sus garantías gubernamentales implícitas.

«En otras palabras, nadie de arriba abajo de la estructura —desde la sucursal en cualquier localidad hasta el rascacielos en Wall Street— analizó el riesgo de tales préstamos imprudentes. Pero, ¿por qué habrían de hacerlo? Todos estaban haciendo lo que los reguladores —y los legisladores— en Washington querían que hicieran».

Cuando el mercado inmobiliario se fue en crisis, el esquema Ponzi colapsó, y muchos inversionistas perdieron sus ahorros de toda la vida. ¿Algún día serán juzgados, condenados y encarcelados los banqueros y los agentes de bolsa que cometieron este fraude? No es probable —pues son respaldados, autorizados y protegidos por reguladores federales y legisladores poderosos en Washington DC, quienes iniciaron, mantuvieron y llevaron todo el desastre deplorable a su horripilante conclusión.

Además: si fueran juzgados y condenados, esto sería tan solo justicia mínima, algo parecido a que encarcelen a los subalternos de un sindicato del crimen, mientras que al capo lo dejan en libertad y continúe sembrando el caos. ¿Principalmente qué y quiénes se merecen acusación y convicción? Los miembros del Congreso quienes agredieron incesantemente a los bancos; los reguladores federales, los lacayos obedientes de los legisladores, quienes hicieron cumplir los decretos del Congreso; y, sobre todo —intelectualmente— una ética altruista que solapa la iniciación de la fuerza y del fraude bajo el manto de nobleza santurrón.

Cuando el gobierno comienza a violar los derechos individuales, inevitablemente deja de protegerlos. Cuando las autoridades legales de una economía mixta cometen prácticas delictivas —como lo hacen con cualquier ley y política que inician el uso de la fuerza en contra de productores— ellos autorizan, inevitablemente, a los ciudadanos particulares y las empresas que

estos controlan, y con los cuales naturalmente se confabulan, a hacer lo mismo. Una economía mixta está basada en una moralidad mixta; y el componente altruista y socialista de la mezcla lleva, sin duda, a prácticas y resultados no adulterados —y devastadoramente deshonestos.

¿Cuál es la solución racional y moralmente justa al problema de la vivienda asequible? Los pasos necesarios deberían de estar claros a partir del contenido anterior del libro. Una revocación inmediata de todas las leyes que restringen el desarrollo residencial, y la creación de un mercado libre de la vivienda protegería, simultáneamente, los derechos de los individuos a construir sobre el terreno que les pertenece, o que estén dispuestos y capaces de comprar —y resultaría en un incremento en la oferta de viviendas, y, de este modo, en una reducción en los precios.

Además, la revocación de toda legislación laboral y la creación de un mercado laboral libre, a la vez protegería el derecho de los empleadores y de los empleados a negociar voluntariamente, y llevaría al pleno empleo, a un incremento en la producción de bienes y servicios, a un aumento enorme en la oferta, incluso de viviendas, a precios decrecientes, y a un aumento en los salarios reales.

Para millones, la propiedad de viviendas no se volvió realidad hasta la era capitalista —no fue (ni es) ni siquiera un sueño para las multitudes desdichadas que morían de malnutrición en los países y siglos pre- y no capitalistas. El sistema de derechos individuales liberó y todavía podría liberar a seres humanos productivos a crear riqueza, inclusive viviendas; tal sistema solo necesita ser promulgado políticamente.

Además de eso, el sistema de derechos individuales incluye el derecho de actuar caritativamente. Un sistema egoísta, individualista y capitalista engendra grandes minas de buena voluntad. Un ejemplo de esto es Hábitat para la Humanidad, una organización privada fundada en Estados Unidos, la cual, por medio de donaciones y esfuerzo voluntarios, construye hogares para personas pobres en el mundo entero.

El autor, quien ha contribuido a Hábitat, hace un llamado sincero a todos los políticos y reguladores socialistas, y a aquellos que apoyan sus políticas y a cualquier otra persona: si es sincera la preocupación que expresan por los pobres, y no son simplemente palabrerías santurronas que encubren una avaricia por imponer el sacrificio sobre hombres exitosos, por favor detengan inmediatamente su guerra en contra de los bancos, establezcan un sistema de capitalismo *laissez-faire*, y observen boquiabiertos el flujo de productividad —inclusive de viviendas asequibles— y donen su tiempo, riqueza y esfuerzo

a Hábitat para la Humanidad, y ayúdenla a construir hogares de calidad para las personas pobres. Utilicen su capacidad de persuasión racional para convencer a otros a hacer lo mismo voluntariamente.

Los fracasos más profundos de una economía mixta

Si el socialismo, no el capitalismo, fuese el sistema político y económico que genera prosperidad, entonces Cuba, Corea del Norte y la antigua Unión Soviética serían (o hubieran sido) ricos —y Estados Unidos y las otras naciones capitalistas (o medio capitalistas) serían pobres—. Pero claramente es todo lo contrario.

Una economía mixta mezcla capitalismo, el cual genera riqueza, con socialismo, el cual genera pobreza. Mezcla derechos individuales con la abrogación de ellos. Mezcla libertad con estatismo. Mezcla la planificación racional maximizada con el mínimo de dicha planificación. Mezcla la búsqueda realizada de valores con la supresión de tal búsqueda. Mezcla la felicidad personal con la miseria.

Económicamente, el elemento socialista de la mezcla restringe las actividades productivas de hombres honestos. Por ejemplo, el gobierno crea monopolios coercitivos, así impidiéndoles legalmente a los empresarios la entrada a cierto campo; sus políticas monetarias inflacionarias devoran el valor de los ahorros de los hombres honestos; su guerra en contra de los bancos le impide a los financieros prestarle exclusivamente a individuos productivos; una constelación de sus intervenciones onerosas causa, intensifica y prolonga las depresiones; etcétera. En un sinnúmero de formas, el componente socialista de la mezcla debilita la productividad y la creación de riqueza de una economía. La humanidad es más pobre por causa de la riqueza tanto disipada como no creada.

Políticamente, el elemento estatista aboga los derechos individuales como principio, como una verdad universal, volviéndolo un artefacto polvoriento de los viejos tiempos, un tema que no se debe discutir y mucho menos implementar. Cuando los derechos individuales son expulsados del foro moral, ¿qué principio ético le impide al gobierno dictarle a las editoriales y a los periodistas de la manera que los hace con los banqueros? ¿O a los novelistas, los cineastas, los pintores y los dramaturgos? ¿O a los maestros, los profesores universitarios y los científicos? La respuesta espantosamente obvia es: ninguno.

Nosotros, como estadounidenses, no somos nada diferentes en nuestra humanidad a los pueblos oprimidos salvajemente en Corea del Norte, en Myanmar o en Sudán. Nuestra única protección es la poca comprensión, de parte la civilización occidental, de la razón y su expresión política apropiada: el derecho inmortal de un individuo racional a su propia vida, a su propia mente, y a la búsqueda de su propia felicidad. Si se elimina esto, no estamos mejor protegidos que ellos. El elemento estatista y colectivista en la mezcla de una economía mixta, a menos que sea eliminado, garantiza un deslizamiento continuo y peligroso hacia el abismo del totalitarismo.

Moralmente, la faceta socialista del fárrago consagra al altruismo y socava a un egoísmo propio. Al hacerlo, proyecta un brillo de virtud luminosa sobre el sacrificio, forzado por el estado, de los individuos más productivos de la sociedad, y transforma, falsamente, la cruel explotación a un servicio recto del bienestar público.

Como el nacionalsocialismo y el comunismo le demostraron a la humanidad: ninguna atrocidad es demasiado enorme que no se pueda justificar en nombre del servicio al pueblo. El imprimátur del autosacrificio limpia todos los pecados.

Donde el altruismo es el código moral que prevalece, el sistema político se degenera inevitablemente al totalitarismo colectivista. Donde es un elemento pronunciado de la mezcla moral, lleva a elementos pronunciados de servicio forzado para la sociedad, y una abrogación de derechos individuales cada vez mayor. Epistemológicamente (la manera en cual los seres humanos utilizan sus mentes para obtener conocimiento), el socialismo completo hace completamente imposible la planificación racional; el socialismo parcial simplemente la hace parcialmente imposible. En la medida que el gobierno controle la economía, esta será dirigida por hombres que inician la fuerza contra ciudadanos productivos bajo su jurisdicción legal —y no por hombres que crean valores para ofrecerlos en un mercado competitivo para que posibles clientes los tomen en consideración voluntaria.

El control gubernamental pone las relaciones económicas de las personas en manos de los hombres de fuerza —no de los hombres de razón.

Los hombres de fuerza emiten decretos arbitrarios, por ejemplo, el 42% de las hipotecas que Fannie Mae y Freddie Mac compraron tienen que ser financiadas a personas con ingresos por debajo del ingreso medio de sus comunidades; no juicios racionales, por ejemplo, prestarle dinero exclusivamente a individuos cuyos historiales de crédito o de trabajo demuestren que verdaderamente pueden pagar.

En la medida que el gobierno dirija una economía, un pequeño grupo de legisladores y reguladores son los que «planifican»; y a esa medida, decenas de millones de individuos, con sus derechos ya violados y sus conocimientos y pericia vistos como inaplicables, son excluidos del proceso de planificación, por ejemplo, los banqueros y sus depositantes, quienes nunca permitirían una disminución en las normas de crédito.

El socialismo completo representa una guerra total en contra de la mente; el socialismo parcial, una guerra parcial en contra de ella.

El socialismo completo, al hacerle la guerra al instrumento de la supervivencia del hombre, asegura que muchos hombres no sobrevivan; el socialismo parcial, al hacer una guerra parcial, asegura que aquellos que sobrevivan lo hagan a un nivel de vida menor.

El capitalismo es los derechos individuales, es libertad —y la libertad no tiene un lado negativo—. La pregunta, para que todos los seres humanos racionales piensen en ella y la respondan en sus propias conciencias, es: ¿por qué limitarla con elementos de estatismo y de pobreza?

Epílogo

Una propuesta moderna

En 1729 el escritor anglo-irlandés Jonathan Swift publicó su ensayo, «Una modesta proposición», en el cual sugiere que los indigentes de Irlanda podrían aliviar su pobreza mediante la venta de niños como alimento para los aristócratas ingleses ricos. El ensayo fue un brillante ejercicio de ironía literaria sostenida.

La propuesta del autor, en cambio, es completamente seria y consisten en varias partes:

1. Que se permita que Estados Unidos implemente completamente el capitalismo *laissez-faire*, y que proteja diligentemente los derechos individuales en todas las áreas de la vida humana, inclusive la moralidad personal, así como la economía.
2. Que se permita que todas las naciones, sin excepción, y si así lo deciden, adopten el socialismo parcial (el socialismo completo es un horror que no se le debe desear a ningún ser humano), en cualquier grado que desee la población de cada país.
3. Que se abran las fronteras de todos los países, para que cada persona honesta —pero no los criminales ni los terroristas— pueda emigrar a la tierra que prefiera.
4. A lo largo de décadas, y hasta de siglos, que se dirija un «Gran Laboratorio» que estudie honestamente el progreso de cada nación, los patrones de emigración entre naciones, y los niveles de realización y felicidad entre los ciudadanos particulares de cada nación.

Los gobiernos del mundo tienen demasiado poco respeto por los derechos individuales y la libertad como para algún día implementar tal política —aunque podrían y deberían de hacerlo. Los individuos racionales deben de contentarse simplemente con una disquisición teórica impresionante.

Varias predicciones: la emigración se dirigirá abrumadoramente hacia Estados Unidos capitalista, lejos del resto del mundo medio socialista — porque el «hombre común y corriente» prefiere, abrumadoramente, la libertad y la prosperidad antes que el estatismo y la pobreza. «La fuga de cerebros» continuará a favorecer a Estados Unidos, ya que muchos de los hombres y mujeres más inteligentes, educados y hábiles eligen la libertad. Una virtud de tal acuerdo global es que protege el derecho de cada individuo a vivir bajo el sistema político y económico que considere, por medio de su propio juicio, que personifica la rectitud moral y la productividad económica.

Además: los valores son el sentido de la vida. El país más libre protege el derecho de cada hombre a buscar sus preciados valores personales sin que se lo impidan los demás. De ello se desprende, lógicamente, que una enorme cantidad de seres humanos serán más felices en el país más libre. Por lo tanto, los sicólogos que estén investigando, honestamente, los coeficientes de felicidad, encontrarán mucha más felicidad bajo la libertad que bajo el estatismo —y, como una consecuencia, los patrones de emigración continuarán reflejando esto.

Puede que algunos piensen que los estados del bienestar enormes de las naciones medio socialistas son más atractivos que la protección de los derechos individuales que ofrece el capitalismo. En respuesta hay varios puntos:

1. Bajo la libertad mundial de esta propuesta, todos los que lo deseen son libres de vivir en tales países.
2. La disminución del sentido de responsabilidad personal a la que lleva el cuidado paternalista —y la reducción consiguiente en la productividad— será profundamente indeseable para los miembros más escrupulosos de la humanidad —aquellos que piensan independientemente y trabajan productivamente—. Bajo las políticas de emigración libre, emigrarán a Estados Unidos en manada —como siempre lo han hecho.
3. ¿Cuánto tiempo tomará para que a los estados del bienestar medio socialistas les quede una mayoría de aquellos que, en vez de una existencia económicamente independiente, prefieren una en la que se alimentan de hombres y mujeres productivos a quienes les roba el gobierno?

Después de las previas exposiciones de este libro, demás está decir que la creación de riqueza por la nación libre sobrepasará enormemente la de la que es medio controlada. Esperemos que la prosperidad creciente de Estados

Unidos, una consecuencia directa de su lealtad diligente a los derechos individuales, inspire entonces movimientos hacia una libertad similar en las otras naciones del mundo.

El asunto de este libro es que los derechos individuales, implementados completamente bajo un sistema de *laissez-faire*, protegen a todos los hombres, sin excepción, y de este modo maximizan la prosperidad humana; y que su abrogación, en la medida en que se rescinda, viola los derechos de todos los hombres honestos, y restringe su capacidad de lograr una vida floreciente.

El capitalismo liberado concluye con una propuesta a los intelectuales socialistas: si pueden refutar el tema de este libro, procedan a hacerlo. Si no pueden, dejen de farfullar en apoyo del socialismo.

Para poder lograrlo, la lógica requiere que se renuncie a los ataques *ad hominem*, a las medias verdades y a la histeria sentimental, y que se haga el argumento exclusivamente sobre un fundamento de hechos y de argumentación racional basada en ellos.

Bajo estas reglas intelectuales estrictas, es de dudar que cualquier escritor socialista ni tan siquiera intente una refutación —pues saben que no se puede hacer.



ANDREW BERNSTEIN (29 de junio de 1949) es un filósofo estadounidense, defensor del «objetivismo», la filosofía de Ayn Rand, y autor de diversas obras tanto de ficción como ensayos.

Entre estos últimos, destacan: *CliffsNotes on Rand's Atlas Shrugged*, (2000); *CliffsNotes on Rand's The Fountainhead*, (2000); *The Capitalist Manifesto: The Historic, Economic, and Philosophic Case for Laissez-Faire*, (2005); *Objectivism in One Lesson: An Introduction to the Philosophy of Ayn Rand*, (2008); *Capitalism Unbound: The Incontestable Case for Individual Rights* (2010), traducido al español como *El capitalismo liberado* (2026); y *Capitalist Solutions: A Philosophy of American Moral Dilemmas*, 2011.

Ha sido profesor en Harvard, Duke, Yale, West Point, UCLA, y en el Instituto Ayn Rand en California.

Notas

[1] *Nota del traductor:* Este libro, cuyo título en inglés es *The Capitalist Manifesto: The Historic, Economic and Philosophic Case for Laissez-Faire*, (Lanham, Md.: University Press of America, 2005) aún no ha sido traducido al español. <<

EL CAPITALISMO LIBERADO

EL INCONTESTABLE ARGUMENTO MORAL
POR LOS DERECHOS INDIVIDUALES



ANDREW BERNSTEIN

Traducción de Jonathan J. Burgos



Lectulandia